

Mujeres trabajadoras y marxismo

Un debate sobre la opresión

Carmen Carrasco
Mercedes Petit



Carmen Carrasco. Se incorporó al trotskismo en 1975 en Colombia como parte de la corriente internacional

dirigida por Nahuel Moreno. En 1985 se trasladó a Argentina para formar parte de la redacción de la revista *Correo Internacional*. En la década de los noventa residió en Rusia desde donde escribió para medios latinoamericanos y europeos. Actualmente es periodista independiente.



Mercedes Petit. Periodista e investigadora. En los años sesenta comenzó a militar en el trotskismo, en la corriente que encabezaba Nahuel Moreno

(www.nahuelmoreno.org), con quien colaboró durante años en tareas de elaboración teórica y propagandística. A partir del golpe genocida de 1976 ambos se exiliaron en Colombia y regresaron en 1982. Petit publicó *Conceptos políticos elementales* en 1986 junto a Nahuel Moreno y *Apuntes para la historia del trotskismo* en 2005. Actualmente escribe para el periódico *El Socialista* (www.izquierdasocialista.org.ar) y para la revista *Correspondencia Internacional* (www.uit-ci.org)

Mujeres trabajadoras y marxismo

Un debate sobre la opresión

Carmen Carrasco
Mercedes Petit



Recuadro de catalogación

Segunda edición

Ediciones CEHuS, Buenos Aires, marzo de 2025

Diseño y diagramación: Ignacio Fernández Casas

Corrección: Teresita Sartor

Queda hecho en el depósito que establece la Ley 11.723

© Copyright by CEHuS Centro de Estudios Humanos y Sociales
Buenos Aires, 2025

cehus2014@gmail.com

Prólogo

Mercedes Trimarchi¹

En los Juegos Olímpicos de París 2024 compitieron por primera vez la misma cantidad de atletas mujeres que varones: 5250 respectivamente. Un verdadero logro si recordamos aquella primera edición del evento en 1896 y los años siguientes, en los que no participaban mujeres deportistas. Esa paridad es un avance contra la discriminación a las mujeres en el ámbito deportivo que demoró 128 años. Y ahora se evidencia un atraso en relación a las identidades de género, ya que los juegos olímpicos siguen siendo trans-excluyentes; todavía no se supera la clasificación binaria (mujer/varón), dejando por fuera a las personas que no se identifican dentro del género femenino o masculino.

La novedosa participación paritaria en París tiene una explicación. En la actualidad se siguen manifestando los reclamos de la cuarta ola de luchas feministas, que irrumpió con fuerza en 2015 cuestionando las violencias de género propias del sistema capitalista patriarcal y que, como todo proceso de lucha, es dinámico. Con la movilización se han logrado conquistas como

1. Mercedes Trimarchi es profesora y licenciada en Comunicación Social (UBA). Coordinadora de la agrupación de mujeres Isadora y dirigente de Izquierda Socialista. Diputada en la ciudad autónoma de Buenos Aires por el Frente de Izquierda-Unidad. Escribe para el periódico *El Socialista* (www.izquierdasocialista.org.ar) y colabora para la revista *Correspondencia Internacional* (www.uit-ci.org)

el reconocimiento de las distintas identidades de género, el matrimonio igualitario, la educación sexual y el derecho al aborto, que hoy se ven amenazadas por los representantes de la ultraderecha conservadora como Donald Trump en Estados Unidos o Javier Milei en Argentina, quienes están librando “una batalla cultural” contra estos derechos conquistados.

Para acompañar la reflexión sobre las contradicciones de los procesos de lucha, sobre quienes los encabezan y sobre sus alcances, estamos reeditando este debate de 1979, que expresaba por aquel entonces uno de los temas en discusión dentro del movimiento trotskista, en el marco de las movilizaciones que tuvieron lugar en Estados Unidos y Europa a fines de los años sesenta e inicios de los setenta, proceso conocido como la segunda ola. Las autoras Mercedes Petit y Carmen Carrasco aportaron al debate desde su enfoque feminista socialista y revolucionario. El texto tiene casi medio siglo, pero las discusiones en torno a la clase y al género siguen vigentes. Son parte de los temas que actualmente se debaten al interior del movimiento feminista, en un contexto de agudización de la crisis del capitalismo imperialista y de sus planes de ajuste, que profundizan todas las desigualdades sociales, entre ellas las de género.

Acerca del patriarcado

En el año 2023 se estrenó la película Barbie, una ficción que tiene como protagonista a la icónica muñeca que, desde su creación en 1959, personificó los rasgos prototípicos de una mujer adulta, blanca y occidental. Rápidamente se transformó en uno de los filmes más taquilleros de Hollywood. Su directora, Greta Gerwing, retrata en el film las desigualdades que vivencian mujeres y varones en la sociedad patriarcal. Cuando Barbie y su novio Ken visitan el mundo humano, el personaje masculino

descubre, con asombro, el trato preferencial que recibe por ser varón. Al regresar a Barbieland, Ken intentará replicar los privilegios propios de una sociedad patriarcal que experimentó en su breve paso por el mundo real. Que millones puedan ver y disfrutar una película tan exitosa que problematiza el patriarcado, es también una expresión de las luchas feministas.

Pero, ¿qué es el patriarcado? La palabra, proveniente del latín (y antes del griego) significa gobierno del padre (el patriarca; *pater familias*). Puede explicarse de manera sencilla como un sistema jerárquico que organiza a la sociedad en función del dominio masculino. Desde el punto de vista histórico, el patriarcado se estableció aproximadamente hace 7000 años, con el surgimiento de las sociedades de explotación, la propiedad privada y la consolidación del modelo de familia patriarcal. Federico Engels escribió en 1884 *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, libro clave para el análisis y la comprensión de los vínculos entre capitalismo y patriarcado. Allí señala:

“La abolición del derecho materno fue la gran derrota histórica del sexo femenino en todo el mundo. El hombre empuñó las riendas también en la casa y la mujer se vio degradada, convertida en la servidora, en la esclava de la lujuria del hombre, en un simple instrumento de reproducción. Esa baja condición de la mujer, que se manifiesta sobre todo en los griegos de los tiempos heroicos y todavía más entre los de los tiempos clásicos, ha sido gradualmente retocada, disimulada y, en ciertos lugares, hasta revestida de formas más suaves, pero ni mucho menos ha sido abolida.”²

Obviamente, una opresión milenaria no se mantiene estática y va transformándose a lo largo de los siglos. En la actualidad, en la mayor parte de los países del mundo, las mujeres pueden ir a trabajar, a la universidad, actuar en política e incluso algunas

2. www.marxists.org

llegar a la presidencia. Pero, al mismo tiempo, las tareas de limpieza del hogar y el cuidado de los integrantes de la familia, el trabajo reproductivo, sigue siendo una actividad que recae centralmente sobre ellas, producto de la división sexual patriarcal del trabajo.

Reflexionemos por un momento: ¿qué pasaría si en el hogar, en vez de que cocine la madre, se pidiera cada día de la semana comida por delivery? Costaría muchísimo más dinero para esa familia. Algunos estudios indican que, si se le asignara un valor al trabajo reproductivo, este podría alcanzar entre el 10% y el 39% del PBI de un país. Es así como las economías capitalistas ahorran una cantidad sustancial de dinero, al impulsar que ese trabajo doméstico siga recayendo en las mujeres, sin ningún tipo de remuneración ni reconocimiento. En el texto que estamos reeditando se subraya con especial énfasis el aprovechamiento de todas las ventajas que le otorga el patriarcado al sistema capitalista para obtener mayores ganancias.

La intersección entre clase y género

En el capítulo 3 del presente libro, Petit y Carrasco recuperan dos conceptos fundamentales para el análisis de la sociedad actual. Son las categorías de opresión y explotación, sobre las que vuelven una y otra vez para comprender a fondo la raíz de los problemas que sufrimos las mujeres y las disidencias bajo el capitalismo patriarcal.

Definen opresión como “el aprovechamiento de desigualdades para poner en desventaja y someter a un grupo social con base en diferencias raciales, sexuales, nacionales o de otro tipo, que produce una situación de desigualdad de derechos, de discriminación social, cultural y eventualmente económica”. Y caracterizan a la explotación como “la apropiación del trabajo de la

clase desposeída por parte la clase propietaria de los medios de producción, que ha dado históricamente como resultado la lucha de las distintas clases enfrentadas entre sí.”

Esta distinción entre ambas categorías permite precisar que la explotación es una relación económica, en la cual la burguesía obtiene sus ganancias de lo que le quita a la clase trabajadora y que la opresión abarca a sectores específicos, como mujeres, disidencias, identidades racializadas, mestizas u originarias, más allá de su clase de pertenencia. La opresión es policlasista, porque incluye a personas y sectores de todas las clases sociales. Por ejemplo, las mujeres somos todas oprimidas, a todas nos afecta el patriarcado y el machismo. Sin embargo, quienes pertenecemos a la clase trabajadora y los sectores populares (la inmensa mayoría) lo sufrimos de manera totalmente distinta que las mujeres de la burguesía.

Bajo el capitalismo, las trabajadoras, además de ser oprimidas, también somos explotadas. Entonces, la opresión y la explotación no son dimensiones que operan de manera separada. Las patronales usan todas las herramientas que tienen a su alcance para aumentar sus ganancias. Así, las trabajadoras sufrimos la superexplotación en el ámbito laboral y al llegar al hogar realizamos las tareas domésticas, lo cual implica la duplicación de la jornada de trabajo.

En las luchas feministas participan personas de distintas clases sociales, confluyendo en un movimiento heterogéneo y policlasista que se organiza principalmente contra la opresión patriarcal, contra la desigualdad y por la conquista de derechos democráticos. Dentro del mismo se construyen consensos y acciones unitarias en relación a distintas demandas específicas. Por ejemplo, en Argentina existe la Campaña Nacional por el derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito; un espacio en el que confluyen más de quinientas organizaciones con distintas

posiciones políticas, pero con un lema en común: “educación sexual para decidir, anticonceptivos para no abortar y aborto legal para no morir”.³

Al mismo tiempo y al interior del movimiento feminista, tienen mucho peso las polémicas. Más allá de los debates tácticos, que son importantes, existe entre los diversos sectores que lo integran una profunda diferencia estratégica en relación a si es posible reformar el capitalismo para que deje de ser un sistema opresor; aquella disputa que atravesó el siglo XX y hoy continúa, entre cambios revolucionarios o reformistas. La necesaria unidad de acción se combina con esa existencia de distintos intereses de clase dentro del mismo movimiento. Desde el enfoque feminista socialista que sostienen las autoras, la lucha de las mujeres y disidencias contra el patriarcado se da en el marco de la lucha anticapitalista. Avanzar por ese camino, para terminar con el capitalismo y conquistar un nuevo sistema, socialista, será crucial para erradicar toda forma de opresión y explotación.

El rol de partidos políticos en las luchas feministas

La lucha contra la opresión patriarcal y por la conquista de derechos es una batalla política en la que intervienen diferentes sectores. En esta lucha habrá siempre mujeres y disidencias que no peleen contra el capitalismo y que apoyen a los distintos partidos políticos patronales, y es ahí que los distintos caminos dentro del movimiento se bifurcan. Para fortalecer tanto al movimiento unitario en cada una de sus luchas cotidianas, y

3. La Campaña surgió en los Encuentros nacionales de mujeres y oficialmente se lanzó el 28 de mayo de 2005, Día de Acción por la Salud de las Mujeres. La Campaña adoptó el pañuelo verde como distintivo. Con el crecimiento de las movilizaciones, en el marco de la cuarta ola, el pañuelo verde se transformó en un símbolo de lucha para toda Latinoamérica.

también para impulsar hacia adelante esa pelea de fondo anticapitalista, surge la gran tarea de construir una dirección política consecuente, es decir, el partido revolucionario e internacionalista. Este es otro de los ejes que Carrasco y Petit desarrollan ampliamente en el capítulo 5. Las autoras van a sostener que mientras se participa unitariamente en las luchas feministas, se debe impulsar la construcción de un partido revolucionario cuyo objetivo sea terminar tanto con el patriarcado como con el capitalismo, para avanzar al socialismo.

Si bien los principales ejes del texto que reeditamos mantienen su vigencia, el hecho de que haya sido escrito en 1979, deja por fuera debates que surgieron durante la tercera y cuarta olas. En ese sentido, quienes lean las siguientes páginas notarán algunos temas ausentes y otros que están planteados pero que al calor de las luchas feministas se han ido ampliando y enriqueciendo. Por ejemplo, las consignas en relación a la familia obrera y campesina del Capítulo 1, que fueron formuladas hace casi cincuenta años, hoy se han enriquecido ante el avance del derecho al divorcio, la proliferación de los distintos tipos de familias y el matrimonio igualitario. Pero más allá de estas actualizaciones, sigue siendo correcta la polémica que establecían Petit y Carrasco contra las posiciones equivocadas de Mary Alice Waters, del Socialist Worker Party (SWP) de Estados Unidos, sobre el rol de la institución familiar en el sistema capitalista y la degradación de las condiciones de vida de los sectores populares.

Un repaso de las olas feministas

La lucha contra la discriminación a las mujeres y por la igualdad de derechos respecto a los varones tiene varios siglos de historia. En el siglo XVIII, durante la Revolución francesa, la escritora Olympe de Gouges, parafraseando la *Declaración de*

los derechos del hombre y del ciudadano de 1789, escribió la *Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana*, texto fundacional por el que fue guillotizada. En Inglaterra, la escritora y filósofa Mary Wollstonecraft publicó en 1772 la *Vindicación de los derechos de la mujer*, en el que sostuvo la igualdad de derechos políticos y sociales para las mujeres de la época.

A mediados del siglo XIX en Estados Unidos encontramos a Sojourner Truth, mujer negra y esclava que luchó por recuperar a su hijo, convirtiéndose en la primera mujer negra en ganarle un juicio a un hombre blanco. También en Estados Unidos, encontramos a las abolicionistas y sufragistas Elizabeth Cady Stanton y Susan Anthony, ambas luchadoras por el reconocimiento de los derechos civiles de las mujeres.

Ellas anticiparon lo que sería, a fines de ese siglo y comienzos del siglo XX la primera ola de luchas de las mujeres por sus derechos políticos y también sociales. No solo se desplegó un gran movimiento por el sufragio universal sino también por las condiciones laborales específicas de las trabajadoras. Así fueron surgiendo organizaciones de mujeres dentro de los propios sindicatos que reclamaban los mismos derechos de representación que sus compañeros varones. Tal como sostienen las autoras, durante la primera ola, la división de clase dentro del movimiento fue mucho más notoria que en las oleadas siguientes.

Entre el final de la década de los sesenta y el comienzo de los setenta tendrá lugar la segunda ola, en el marco de un ascenso obrero y estudiantil en el mundo. Grandes movilizaciones de mujeres, centralmente en Estados Unidos y Europa, reclamaban contra los mandatos sociales de la opresión patriarcal, contra la discriminación sexual y los estereotipos imperantes que buscaban reducir a las mujeres a las tareas reproductivas en el marco del hogar y la familia. Se reclamaba el derecho al divorcio y al aborto, que fue conquistado en algunos países. La emergencia de

la píldora anticonceptiva fue una herramienta que jugó un papel importante para el desencadenamiento de la llamada revolución sexual, que se combinó con otros movimientos sociales como los de la juventud del Mayo francés, contra el racismo, contra la guerra de Vietnam y por la descolonización de Asia y África.

Desde el ámbito académico surgió en los años ochenta y noventa una tercera ola, estructurada por una mirada crítica hacia el feminismo más clásico, cuyas reivindicaciones partían de un modelo hegemónico de mujer occidental, blanca y heterosexual, figura prototípica del feminismo liberal de las décadas anteriores. Así surgió la necesidad de pensar en múltiples tipos de mujeres, atravesadas por experiencias diversas a partir de las identidades sociales, étnicas, nacionales o religiosas. Toman fuerza las elaboraciones y demandas relacionadas con la categoría de género que cuestiona el determinismo biológico. Estos aportes sobre los géneros fueron muy valiosos en aquel momento y lo siguen siendo en la actualidad. A través de ellos se profundiza la crítica al sistema patriarcal, cuestionando la heterosexualidad y la identidad cis-género como norma universal y obligatoria.

Con estos planteos tuvieron un impulso muy importante los movimientos por el reconocimiento de los derechos para lesbianas, gays y trans. Por ejemplo, con la movilización se fueron logrando conquistas, como la eliminación de la homosexualidad del listado de enfermedades psiquiátricas en la Organización Mundial de la Salud (1990) y la prohibición de las mal llamadas terapias de conversión en Brasil (1999), Malta (2016) y Ecuador (2012). En Argentina, se lograron las leyes de matrimonio igualitario (2010), la de identidad de género (2012) y en el marco de la cuarta ola, en 2021 se conquistó el cupo laboral travesti-trans, que establece que el 1% de la planta laboral del estado nacional debe ocuparse con personas travestis, transexuales y transgénero. Todos estos avances jurídicos son cuestionados por los sectores

conservadores y reaccionarios, particularmente por las iglesias católica y evangélica. Estas instituciones hablan de “ideología de género” como un enfoque nefasto que tendría el objetivo de pervertir a las infancias. Toda una mentira para desalentar las luchas feministas y la pelea por el reconocimiento de derechos. En el mundo, 62 estados integrantes de la ONU, todavía criminalizan los actos sexuales consentidos entre personas adultas del mismo sexo, según datos de la Asociación internacional de lesbianas, gays, bisexuales, trans e intersex (ILGA, por sus siglas en inglés) y en 12 países están castigados con pena de muerte.

En la actualidad, seguimos en medio de los sacudones provocados por la cuarta ola contra la violencia machista. Su inicio está marcado por la gran movilización que se realizó en Buenos Aires en junio de 2015, contra los femicidios, bajo la consigna #NiUnaMenos, pero que rápidamente se extendió a denunciar las múltiples violencias patriarcales. Desde entonces, en el mundo crecieron las denuncias por abusos sexuales que lograron romper años de silencio cómplice. En diferentes instituciones como clubes deportivos o sindicatos se han redactado protocolos de atención a las víctimas y se ha logrado condenar a algunos violadores, pese a la justicia patriarcal.

Feminismo socialista para la emancipación de mujeres y disidencias

El texto que estamos reeditando es una lectura imprescindible para quienes buscan indagar en la intersección entre clase y género. Con las luchas se van obteniendo logros importantes para las mujeres y disidencias, pero esos avances, en el marco del sistema capitalista, pueden retroceder. Por ejemplo, durante la primera ola se peleó por libertades y se conquistó el voto femenino en varios países europeos, y luego ese derecho

se siguió extendiendo a muchos otros. Pero han surgido dictaduras que aplastaron las más básicas libertades democráticas, o regiones enteras donde regímenes teocráticos como el iraní lapidan mujeres, las obligan a cubrirse el cuerpo y la cabeza, o les impiden andar por las calles sin la compañía de un varón. Es decir, no hay linealidad en los procesos, los derechos no son para siempre y tal como sostuviera décadas atrás la feminista francesa, Simone de Beauvoir, “No olvidéis jamás que bastará una crisis política, económica o religiosa para que los derechos de las mujeres vuelvan a ser cuestionados.”

Las autoras puntualizan que para lograr una verdadera emancipación de las mujeres y disidencias deberá unirse la lucha contra el patriarcado a la lucha contra el capitalismo. De esta manera se podrá terminar no solo con los privilegios de los varones y su dominio hacia los demás géneros sino también contra las múltiples formas de explotación y opresión. Para este fin es preciso avanzar hacia la conquista de los gobiernos por trabajadoras, trabajadores y el pueblo. No existe la posibilidad de derrotar el patriarcado mientras exista el capitalismo, y por eso la lucha feminista estará siempre atravesada y es indivisible de la lucha del conjunto de la clase trabajadora contra la dominación capitalista y por el triunfo del socialismo en el mundo.

En esta segunda edición de *Mujeres trabajadoras y marxismo* estamos incorporando una serie de textos anexos que reflejan algunos de los principales debates actuales dentro del movimiento feminista.⁴ Uno de ellos analiza la implicancia de la rebelión contra la violencia sexual, otro profundiza en el rol transformador de las mujeres y disidencias dentro del sindicalismo combativo y un tercero que aborda la pelea por la

4. Para ampliar la información se pueden ver las revistas de la agrupación de mujeres Isadora publicadas en www.izquierdasocialista.org.ar y en las redes de Isadora.

implementación de la educación sexual en el marco de la embes-
tida conservadora y oscurantista de las iglesias y los gobiernos
ultraderechistas a nivel global. Por último, incluimos un texto
que recorre los debates en torno al ejercicio de la prostitución en
el marco de la profundización de la crisis económica capitalista.
Esperamos que la lectura de este libro ayude a profundizar la in-
tervención política y a problematizar la compleja relación entre
los feminismos y marxismos.

Presentación de Mercedes Petit (2009)

El libro que presentamos fue escrito en 1979, hace treinta años. ¿Podemos sacar experiencias y enseñanzas de aquellos debates? Seguramente, sí. Se hicieron al calor del poderoso movimiento feminista que sacudió a Estados Unidos y varios países europeos en los años sesenta e inicios de los setenta. Aquellas movilizaciones cambiaron muchos aspectos de la vida cotidiana de las mujeres estadounidenses, que conquistaron derechos como el del aborto, mayor libertad sexual y una creciente participación en distintos aspectos de las actividades de la sociedad. ¿Se instalaron en forma definitiva la liberación femenina y [se consiguieron] soluciones de fondo? No, para nada. Incluso periódicamente la derecha ataca de nuevo contra el derecho al aborto, para suprimirlo o limitarlo. El divorcio es una conquista, pero cada vez son más las mujeres que deben afrontar solas la crianza de los hijos y el sustento del hogar. Se ha dado en todo el mundo una gran ampliación de la participación de las mujeres en el mercado laboral, pero agudizando sus condiciones de explotación. Es imposible mientras perdure el sistema capitalista lograr la liberación de todas las mujeres. De la misma manera que es imposible alimentar a toda la población mundial, darle una vida digna, de salud, educación, trabajo y esparcimiento. Lo impiden las multinacionales y una economía basada en la obtención de ganancias para una minoría de propietarios. Está planteada la

perspectiva de que la liberación se logre con la conquista de un nuevo sistema mundial, el socialismo con democracia obrera.

En el debate que estamos publicando, la corriente del trotskismo que encabezó el dirigente argentino Nahuel Moreno polemizó contra concepciones que sostenían la idea de que movimientos autónomos y unitarios de mujeres tendrían una permanencia en el tiempo y una continuidad que les permitiría ser decisivos protagonistas de una lucha triunfante hacia el socialismo. El solo hecho de que aquellos movimientos tuvieron su ascenso y descenso, y no se han vuelto a repetir, podría servir para saldar una conclusión. Pero el debate más importante de entonces era otro, y fue adquiriendo creciente actualidad. El camino hacia la liberación, ¿pasa por los movimientos policlasistas, de “todas” las mujeres? Respondíamos que no, que aun cuando fuese importante y necesaria la unidad de acción y la participación unitaria en aquellos movimientos (aun sabiendo que no serían permanentes), no se eliminaban las contradicciones de clase, los intereses antagónicos que desgarran esos procesos. Y enfatizábamos que la trinchera de los revolucionarios se debía instalar desde la defensa de los intereses de las mujeres explotadas y su natural confluencia con los trabajadores, para fortalecer sus luchas y para avanzar en la construcción del partido revolucionario.

Nos ubicábamos reivindicando una experiencia histórica breve pero muy profunda, en la cual se dieron los más importantes logros para avanzar en la liberación de las mujeres: el triunfo de la primera revolución socialista en 1917, en Rusia. El nuevo régimen soviético, encabezado por Lenin y Trotsky, dio de inmediato los mismos derechos jurídicos y políticos a las mujeres y a los hombres, y se comenzó a instalar un amplio sistema de guarderías, jardines de infantes y lavanderías. Se estableció el derecho al aborto, y el divorcio era un trámite sencillo y gratuito. El primer gobierno obrero y campesino revolucionario, aun en

circunstancias muy difíciles, como fueron los años terribles de la guerra civil, dio pasos inmensos para combatir la situación de tremenda opresión de las mujeres obreras y campesinas bajo el zarismo. Pero el proceso de burocratización que encabezó Stalin lo cortó, y las mujeres fueron uno de los sectores más golpeados por el retroceso de la revolución. “La historia nos enseña muchas cosas sobre la esclavitud de la mujer por el hombre, sobre la de ambos por el explotador, y sobre los esfuerzos de los trabajadores que, tratando de sacudir el yugo al precio de su sangre en realidad no logran más que cambiar de cadenas.”¹ Estas son palabras de León Trotsky, dichas en 1936, cuando vivía en el exilio fuera de la URSS. Estaba comentando los cambios en la legislación soviética, que limitaban el divorcio y prohibían el aborto, impuestos por la dictadura de Stalin (quien proclamaba que ya se había alcanzado “el socialismo”). Hubo grandes logros en los primeros años de la URSS. Y el así llamado “fracaso del socialismo” no fue tal, sino el resultado del desastre provocado por una burocracia represiva y restauracionista, que traicionó la lucha por el socialismo y fue hundiendo todas las conquistas de aquella revolución, incluyendo los pasos avanzados para combatir la “esclavitud de la mujer”.

Luego de la caída del Muro de Berlín y la restauración del capitalismo en la ex URSS, China y demás países donde se había expropiado a la burguesía, el mundo ha seguido sacudido sin pausa por todo tipo de convulsiones y luchas revolucionarias. Nada indica que se haya detenido la rueda de la historia (o, mejor, dicho, la lucha de clases). No se han repetido movimientos feministas de masas, pero han ido cayendo tabúes y prejuicios antifeministas. El discurso reaccionario de las iglesias (en particular la católica) pierde predicamento. Sectores importantes de

1. Trotsky, León. *La revolución traicionada* (1936): “Qué es y a dónde va la Unión Soviética” en www.marxists.org

la opinión pública aceptan y reclaman la legalización del aborto. Cada vez está menos silenciada (aunque no necesariamente ocurre menos) la violencia contra las mujeres, y ganan espacio y legitimidad los diversos grupos vinculados a la defensa de la diversidad sexual. Se han incorporado nuevos protagonistas que acompañan a los trabajadores de las ciudades y a los jóvenes estudiantes. Se movilizan los campesinos pobres y sin tierras, los indígenas, los jóvenes desocupados de las grandes urbes, los inmigrantes superexplotados. Se replantea el debate sobre el papel de la clase obrera y su relación con los demás sectores populares y oprimidos. Los sectores del reformismo político, y los intelectuales que lo alimentan desde los enfoques académicos, niegan una vez más el antagonismo irreconciliable de los intereses de las clases sociales opuestas (la vieja e insustituible antinomia burguesía proletariado...), y la inexorable necesidad de la revolución.

Una de las modas vigentes en América Latina, por ejemplo, son los “posmarxistas” como Ernesto Laclau, Chantal Mouffe y otros. Invitan a la “deconstrucción” del concepto marxista de “clase” sobre la idea de que la clase obrera ya casi no existe o decrece (idea que ha sido empíricamente refutada hasta el cansancio), y vuelven a poner en el debate las viejas discusiones. Reduciendo el marxismo a un obrerismo propio del siglo XIX o como máximo del siglo XX, lo descalifican como insuficiente ante la proliferación de luchas particulares erigidas por los “nuevos movimientos sociales” —feministas, ecologistas, diversidad sexual, minorías étnicas, inmigrantes— que emergerían como los nuevos sujetos políticos que ocuparían el protagonismo que alguna vez (o nunca) correspondió a la clase obrera.

En países donde ha adquirido gran protagonismo el movimiento indígena y campesino, como en Bolivia o Perú (o años atrás en Chiapas, al sur de México, con el zapatismo), al calor

de luchas muy progresivas contra el capitalismo semicolonial y los debates para superarlo, se plantean salidas utópicas y policlasistas. Son expresiones actuales de la tradicional polémica entre reformistas y revolucionarios. Ante el capitalismo imperialista, la realidad vuelve una y otra vez a devolverle la razón a estos últimos: el capitalismo no tiene arreglo, no tiene “reforma”, no hay otro camino que el choque de las clases en pugna. Si apostamos a la solución de fondo de los problemas de los trabajadores, de los campesinos, las mujeres o los indígenas, no hay otra salida que, con la fuerza de la clase obrera unida y encabezando a sus aliados, derrotar a la clase enemiga, a la burguesía y el imperialismo, para acabar con el poder político y económico de los patrones y los gobiernos que los custodian. Es decir, el triunfo de la revolución socialista. Las reivindicaciones indigenistas, por ejemplo, desvinculadas de una salida anticapitalista y socialista, tienen puntos en común con el “socialismo del Siglo XXI” que proclama el presidente Hugo Chávez, quien defiende y practica una economía mixta capitalista con las multinacionales y sectores de la burguesía venezolana, y mantiene la explotación y creciente represión de los trabajadores y sectores populares de Venezuela.

En este libro el debate es alrededor de la lucha por la liberación femenina, con concepciones de tipo policlasista de entonces. La discusión sigue en pie, incluso con grupos que se reivindican marxistas y trotskistas. Puede parecer un debate menor, ya que no está alimentado al día de hoy por importantes movilizaciones de mujeres, como fue en los sesenta/setenta. Pero tiene sin duda importancia, como mínimo, porque la liberación de la mujer abarca a la mitad de la humanidad, y éstas están presentes en todas las luchas. Algunos grupos de Estados Unidos y otros países, o seguidores del dirigente Ernest Mandel, atribuyen un protagonismo decisivo y principal a un movimiento de liberación

femenino para avanzar hacia el socialismo. Toman hechos ciertos, ya que las mujeres son el sector que es víctima de casi todos los problemas de la opresión. Pero sacan una conclusión equivocada. Según estos grupos, como las mujeres trabajadoras sufren opresión por su clase, su raza, su orientación sexual, su nacionalidad y etnicidad, serían sus movimientos quienes encabezarían la liberación de la humanidad. La discusión que planteamos hace tres décadas sobre las características del capitalismo, de la explotación y la opresión, sobre los antagonismos de clase y las tareas para avanzar hacia el triunfo de la revolución socialista siguen siendo un aporte para estos debates actuales.

Buenos Aires, setiembre 30 de 2009

Presentación de Carmen Carrasco (2009)

La segunda mitad del siglo XX presenció una revolución de la mujer en todos los terrenos. Su incorporación a la producción crece de manera constante: en 2007, mil doscientos millones de mujeres trabajaban en todo el mundo, un aumento de 18.4% en la última década. Desde 1960 hasta hoy, las mujeres han pasado de 34 a 46% de los asalariados en el mundo. En Estados Unidos, seis de cada diez mujeres trabajaban en 2005, el doble que en 1948, y hacia finales de 2009, tras un año de recesión, están por sobrepasar a los hombres en la fuerza laboral por primera vez en la historia. En Europa, las mujeres han pasado de ser el 30% de la fuerza laboral en los años sesenta, a 43% hoy, casi un 50% más.

Sucede lo mismo en los países atrasados: en el Este de Asia hay 83 mujeres por cada 100 hombres en el mercado laboral, un porcentaje más alto que en los países desarrollados. En China se las conoce como *dagongmei*, jóvenes de cerca de veinte años que emigran del campo para trabajar en las fábricas, sin residencia legal en las ciudades, agotándose en jornadas eternas, hacinándose en pequeños galpones con sus hijos.

Esta “proletarización” de la mujer, o esta “feminización de los asalariados”, es el rasgo fundamental de la historia femenina de la segunda mitad siglo XX, a tal punto que la revista inglesa, *The Economist*, considera que, en la última década, “el aumento

en el empleo de la mujer en los países desarrollados, ha contribuido más al crecimiento que China”.²

Dicho en palabras no tan académicas: la incorporación masiva de la mujer a la producción ha sido una de las principales fuentes de las extraordinarias ganancias capitalistas del último *boom*, antes del estallido de la crisis, en 2008.

La franja donde más creció el empleo femenino es la de las mujeres de entre 25 y 49 años. Novedad: las mujeres no dejan de trabajar para ser madres, o mejor dicho, son las jóvenes madres las que se incorporan masivamente al mercado de trabajo.

En un fenómeno paralelo, las mujeres han tomado las aulas por asalto: al finalizar la Segunda Guerra Mundial, ellas eran entre el 15 y el 30% de los estudiantes en los países desarrollados.³ Hoy en día, en Estados Unidos, 140 mujeres ingresan a la universidad por cada 100 hombres, y en Suecia [lo hacen] 150 por cada 100.⁴

Esta incorporación masiva de la mujer a la producción, y por ende a la educación, es una precondition para su liberación, pero bien caro la debe pagar: hay más mujeres asalariadas y educadas, más abogadas, médicas y periodistas, pero hay [también] más mujeres desempleadas, con trabajos precarios (en Europa tienen 80% de los trabajos de tiempo parcial) y con menos salarios (en promedio ganan 27% menos)⁵, al tiempo que se generaliza la doble explotación por su condición de trabajadoras y madres.

La conclusión es sencilla: las mujeres constituyen el 70% de los pobres del mundo, aunque representan casi la mitad de la fuerza de trabajo.

2. *The Economist*, “A guide to womenomics”, 12/04/2006.

3. Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX* (1998), Planeta, Buenos Aires, Pg. 313

4. *The Economist*, “A guide to womenomics”, 12/04/2006.

5. http://www.unifem.org/gender_issues/women_poverty_economics

La consecuencia social más importante de esta introducción masiva de la mujer, en especial de la madre joven (y, en la mayoría de los casos, soltera), al mundo de los asalariados, ha sido la disolución de la familia para la mayoría de los trabajadores y trabajadoras, convirtiéndose en un lujo sólo permisible para la burguesía y algunas franjas de clase media. De esta manera, el capitalismo ha cumplido una misión histórica: enterrar la familia.

Baste un dato: en Estados Unidos, en 2007, 60% de las jóvenes de entre 20 y 24 años son madres solteras, tres veces más que en 1980, una verdadera revolución en las relaciones personales y familiares, que no se limita a Estados Unidos, sino que se extiende a Europa, donde en muchos países esta cifra es mayor, y se refleja en América Latina. En Argentina, por ejemplo, un tercio de los hogares tiene jefa mujer, cifra que aumentó 50% en los últimos 15 años, pero en los hogares más pobres alcanza un 40%.

La disolución de la familia, sin ninguna alternativa estatal que la reemplace —comedores, guarderías, lavanderías colectivas—, en medio de la crisis de la educación y de la salud pública, crea situaciones sociales alarmantes: los hijos quedan librados a su suerte; las madres solas deben responder por la educación y sostenimiento de los hijos; aumenta el embarazo de adolescentes, que abortan a riesgo de su vida; los niños quedan al cuidado de sus abuelos —o de su abuela—, y es probable que no se sepa quién es el padre. El derrumbe social se traduce en el aumento del consumo de drogas y la violencia doméstica contra la mujer, al tiempo que la trata de mujeres es la tercera actividad más rentable del mundo, después del tráfico de drogas y el de armas. Recordemos a las 370 trabajadoras de las “maquilas” mexicanas en Ciudad Juárez, asesinadas en los últimos diez años.

El ingreso en masa de la mujer a la producción y a la vida cultural y política trajo de la mano grandes luchas de las mujeres

por sus derechos, que tuvieron su pico en Europa y Estados Unidos en los años sesenta y setenta. Si en la primera mitad del siglo pasado era impensable una presidenta mujer, en la segunda mitad alrededor de 40 mujeres ocuparon ese cargo. En la mayoría de los países occidentales se conquistó el derecho de divorcio, la patria potestad compartida, el derecho de voto, y en 54 países se conquistó el derecho de aborto, que ya existía en los países llamados socialistas. Esta pelea sigue pendiente en América Latina, pero se han dado avances, como en Ciudad de México, donde fue legalizado, y en Uruguay, donde la despenalización del aborto fue aprobada por el Parlamento, aunque la ley fue vetada por el gobierno de “izquierda” del Frente Amplio, de Tabaré Vázquez. Pero estos logros son muy desiguales y abarcan, en lo fundamental, a los países más desarrollados, dejando por fuera regiones enteras del planeta, como África, con las brutales mutilaciones a sus mujeres; los países musulmanes, con sus lapidaciones y privación de derechos a la mitad femenina; los millones de campesinas chinas, del sur de Asia, o las mujeres pobres de América Latina.

Donde más se expresa este cambio revolucionario es en la creciente participación de la mujer en la primera fila de las luchas obreras y populares. Neda Soltán, la joven asesinada durante las manifestaciones contra el fraude electoral en Irán, en junio de 2009, personifica la gran rebelión de las mujeres iraníes contra el régimen teocrático de los ayatolas. Azucena Villaflor, única persona enterrada en la Plaza de Mayo, en Buenos Aires, personifica la lucha contra la dictadura y el genocidio, y representa a los miles de mujeres desaparecidas en Argentina. Rachel Corrie, arrollada por un tanque en Gaza, personifica la solidaridad internacional con el pueblo palestino. Dionisia Díaz, esposa de uno de los obreros de la gran huelga bananera de 1954, ha sido llamada “la abuela de la resistencia”, en Honduras. Las

obreras de Terrabusi, que han protagonizado la heroica huelga de más de un mes contra la multinacional Kraft, en Argentina, son el ejemplo de los millones de mujeres asalariadas que luchan por sus derechos.

La “feminización” de la clase trabajadora y la disolución de la familia, estos dos fenómenos de fin del siglo XX, marcan la agenda de quienes pretendemos ofrecer una alternativa revolucionaria a las mujeres.

El feminismo antimarxista y muchas corrientes feministas de izquierda mantienen la agenda de los años sesenta, y consideran su objetivo abolir la familia (de hecho abolida por el capitalismo), para lo cual llaman a construir un “movimiento feminista independiente”, y colocan el eje en las “cuestiones femeninas” en general. El libro que presentamos hoy, es un debate contra esas posiciones. A pesar de haber sido escrito en 1979, refleja algunas de las polémicas más candentes en el movimiento feminista actual.

Tres décadas después podemos comprobar que la “proletarización” de las mujeres las lleva a participar de manera cada vez más masiva en la vida política y social, pero siguiendo las líneas políticas de clase: levantando sus propias reivindicaciones como trabajadoras —guarderías, licencias de maternidad, igualdad salarial— y como mujeres —aborto libre y gratuito, igualdad de derechos, contra la trata, la violencia de género, por salud y educación—, pero no de manera “independiente”, sino acompañando y/o siendo vanguardia de la lucha general de los trabajadores y de los sectores populares contra el capitalismo imperialista. Por esa razón no se han dado los “movimientos autónomos feministas”, policlasistas y permanentes, alrededor de las “cuestiones femeninas”.

Nuestra tarea fundamental es despertar a la acción los masivos batallones de mujeres trabajadoras, jóvenes, amas de casa,

desocupadas, para pelear por sus derechos, y para convencerlas de que la plena igualdad sólo la logrará uniéndose a los trabajadores y construyendo una alternativa revolucionaria para derribar el sistema capitalista y construir una sociedad nueva.

Este libro se escribió bajo la conducción de Nahuel Moreno. Distintas circunstancias políticas hicieron que no se publicara en su momento pero hoy podemos saldar una deuda de treinta años.

Dedico el libro a Amelia Beato y Rita Astasio, dirigentes docentes argentinas, que fallecieron trágicamente en un accidente de auto cuando viajaban a apoyar una huelga docente en la provincia de San Juan. A Graciela Flores, destacada dirigente del movimiento piquetero, que falleció víctima de una penosa enfermedad, y a Sonia Colman, vendedora ambulante, asesinada por las balas del “gatillo fácil”. Todas ellas, entrañables compañeras.

Buenos Aires, setiembre 30 de 2009

Introducción

A finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, se desarrollaron importantes movilizaciones de mujeres por sus derechos, en particular en Francia, Italia y Estados Unidos. Las alimentaban la oleada de luchas obreras y estudiantiles, cuyo pico fue el Mayo francés de 1968, y el creciente repudio mundial a la intervención del imperialismo yanqui en Vietnam.

Estados Unidos fue uno de los países donde más profundamente se dio la movilización. El sector de mujeres dirigidas por el Partido Demócrata estuvo al frente. Una de las demandas centrales fue la del derecho al aborto libre y gratuito. Se iba instalando una creciente participación de la mujer en todos los ámbitos de la vida social, económica y política.

Este libro fue escrito en 1979, para presentar un enfoque marxista ante esas luchas y las distintas respuestas que se fueron generando. Habían surgido infinidad de grupos feministas antimarxistas que predicaban la unidad de todas las mujeres por encima de las clases sociales y de las divisiones políticas, y que, llevadas al extremo, negaban incluso la participación de los partidos políticos de izquierda como tales. Esta presión objetiva se coló en las filas del movimiento trotskista, organizado en la Cuarta Internacional. Tanto el Socialist Workers Party (SWP) de Estados Unidos como la corriente encabezada por Ernest Mandel, mayoritaria en el Secretariado Unificado (SU) de la Cuarta Internacional, fueron adoptando posiciones centradas en “la unidad de todas las mujeres” de todas las clases, para formar “movimientos unitarios

y autónomos”, olvidando las inexorables contradicciones provocadas por las clases sociales en pugna.

En su documento “La revolución socialista y la lucha por la liberación de la mujer”,⁶ la dirigente del SWP estadounidense, Mary Alice Waters, presentó esa nueva concepción y política.

La corriente del trotskismo encabezada por el dirigente argentino Nahuel Moreno polemizó con este feminismo policlasista, y así surgió este libro que ahora se publica. El debate sobre cómo responder a la opresión de la mujer y a sus luchas era parte de una discusión más general sobre el papel de los distintos grupos de oprimidos, como las mujeres o los negros, en la lucha por la revolución socialista, y su relación con la clase obrera y el partido revolucionario. También sobre la teoría de la revolución permanente, pilar de las concepciones de León Trotsky, que Nahuel Moreno desarrollaba con la conducción del SWP. En 1979, en su texto *Actualización del Programa de Transición*,⁷ señalaba:

“La nueva teoría de la revolución permanente de la actual dirección del SWP es la teoría de los movimientos unitarios progresivos de los oprimidos, y no del proletariado y el trotskismo”. Según el SWP, decía Moreno, “todo movimiento de oprimidos —si es unitario y abarca el conjunto de ellos aunque sean de clases distintas— es por sí solo cada vez más permanente y lleva inevitablemente, sin diferenciaciones de clase o políticas, a la revolución socialista nacional e internacional. Esta concepción ha sido expresada particularmente en relación con los movimientos negro y de la mujer. Todas las mujeres son oprimidas, al igual

6. Waters, Mary Alice. “La revolución socialista y la lucha por la liberación de la mujer” (1973), Colección Polémica Internacional N.º 2, editada por el PST de Colombia en Bogotá, 1979. Se puede consultar en www.marxists.org

7. Moreno, Nahuel. *Actualización del Programa de Transición* (1979) “Tesis XXXIX: Actualidad de la teoría de la revolución permanente y de la ley del desarrollo desigual y combinado”, Ediciones El Socialista, Buenos Aires, 2014. También en www.nahuelmoreno.org

que todos los negros; si se logra un movimiento del conjunto de estos sectores oprimidos, esta movilización no se detendrá y los llevará a través de diferentes etapas a hacer una revolución socialista.

“Para el SWP la revolución socialista es una combinación de distintos movimientos multitudinarios —sin diferencias de clases— de similar importancia: el movimiento negro, femenino, obrero, juvenil, de viejos, que llegan casi pacíficamente al triunfo del socialismo. Si todas las mujeres marchan juntas significan el 50 % del país; si ocurre lo mismo con los jóvenes (70 % en algunos países latinoamericanos), más los obreros, negros y campesinos, la combinación de estos movimientos hará que la burguesía quede arrinconada en un pequeño hotel, ya que serán los adultos burgueses, machos y blancos, los que se opondrán a la revolución permanente. Es la teoría de Bernstein combinada con la revolución permanente: el movimiento lo es todo y la clase y los partidos no son nada. Esta teoría cae rápidamente en un humanismo anticlasista, reivindicador de la praxis como categoría fundamental, en contraposición a la lucha de clases como motor de la historia. [...] Nosotros seguimos defendiendo, intransigentemente, la esencia, tanto de la teoría como de las propias tesis escritas [en 1929], de la revolución permanente: sólo el proletariado acaudillado por un partido trotskista puede dirigir consecuentemente hasta el fin la revolución socialista internacional y por consiguiente la revolución permanente.”

En este libro, el lector podrá percibir la actualidad de estos debates, relacionados con la necesidad de una alternativa revolucionaria para las mujeres trabajadoras, en polémica con las posiciones del feminismo burgués o pequeñoburgués, y con las discusiones sobre los distintos sujetos sociales y políticos que están en juego en las movilizaciones contra el capitalismo imperialista.

CAPÍTULO I

El capitalismo, la familia y
la opresión de la mujer

En este primer capítulo se encara la discusión sobre dos enfoques que, en la segunda ola, sostenían sectores del feminismo y también del movimiento trotskista organizado por entonces en la Cuarta Internacional (Secretariado Unificado). En el texto de Mary Alice Waters (MAW) se decía: Uno, el “núcleo básico” del sistema capitalista y la opresión de la mujer es la familia tradicional como institución “indispensable” para sostener el sistema. Dos, las tareas vinculadas a la lucha contra la opresión femenina, tendrían en sí mismas “un carácter objetivamente anticapitalista”, es decir que tendrían una dinámica propia y automática para avanzar en la transición hacia el triunfo de la revolución socialista.

Las autoras sostienen lo opuesto, y polemizan tomando de la realidad algunas de las tendencias contradictorias del capitalismo en este terreno. Primero, afirman que la “política básica” del capitalismo es mantener la propiedad privada de los medios de producción para garantizar la explotación de las y los trabajadores. Esta ordena las distintas opresiones, como el patriarcado, o el rol de las distintas instituciones, incluyendo la familiar. Ellas demuestran con estadísticas cómo la política de la burguesía y sus gobiernos hacia la familia obrera y campesina, al contrario de lo que sostiene MAW es muy contradictoria y lo que prima es su deterioro, en un panorama muy lejano a tratarla como “indispensable” para el sistema.

Segundo, definen que los reclamos de las mujeres son democráticos porque afectan a las mujeres de todas las clases. El sistema capitalista podría seguir sosteniendo su dominio explotador aun cuando incorporara a las mujeres plenamente a la fuerza laboral, o se generalizaran derechos como al aborto, el divorcio o a la educación. Siendo muy necesaria, históricamente progresiva y anticapitalista la lucha de las mujeres por su liberación, es imprescindible encararla con toda su complejidad y definir el carácter de esas tareas. Así lo harán en el siguiente capítulo.

El capitalismo y sus “políticas básicas”

El documento de Waters, que fue aprobado por el Secretariado Unificado (SU) en abril de 1978, parte de una definición totalmente errónea de los objetivos del capitalismo y de sus tendencias respecto de la familia y la opresión de las mujeres. Allí se afirma que “las necesidades sociales y económicas del capitalismo” le imponen a éste, como “política básica”, el mantenimiento del sistema familiar, que es su “núcleo básico”, y que la opresión de la mujer es “indispensable para su mantenimiento”.⁸ Este enfoque es decisivo para toda la concepción de MAW respecto de los problemas de las mujeres.

Para nosotros ocurre todo lo contrario. La “política básica” de la sociedad capitalista, “dictada por sus necesidades económicas”, es la de extraer la mayor cantidad posible de ganancias, explotando y superexplotando a los trabajadores, sean estos hombres, mujeres o niños, e incluso a pueblos enteros. Este afán supedita absolutamente todas sus actividades e instituciones, y, para lograr esas ganancias, revoluciona todas las relaciones sociales con las que se encuentra a su paso.

En sus comienzos, la producción capitalista entró arrasando sistemas arcaicos de producción, desmontando el viejo sistema social, instaurando repúblicas en lugar de reyes y monarquías, destruyendo los dominios feudales, enfrentándose con la iglesia

8. Waters, Mary Alice. Ibid.

católica para quebrar su poder. Al mismo tiempo, fue formando y consolidando algunas instituciones, éstas sí indispensables para imponer y mantener el dominio capitalista, como el estado nacional y su aparato, y el ejército. A través de un colosal desarrollo de las fuerzas productivas inauguró la era de la producción industrial masiva, destruyó el régimen de los gremios y de los productores independientes, y los sustituyó por la centralización, por el desarrollo de la ciencia y la técnica y por la producción para el mercado mundial. A la vez, el régimen capitalista —al estar basado en la más amplia producción social y la apropiación individual de los medios de producción— puso en marcha la creciente anarquía de la producción y del intercambio, sentando las bases de las crisis periódicas, y reforzó algunos de los viejos sistemas de producción.

El régimen capitalista es, desde su nacimiento, profundamente contradictorio. Revolucionario, en la medida en que arrasa con los viejos sistemas de producción y abre las puertas para la emancipación de toda la humanidad con la producción industrial masiva; reaccionario, en la medida en que coloca esos colosales avances al servicio de una minoría explotadora y contra la amplia mayoría de los trabajadores, hasta el punto de ir contra ese desarrollo de las fuerzas productivas que impuso. Sus contradicciones son las que le impiden llevar hasta las últimas consecuencias sus tendencias progresivas, revolucionarias. Esto es particularmente cierto en el terreno económico. Por ejemplo, es imposible que adelante en un ciento por ciento su tendencia a la centralización de la producción o el control y ordenamiento del mercado, ya que para hacerlo debería suprimir a todos los empresarios individuales. De ahí que, al mismo tiempo que destruye las viejas relaciones sociales y de producción, convive con algunas de ellas e incluso las refuerza, tratando siempre de sacar el máximo de ganancia posible. Por ejemplo, mantiene la

propiedad privada de la tierra cuando lo más útil sería nacionalizarla y ahorrarse de este modo la renta que sacan los terratenientes parasitarios e improductivos. Sin embargo, es imposible que la burguesía tome esta medida, porque, por un lado, está atada por mil lazos con esos terratenientes y, por el otro, que alguien arrase con la propiedad de la tierra podría alentar a los obreros a hacer lo mismo con la propiedad de las fábricas. Un sector burgués naciente utilizó la esclavitud para sentar las bases del capitalismo en el sur de los Estados Unidos. También se dan grandes contradicciones en el terreno de las superestructuras, como el mantenimiento de las monarquías o la supervivencia de la iglesia católica, y otras.

Desde el punto de vista de su producción económica, entonces, el sistema capitalista no hace cuestión de principios en la destrucción de viejos sistemas, relaciones, costumbres, o en su refuerzo y utilización cuando por alguna razón está obligado a mantenerlos o le conviene hacerlo. Estas contradicciones dan lugar a diferencias e incluso choques entre los distintos sectores burgueses y sirven, en algunos momentos, de válvula de escape para la supervivencia de todo el sistema.

Veamos cómo se refleja esta característica del capitalismo en las cuestiones de la familia y de la opresión de la mujer. Ni una ni otra nacieron con el capitalismo, sino que éste las heredó de los regímenes anteriores.

El surgimiento del capitalismo significó, por definición, la condena a muerte del sistema familiar de los artesanos y campesinos medievales y la incorporación de la mujer a la producción. Estos son hechos históricos y económicos innegables, aun cuando el propio capitalismo los combine contradictoriamente con sus opuestos: mantener de alguna manera el sistema familiar y retirar a las mujeres de la producción. Y son innegables, aun

cuando se vuelvan mucho más complejos, si analizamos las normas jurídicas y las costumbres e ideologías que los acompañan.

Pero queremos referirnos fundamentalmente al proceso objetivo de la producción, que en última instancia es el determinante. En este terreno, los hechos son categóricos: el capitalismo, al imponer la producción industrial masiva, destruye el viejo sistema familiar e incorpora a las mujeres a la producción, sentando así las bases para su independencia económica y, por ende, para la eliminación de su opresión.

Como decía Lenin, “en la fábrica ajena, la mujer queda equiparada al hombre; es la igualdad del proletario”.⁹

Dos tendencias contradictorias

La opresión de la mujer y la existencia de la familia son hechos históricos que se han ido transformando a lo largo del tiempo, han cumplido distintas funciones, y sus características han variado entre las distintas clases sociales. El desarrollo pleno de la familia en su forma patriarcal y como unidad productiva, cuyos rezagos conocemos hoy, se dio durante el feudalismo. La producción campesina se basaba en el trabajo de la parcela por parte de todos los miembros de la familia. En la ciudad, artesanos y comerciantes tenían también familias sólidas y organizadas. Algo parecido ocurría entre los señores feudales, pero incorporando la hipocresía reconocida de las esposas y las amantes.

Para prosperar, el nuevo sistema económico capitalista que se gestaba dentro de la vieja sociedad debía disponer de hombres libres de los lazos individuales con la producción. Para imponer las jornadas de 18 y 20 horas del capitalismo naciente, en las

9. Lenin, Vladimir. *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1950), Capítulo VII “El desarrollo de la gran industria” en www.marxists.org

peores condiciones y por salarios de hambre, era necesario que esos hombres no tuvieran manera distinta de subsistir.

Había que sacar al campesino de su tierra, destruir los lazos serviles que lo unían al señor feudal y le impedían disponer de su persona, había que sacar al artesano de la corporación, liberarlo de los códigos y normas de su gremio. Esto implicaba la destrucción de la unidad familiar, al quitarle sus formas de subsistencia, y la incorporación de hombres, mujeres y niños a la producción. La gran industria “entra destruyendo todo vínculo de familia para el proletariado”.¹⁰

Teóricamente, desde el punto de vista de su economía, no existe ninguna traba para que el capitalismo incorpore a todas las mujeres a la producción y socialice todos los trabajos domésticos. Veamos un ejemplo hipotético. Si en una fábrica determinada un patrón explotara a cincuenta obreros y extrajera como plusvalía mensual 1000 dólares, le convendría contratar cincuenta obreras más y, suponiendo que les pagara lo mismo que a los hombres y que todo se mantuviera igual, extraería de ellas otros 1000 dólares más al mes. Ya no tendría 1000 sino 2000 dólares de plusvalía. Con este excedente, fácilmente podría hacer guarderías, comedores, lavanderías colectivas para que todas las mujeres pudieran trabajar. Y si produce masivamente podrían resultarle más económicas que el costo que tendrían en el hogar, e incluso podría encontrar una nueva rama de ganancia al explotar también a los obreros que trabajaran en la nueva industria de servicios.

Supongamos que de esos 2000 dólares gastara 500 para los servicios. Le quedarían 1500 con los que no contaba antes, y es

10. “El empleo de la mujer disuelve la familia por necesidad, y esta disolución, en nuestra sociedad, que se basa en la familia, trae las consecuencias más desmoralizantes para los padres y los hijos”. Engels, Federico. *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845) en www.marxists.org

posible que con la explotación de los nuevos obreros agregara 200 dólares más, obteniendo así 1700. A todo esto hay que agregar que a las mujeres se les paga un salario menor que a los hombres, lo cual también se suma a la ganancia.

Que esto no ocurra en forma generalizada, que el capitalismo no lleve hasta sus últimas consecuencias su tendencia a incorporar a las mujeres en la producción, llenando el mundo de comedores y guarderías colectivas, se debe también a razones de tipo económico: porque le resulta imprescindible mantener un ejército industrial de reserva, del cual son parte importante las mujeres; por las limitaciones que sus contradicciones le imponen al desarrollo de las fuerzas productivas; porque el desarrollo técnico que el capitalismo impone, reduce la fuerza humana necesaria para producir lo que quiere; y porque sería una presión muy fuerte hacia el alza de salarios. Hay periodos de desocupación, y durante ellos los capitalistas aprovechan para despedir primero a las mujeres; para disimular el problema recurren a enviarlas nuevamente a sus casas, e incluso, al aprovecharlas en las tareas domésticas, pueden recortar gastos sociales.

En un primer momento, a principios y mediados del siglo XIX, el trabajo de las mujeres y los niños fue particularmente intenso, ya que los capitalistas aprovechaban el hecho de que podían darles salarios más bajos. Federico Engels describe: “De 419.590 obreros del Imperio Británico en 1839, 192.887, o casi la mitad, tenían menos de 18 años, y 242.296 eran mujeres, de las cuales 112.192 de menos de 18 años. Quedan, entonces, 80.695 hombres de menos de 18 años y 96.599 hombres adultos, o menos de un cuarto del total.”¹¹ Las mujeres eran un porcentaje especialmente alto en la industria textil.

11. Engels, Federico. *Ibid.*

Vemos, entonces, que el capitalismo “no solamente permite el trabajo de la mujer en vasta escala, sino que hasta lo exige”.¹² Quizás, si hubiera explotado solamente a los hombres adultos, no habría logrado en tan poco tiempo la tremenda acumulación producida en ese periodo. Tan catastrófica fue para la familia la primera época del capitalismo, que Trotsky, refiriéndose a la destrucción de las familias que produjo la Primera Guerra Mundial, decía que “la guerra ha destruido lo que se mantenía sólo por la inercia de la historia”.¹³

El capitalismo, entonces, abre las puertas de la producción fabril a las mujeres, como lo hace con todo lo que sea capaz de entregar plusvalía. Al mismo tiempo, se aprovecha de su opresión para darles salarios más bajos que a los hombres, para utilizarlas en los peores puestos, para despedirlas con mayor facilidad que a aquéllos, y para “echarles el fardo” del trabajo doméstico.

Destruye la familia para la mayoría, pero a veces tiene que fortalecerla; introduce a la mujer en la producción, pero a veces

12. “Por oposición al periodo manufacturero, el plan de la división del trabajo se basa ahora en el empleo del trabajo de la mujer, del trabajo de los niños de todas las edades, de obreros no calificados, siempre y cuando ello sea factible, en una palabra, de trabajo barato, ‘cheap labour’, como con frase característica lo llaman los ingleses”. Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo I, Capítulo XIII, “Maquinaria y gran industria”, Fondo de Cultura Económica, México, 1964, pág. 415.

13. La influencia profundamente destructiva de la guerra sobre la familia es muy conocida. Para comenzar, la guerra disuelve automáticamente la familia, separando a las personas por mucho tiempo o uniéndolas accidentalmente. Esa influencia de la guerra se agravó con la revolución. Los años de guerra destruyeron todo aquello que se mantenía sólo por la inercia de la historia. Destruyeron el poder del zarismo, los privilegios de clase, la vieja familia tradicional. La revolución comenzó por construir el nuevo estado y logro así su propósito más simple y urgente”. Trotsky, León, “De la vieja a la nueva familia”, *Pravda*, 13/7/1923. Se puede consultar en www.marxists.org

tiene que sacarla. También permite la subsistencia relativa de la familia de una minoría, y mantiene su defensa ideológica. Por ejemplo, durante su primer periodo reforzó la familia para la burguesía, pues le presentaba ciertas ventajas, la primera de las cuales era garantizar la transmisión de las propiedades. El protestantismo, religión típicamente burguesa, imponía severas normas morales para protegerla, y la llamaba a ahorrar y hacer fortuna. A pesar de que se trataba de una moral distinta y progresiva frente a la del Medioevo, pues consagraba el “libre albedrío” o la libertad de casarse, mantenía esa libertad dentro de los límites de la conveniencia económica, y, por supuesto, se asentaba en una serie de prejuicios opresivos frente a la mujer. Y como parte de esa misma realidad existían la prostitución, la poligamia de los hombres y el adulterio, escondido y brutalmente castigado para las mujeres.

Las familias de la capa media (de comerciantes, de empleados independientes que progresaban en las ciudades, del campesino medio y rico, del usurero, del profesional), al tener cierta estabilidad económica, no estaban forzadas a desintegrarse; no era necesario que todos sus miembros trabajasen en una fábrica. Por lo tanto, los vínculos familiares se mantuvieron e incluso se fortalecieron en la medida en que esos sectores sociales progresaban económicamente.

A medida que en los países adelantados se fue racionalizando la producción capitalista y que, como consecuencia de heroicas luchas, el proletariado fue ganando la reducción de la jornada de trabajo, la reglamentación del trabajo de las mujeres y de los niños y las leyes sociales, se fue dando un proceso de “regularización”, de normalización de la vida familiar de sectores de trabajadores. Con el surgimiento del imperialismo, la explotación de los pueblos coloniales le permitió a la burguesía de los países adelantados ir formando una pequeñoburguesía más o menos

estable y privilegiada y una capa de obreros privilegiados que, a medida que elevaban su nivel de vida, estabilizaban su familia.

Pero esto se dio a costa de una explotación brutal en los países atrasados. El capitalismo entró rompiendo los viejos sistemas de producción y los fue reemplazando por una tímida explotación capitalista que no permitía ocupar y dar bienestar a todos los que eran desplazados de los atrasados sistemas de producción tradicionales. Por lo tanto, produjo una miseria dolorosa, desocupación crónica y estructural, sobreexplotación, analfabetismo, niveles alarmantes de prostitución. Este proceso continúa hoy día en mayor o menor medida, y trae como consecuencia la destrucción violenta de la familia campesina y obrera de los países atrasados.

En los países adelantados, la Primera Guerra Mundial produjo increíbles padecimientos a los trabajadores y un nuevo golpe a sus familias. Luego vino el triunfo de la revolución rusa, la derrota de la revolución alemana y, prácticamente hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, la sociedad de los países avanzados vivió un prolongado periodo de crisis y enfrentamientos bélicos, que fue dejando su huella en la creciente destrucción de las familias y la ubicación de las mujeres en la sociedad. Una vez concluida la Segunda Guerra Mundial, durante la cual las mujeres se incorporaron masivamente a la producción mientras los hombres iban al frente a pelear, éstos volvieron a sus primitivos puestos en las industrias y desplazaron a las mujeres.

El inicio del prolongado *boom* económico de posguerra proporcionó una creciente estabilidad en los ingresos, un aumento en el nivel de vida de importantes sectores de trabajadores y en la clase media, lo que fue acompañado de una relativa estabilización de la vida familiar. No obstante, las necesidades de la producción hicieron que también en esa etapa millones de mujeres fueran reintroducidas en el trabajo fabril, aunque con la recesión

de la década de 1970, la burguesía haya tendido nuevamente a recortar el empleo femenino. De todos modos, en todo el periodo las mujeres han ocupado los puestos de menor jerarquía y especialización.

Entonces, en el sistema capitalista imperialista vemos que la familia y la ubicación de las mujeres en la producción se zaran-dean al compás de las necesidades y posibilidades de los capitalistas, aprovechando siempre el hecho de que son oprimidas. Este proceso está siempre acompañado, de manera compleja, con toda una superestructura legal que consagra la pareja, la desigualdad de la mujer, la ilegitimidad de los hijos por fuera del matrimonio, aunque con profundas diferencias de país en país. Todos conocemos las campañas que se lanzan a través de la radio, la televisión, la prensa, las novelas y que propagan el ideal de familia formada por la pareja feliz de esposos que nunca se engañan —o que, si alguna vez caen en eso, regresan arrepentidos—, que trabajan duro para mantener y educar a los hijos, que siempre progresan hasta que se vuelven bondadosos abuelos rodeados de nietecitos. También hemos visto, según las distintas coyunturas económicas, los llamados a las mujeres para incorporarse a la producción o para regresar a sus casas.

Es evidente que en este terreno de la familia y la ubicación de las mujeres existen diferencias profundas de opinión entre los distintos sectores de la burguesía, que no son otra cosa que un reflejo de las contradicciones que tienen entre sí. Hay sectores burgueses aferrados a la concepción de que el papel de la mujer está en la casa, otros que tienden a defender su trabajo independiente, otros que son voceros de las posiciones de la iglesia. Inevitablemente toda esta propaganda, esta legislación y las distintas políticas burguesas se combinan de manera compleja con la situación económica y con la producción, pero el resultado es que sólo unos pocos privilegiados pueden mantener, si quieren,

una vida familiar estable, a costa de la explotación más brutal y de la destrucción de la familia de los pueblos de los países atrasados y de los millones de obreros que son explotados en todo el mundo.

La destrucción de la familia y la incorporación de la mujer a la producción es un proceso doloroso

Nosotros afirmamos, categóricamente, que con el surgimiento del capitalismo se inicia un proceso, provocado por las nuevas relaciones de producción, de crisis y de destrucción irreversible de la familia, que ese proceso se agudiza con el surgimiento del imperialismo y que, en la actualidad, esa destrucción de la familia es un hecho trágico, ya que ésta no ha sido reemplazada por nada superior ni tan siquiera igual, con lo cual su destrucción es fuente de sufrimientos para toda la humanidad, en particular para los trabajadores. Las grandes cantidades de hombres y mujeres solos, de divorcios, la subsistencia de la prostitución, la mayor parte de los terribles problemas individuales del “mundo moderno”, están íntimamente relacionados con esta situación.

Waters sostiene lo contrario: para ella hay una campaña lineal y sistemática en favor de la familia y de la sujeción de la mujer, y la familia no sólo subsiste sino que es fuente de innumerables desgracias. De esta absoluta ceguera se desprenden todo tipo de errores en la caracterización y en la política.

Sin embargo, es tan evidente esta crisis de la familia en todo el mundo, que su descripción se filtra en el texto de Waters, aunque no saque de ello ninguna conclusión. Ella misma dice que el estado de cosas actual que comúnmente se denomina “crisis de la familia”, se “refleja en las tasas disparatadas de divorcios, el aumento del número de niños que se escapan y la extensión de la violencia doméstica. E incluso señala el aspecto económico:

“El lazo económico que anteriormente mantenía unida a la familia... comienza a disolverse”, “las funciones de la unidad familiar en la sociedad capitalista avanzada se han reducido continuamente”.

En un solo párrafo logra sintetizar muy bien toda la contradicción trágica que enfrentan los despojos familiares que subsisten: “En la sociedad de clases la familia se vuelve el único lugar a que la mayoría de las personas se pueden volver para satisfacer algunas necesidades humanas básicas, como amor y compañía. A pesar de lo pobremente que pueda la familia llenar estas necesidades, para muchos no hay ninguna alternativa real mientras exista la propiedad privada. La desintegración de la familia bajo el capitalismo arrastra tanto dolor y sufrimiento precisamente porque todavía no puede aparecer ningún contexto superior de relaciones humanas”. Este párrafo no sólo es totalmente cierto, sino que de él se desprende toda una política, toda una actitud, que no puede ser otra que la de defender la familia obrera y campesina, luchar por proporcionarle mejores condiciones de vida ante la destrucción que le imponen el capitalismo y el imperialismo, sin darle nada a cambio. Pero para Waters es sólo una mención al pasar, y sigue adelante con su ceguera.

A renglón seguido define el sistema familiar disolviendo esa realidad compleja y contradictoria en una serie de normas que pueden ser en su mayor parte correctas en sentido general, pero que no tienen nada que ver con la vida cotidiana. El “sistema familiar” se define porque “transmite” la posesión de los bienes de una generación a otra, porque es “el mecanismo más barato... para la reproducción de la fuerza humana de trabajo”, porque “implica la subyugación y la dependencia económica de la mujer”, “reproduce en su interior las relaciones jerárquicas y autoritarias”, “distorsiona las relaciones humanas

imponiéndoles el marco de la obligación económica, la dependencia personal y la represión sexual”. Este esquema irreal se puede aplicar a todas las familias o a ninguna. Por ejemplo, el obrero, los asalariados, que son la amplia mayoría de la humanidad, no tienen bienes que transmitir, aunque tengan familia; los burgueses transmiten bienes a los hijos aun cuando destruyan por completo su vida familiar.

Las generalidades de Waters sobre la familia, que ya son descabelladas si se las enfrenta con la crisis de la familia de los países adelantados, llegan al absurdo respecto de la situación en los países atrasados. Waters hace una descripción fantástica de la emigración de las mujeres campesinas a las ciudades donde, con las puertas abiertas, las esperarían las fábricas y las escuelas, que no tiene nada que ver con los pavorosos problemas que acarrea en los países atrasados la crisis de los campos y el crecimiento abrupto y descontrolado de los centros urbanos.

Las mujeres que van del campo a la ciudad no lo hacen para liberarse, para romper conscientemente con su dependencia económica incorporándose a la producción ni para escapar de la opresión de sus familias o sus maridos, sino para huir de una espantosa miseria. Una vez en la ciudad, muchas de ellas se deben emplear como sirvientas, o hacerse vendedoras ambulantes o prostitutas. Peor la pasan quienes llegan solas, sin el mínimo apoyo de un marido o compañero (aunque sea machista), o de algunos miembros de su familia. Estamos seguros de que no hay mujer campesina emigrada a la ciudad que piense, como dice Waters, que ésta le resquebraja su “subordinación milenaria” ni que así escapa a la “presión mental” de la familia rural. Sabemos muy bien que muchas mujeres que están trabajando en las ciudades no ven a éstas como la tabla de salvación contra su opresión, sino como una fuente mayor de sufrimiento, y añoran —aunque

Waters ni se lo imagine— la comunidad familiar campesina, pese a su miseria.

También respecto de la incorporación de la mujer en la producción hace un esquema parcial e inservible, contraponiendo trabajo fuera del hogar versus familia, y haciendo un absoluto de bondad el primero y un absoluto de maldad la segunda. Todos conocemos infinidad de mujeres que salen a trabajar fuera del hogar pensando que es una desgracia tener que hacerlo, ya que además de trabajar ocho horas en una fábrica u oficina, o en una casa de familia, deben regresar a la suya y hacer todo el trabajo doméstico, sin tener, tampoco, cómo cuidar a los niños durante el día. Nosotros sabemos que hay muchas mujeres que se alegrarán el día que sus maridos tengan un salario más alto y ellas no tengan que salir a trabajar, por lo menos en esas condiciones. Esto no es un invento nuestro. Lenin señalaba que: “la incorporación de mujeres y adolescentes a la producción es un fenómeno progresivo en su esencia”, pero, “indudablemente, la fábrica capitalista colocó esta categoría de la población obrera en una situación particularmente penosa”.¹⁴

14. “La gran industria mecanizada, concentrando masas de obreros que a menudo acuden de distintos extremos del país, no admite ya en absoluto los restos de relaciones patriarcales y de la dependencia personal, diferenciándose por una verdadera ‘actitud despectiva hacia el pasado’. Y precisamente esta ruptura con las tradiciones caducas fue una de las condiciones sustanciales que crearon la posibilidad y originaron la necesidad de regular la producción y de someterla al control social. En particular, hablando de la transformación de las condiciones de vida de la población por la fábrica, es preciso advertir que la incorporación de mujeres y adolescentes a la producción es un fenómeno progresivo en su base. Indudablemente, la fábrica capitalista pone a estas categorías de la población obrera en una situación particularmente difícil”. Lenin, V. I., *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Cap. vii: “Desarrollo de la Gran Industria Mecanizada”. Se puede consultar en www.marxists.org

El carácter de las tareas de la liberación femenina

Para hacer un documento político serio sobre el trabajo entre las mujeres, es imprescindible definir el carácter de las tareas de la liberación femenina. El documento de la camarada Waters depara la rara sorpresa de no definir en ningún lado con claridad de qué tipo de tareas se trata. Pero, por lo que dice y por lo que no dice, Waters considera lo fundamental de las tareas de las mujeres para su liberación como transicional, es decir, como anti-capitalista socialista. Ya vimos cómo considera la opresión como “rasgo esencial”, “indispensable” para el capitalismo. También dice que las demandas de las mujeres “golpean los pilares de la sociedad de clases”. Si una demanda por sí sola hace eso, entonces es de transición al socialismo.

Nosotros sostenemos algo completamente distinto: las tareas de la liberación de las mujeres como tales son democráticoburguesas, históricamente se plantean con el comienzo del capitalismo y pertenecen a las mujeres de todas las clases.

Así era como ubicaba Lenin este problema: refiriéndose a la religión, a la opresión de las nacionalidades y a la “inferioridad jurídica de la mujer” decía que: “todos ellos son problemas de la revolución democráticoburguesa”, “todo esto es contenido de la revolución democráticoburguesa”.¹⁵

El capitalismo surge introduciendo masivamente a las mujeres en la producción, pero aprovechándose de su opresión

15. “Tomemos la religión o la falta de derechos de la mujer o la opresión y la desigualdad de derechos de las naciones rusas. Todos éstos son problemas de la revolución democráticoburguesa. Los agentes vulgares de la democracia pequeñoburguesa pasaron ocho meses hablando de ellos; ninguno de los países más avanzados del mundo resolvió, hasta el fin, estos problemas en el sentido democráticoburgués. En nuestro país, la legislación de la Revolución de Octubre los resolvió hasta el final”. Lenin, V. I., “En ocasión del cuarto aniversario de la Revolución de Octubre”, publicado en *Pravda*, el 18 de octubre de 1921).

patriarcal heredada, con lo cual provoca una situación contradictoria, pues, por un lado, las mujeres son igualmente explotadas que el hombre o más aún, pero, por el otro, no tienen los mismos derechos. Esta ruptura del rol tradicional de la mujer que se daba por debajo, en la estructura económica, chocaba con las viejas leyes y costumbres que consagraban esa desigualdad. Pero las leyes y costumbres no se acomodan solas ni de manera automática a los cambios económicos y sociales, y se demoran más aún cuando los cambios son en cuestiones tan conflictivas y complejas como la familia y la situación de la mujer.

Con sus vaivenes, el proceso de ajuste entre la nueva realidad de la producción y lo consagrado por las normas se fue dando tanto por reformas impuestas directamente por la clase dominante como por la exigencia de grandes luchas de mujeres. Así fue como, a lo largo del siglo XX se fue abriendo camino el respeto cada vez mayor por los derechos democráticos de las mujeres. Waters enumera unos cuantos de esos derechos conquistados: la educación superior, trabajar en los negocios y las profesiones liberales, recibir y disponer de sus salarios, de la propiedad, derecho al divorcio, a participar en organizaciones políticas y, luego, al voto.

Las luchas de las mujeres en la década de 1970 tienen una continuidad con las anteriores respecto del tipo de problemas que enfrentan. Veamos qué cuenta Waters: contra las leyes reaccionarias, por aborto y anticonceptivos; contra opresivas legislaciones de matrimonio, instalaciones suficientes de guarderías; contra los fundamentos legales de la discriminación; contra el sexismo en todas sus esferas. E insiste: derecho de participar con completa igualdad en todas las formas de actividad social, económica y cultural; educación igual; igual acceso a trabajos; igual salario por igual trabajo; que la sociedad se haga cargo de

las tareas domésticas, del cuidado de los niños, los viejos y los enfermos.

Toda la enumeración de demandas que hace Waters respecto de los países adelantados, de las luchas pasadas y presentes de las mujeres, son de carácter democrático individual. Respecto de los países atrasados no es menos categórica en su descripción de los problemas: las mujeres de esos países “lucharán por demandas democráticas elementales”.

Desde el punto de vista teórico no existe ningún impedimento para que el capitalismo otorgue plena igualdad jurídica a las mujeres, instale guarderías colectivas para todas las mujeres trabajadoras o que lo deseen, acepte el derecho al aborto y al divorcio. Muchas de estas demandas, como lo reconoce la propia Waters, han sido logradas total o parcialmente sin que por eso haya muerto el capitalismo.

Haciendo una analogía, por el tipo de problemas, podríamos ver que la socialización de la medicina, brindándola en forma gratuita y generalizada por parte del estado, no significó la muerte del imperio británico, sino todo lo contrario. En Suecia está prácticamente conquistada —hasta donde la naturaleza lo permite— la igualdad entre los sexos y la más amplia libertad sexual, y eso no ha debilitado al imperialismo sueco.

El que precisemos este carácter esencialmente democrático de las demandas de las mujeres no significa para nada despreciar sus luchas. El proceso de liberación de las mujeres de la opresión patriarcal es profundamente revolucionario, ya que afecta todas las costumbres y la vida cotidiana, y quizás será más revolucionario aún a partir del triunfo de la revolución socialista, en la transición al socialismo. Waters no puede poner el nombre adecuado a los problemas que ella misma tan cuidadosamente enumera, porque sería el derrumbe de todo su documento. Simplemente podríamos decir que a los problemas de las mujeres les

cabe lo que en general opinan el marxismo y el trotskismo sobre los problemas democráticos de este tipo.

El carácter de las luchas de las mujeres

Aunque Waters no dé en su documento una definición clara del carácter de las tareas de la liberación de las mujeres, su concepción queda bien en evidencia cuando afirma reiteradas veces que todas las luchas de las mujeres tienen un “carácter objetivamente anticapitalista”. Esto es profundamente incorrecto.

Como ya vimos, la producción capitalista es la que puso en marcha el proceso de liberación de las mujeres, al incorporar a éstas por millones en la industria, igualándolas con el hombre “en la fábrica ajena”, y sentando así las bases de su independencia económica. Ésta es la base de sustentación de todas las luchas adelantadas por las mujeres por sus derechos a lo largo del siglo XX y es un fenómeno progresivo y revolucionario, ya que va en contra de la opresión milenaria sufrida en cuanto sexo por una mitad de la humanidad.

Pero el capitalismo es incapaz de llevar hasta el fin sus tendencias revolucionarias, es incapaz de incorporar a todas las mujeres a la producción, por lo que la solución definitiva del problema de las mujeres solo vendrá con el triunfo de la revolución socialista.

Aparentemente, en este punto tendríamos un gran acuerdo con el documento de Waters. Sin embargo, no es así. En las palabras concordamos con Waters cuando afirma que las luchas de las mujeres son “parte integral de la revolución socialista”, que son una “forma de lucha contra el capitalismo”, y que son “objetivamente anticapitalistas” en el sentido de que la solución definitiva y generalizada a sus demandas sólo puede venir por la destrucción del capitalismo y el triunfo del socialismo. Pero detrás de estas generalidades hay dos concepciones opuestas:

para nosotros es así porque el capitalismo sienta las bases objetivas para la independencia de las mujeres pero no puede llevarla hasta el fin y, por eso, esa independencia se vuelve contra él. Para Waters, por el contrario, la lucha de las mujeres va contra el capitalismo porque la opresión de la mujer es un rasgo esencial, básico e indispensable del capitalismo.

De este error de definición general se desprende otro, que también es muy serio, respecto de cada lucha específica que las mujeres adelanten. Según Waters, todas las luchas femeninas, concretas, actuales, coyunturales, tienen una “dinámica anticapitalista objetiva”, es decir, tendrían un mecanismo interno y automático que las lleva contra el capitalismo y hacia el socialismo.

Esto es equivocado. Así como definimos como anticapitalista el proceso histórico general de liberación de la mujer, negamos rotundamente que esa definición se extienda naturalmente a toda lucha feminista que se dé. Una cosa es el carácter profundamente revolucionario, transicional, anticapitalista, de un proceso de siglos como la lucha de una clase, de una nación, un sexo, una raza, y otra cosa muy distinta son las expresiones políticas y organizativas, las luchas y antagonismos que se dan todos los días en este proceso histórico.

Es un crimen disolver el carácter revolucionario anticapitalista de esas luchas a escala histórica en cada movilización concreta porque, como tales, éstas son mucho más complejas, producto de la combinación de muchos factores, de muchas clases en pugna, de muchos partidos, y en cada momento aparecen en cada país con características determinadas.

Para nosotros, ninguna lucha democrática, y esto incluye las de las mujeres, va objetivamente contra el capitalismo (salvo las de liberación nacional y reforma agraria), contra su esencia, que es la explotación del trabajo asalariado a través de la propiedad privada. En teoría, insistimos, la burguesía puede dar

guarderías y comedores a todas las mujeres, o aborto y divorcio, sin eliminarse a sí misma. Pero, en la actual época histórica, el imperialismo no puede solucionar ningún problema de manera definitiva y, por lo tanto, luchas democráticas como las de las mujeres pueden, en determinado momento y bajo determinadas condiciones, adquirir una dinámica anticapitalista. Sin embargo, ésta no será “objetiva”, inherente a cada lucha feminista, como pretende Waters, sino que dependerá de su contexto, de su programa, y, especialmente, de su dirección.

Bajemos a tierra lo que dice Waters: según ella, todas las mujeres que luchan, por ese solo hecho, se transforman en consecuentes luchadoras anticapitalistas.

Nosotros opinamos que no podemos hacer semejante afirmación irresponsable ni siquiera sobre la clase obrera, que muy bien sabemos está dirigida por reformistas y socialdemócratas, contrarrevolucionarios dispuestos a llevar toda lucha, no hacia un anticapitalismo consecuente, sino hacia un callejón sin salida.

Si alguien tuviera duda respecto de las mujeres, veamos un ejemplo entre miles de la realidad de la lucha feminista. En Estados Unidos, el *National Organization of Women* (NOW), es el mayor grupo feminista del país y está dirigido por el Partido Demócrata. Durante la campaña electoral que llevaría a Jimmy Carter a la presidencia, en 1976, el NOW hizo un acuerdo con éste, según el cual suspendería la agitación en favor del aborto a la vez que Carter impulsaría la Enmienda por Iguales Derechos, *Equal Right Ammendment* (ERA), una enmienda a la Constitución para establecer la igualdad en la aplicación de las leyes para ambos sexos. Carter ganó la presidencia apoyado por muchas mujeres y, por supuesto, ni se acordó de la ERA. Que Waters explique dónde está la “dinámica anticapitalista objetiva” de las luchas por la ERA.

CAPÍTULO II

Las luchas de las mujeres:
una historia marcada por las
divisiones políticas y de clase

En el segundo capítulo el debate se ubica alrededor de las características de las oleadas: la primera, de finales del siglo XIX y comienzo del XX, y la segunda, desde 1968 hasta mediados de los años setenta. Mary Alice Waters (MAW) desarrolla tres aspectos. El primero, establece una forzada “continuidad” entre ambas, ignorando o tergiversando los principales rasgos distintivos de cada una. El segundo, afirma que existe un “movimiento” unitario y autónomo que abarca todo el planeta (los países imperialistas, los coloniales o semicoloniales y los estados obreros burocráticos) y que estaría en constante crecimiento y expansión durante la segunda ola. Tercero, en los países coloniales o semicoloniales las luchas de las mujeres, con el tiempo, llegarán a ser el componente más importante de las luchas revolucionarias.

Las autoras recuerdan que, en la primera ola, que se dio esencialmente en los países adelantados, las mujeres burguesas peleaban por su lado, exigiendo por ejemplo el voto para las mujeres propietarias, y las obreras por el suyo, exigiendo el voto universal y mejores condiciones de trabajo. En la segunda ola se dio algo nuevo, distinto. Según el propio SWP, participaron fundamentalmente las amas de casa, estudiantes y trabajadoras de la clase media y en los hechos casi no existió la adhesión de afrodescendientes, latinas y obreras. A su vez, fue dirigido por el Partido Demócrata, es decir, no fue “autónomo” y muestra que la oleada iniciada en el ‘68 comenzó a decaer en los primeros años de los setenta.

Respecto del tercer punto, no hay hechos que muestren que haya ocurrido alguna vez lo que sostiene MAW, o vaya a ocurrir. Y aportan que la propia MAW se contradice en su texto, ya que las luchas de las mujeres contra su opresión en Argelia, Cuba, Vietnam y Palestina se dieron estrechamente vinculadas a las luchas antiimperialistas.

La realidad desmiente a Waters

La existencia de la opresión de la mujer ha provocado numerosas reacciones y expresiones de rebelión en todos los terrenos. En el mundo occidental, la lucha feminista tiene dos capítulos fundamentales: las luchas de finales del siglo XIX y principios del XX, y las de 1968 y comienzos de los años setenta. En estas dos grandes oleadas, mujeres burguesas, pequeñoburguesas y obreras han participado acompañando las luchas de sus clases y sus partidos.

Waters se refiere a estos dos grandes capítulos de la lucha feminista del pasado histórico o inmediato, pero no como corresponde al deber marxista, que exige un análisis riguroso de la realidad y una definición de clase de los procesos. Tan cuidadoso es en esto, que el marxismo se ha ganado el respeto de muchos científicos no marxistas por ello. Respecto de la historia, Waters hace una mención totalmente superficial, de la cual se desprende una falsa continuidad entre ambas “oleadas”. En cuanto al pasado inmediato (las luchas de los años sesenta y setenta), el pecado es más grave: directamente tergiversa, esconde la realidad de lo que ha ocurrido, para buscar una sustentación mayor a su posición.

El abandono del método marxista permite que Waters esconda o deforme las categóricas diferencias que existen entre las primeras luchas feministas y las de los años sesenta y setenta.

En la primera oleada existió una delimitación de clase constante, incluso en las luchas específicas. En la de los años sesenta y setenta se produjeron movilizaciones importantes de mujeres, que dieron lugar a la formación de movimientos unitarios, como el NOW en Estados Unidos.

Según Waters, existe hoy en día un “movimiento” que es un “fenómeno internacional” que abarca países adelantados, atrasados o estados obreros, que está en constante proceso de crecimiento y extensión.¹⁶ Este “movimiento” se levanta sobre la base de las luchas de finales del siglo XIX y principios del XX, y habría una continuidad sustancial entre ambos, ya que Waters dice que hubo una “primera oleada” que buscaba lograr la completa igualdad con los hombres y dentro de la cual habrían existido distintas corrientes políticas, entre ellas la socialista. La pintura que surge de esas pocas líneas es que esa “primera oleada” se parece bastante a la “segunda”, en la que habría habido luchas que lograron importantes triunfos, y en las que entre las mujeres que las protagonizaron había distintas opiniones y corrientes.

La realidad histórica y actual es la opuesta a la que pinta Waters en su documento.

16. Según Waters, el movimiento de liberación de la mujer, que surgió primero “en todos los países capitalistas avanzados”, luego se extendió a “sectores más amplios”, y “las luchas de liberación de la mujer continuarán extendiéndose”. “Este rápido crecimiento del movimiento feminista... confirma que hay que considerar la lucha por la liberación de la mujer como un componente fundamental del nuevo ascenso de la revolución mundial”, como “el componente más importante de las luchas revolucionarias que se avecinan en los países coloniales y semicoloniales”, y como “un componente significativo en el proceso de crisis y derrocamiento de los regímenes burocráticos privilegiados, para establecer la democracia socialista”.

En la “primera oleada” no hubo ninguna unidad policlasista de las mujeres

Entre las importantes luchas de mujeres en los países adelantados de principios del siglo XX y las que se dieron en los últimos años existen diferencias profundas en cuanto a consignas, composición social, orientación política de las movilizaciones y organizaciones que las dirigieron. Estas diferencias se explican si las ubicamos como parte de las profundas diferencias que existen entre una y otra época.

La vida política y social, desde el siglo pasado hasta el triunfo de la revolución rusa, en todos los países del mundo y muy en particular en los adelantados estuvo signada primero por el desarrollo del capitalismo y, luego, con su expansión mundial, por el desarrollo y la consolidación del imperialismo, por un lado, y por el desarrollo del proletariado, por el otro. Éste fue dando grandes batallas, organizándose y fortaleciéndose en el terreno político y sindical, y dio lugar a la formación de la primera internacional y de grandes sindicatos y, luego, de la segunda internacional y los partidos obreros revolucionarios de masas, cuya máxima expresión fue la socialdemocracia alemana hasta la Primera Guerra Mundial.

Cualquier lucha de aquel entonces a la que hagamos referencia se dio en ese marco: con la clase obrera y sus partidos obreros revolucionarios de masas como protagonistas centrales de la lucha de clases, y dentro de un ascenso obrero que se inició a finales del siglo XIX y que tuvo su pico culminante hacia finales de la Primera Guerra Mundial y con el triunfo de la revolución bolchevique.

Las luchas femeninas de entonces tuvieron una característica general: peleaban de un lado las burguesas, exigiendo, por ejemplo, el voto para las mujeres con propiedad, y del otro, siguiendo

a sus partidos obreros y sus sindicatos, acompañando o como parte directa de la lucha obrera, las mujeres obreras, exigiendo mejores condiciones de trabajo o el voto universal. Las mujeres participaron siempre de la lucha de clases en un lado u otro, más o menos activamente, en forma más o menos diferenciada.

Durante la Revolución Francesa (1789), las mujeres participaron activamente en la lucha contra el poder feudal, el absolutismo monárquico y por la república; también plantearon sus reivindicaciones como sexo. Surgieron numerosos clubes femeninos, se organizaron sociedades y se presentaron demandas feministas. En 1792, la Sociedad de Amigas de la Libertad y la Igualdad se puso a la cabeza de un movimiento ocasionado por las terribles hambrunas que azotaban el país, y la ciudad de Lyon quedó temporalmente en sus manos, cuando estableció la distribución de alimentos y la regulación de precios.

Con el rápido desarrollo capitalista del siglo XIX, entraron en las industrias miles de miles de mujeres y niños, a punto tal que en 1835, como ya lo anotamos, la cantidad de mujeres y niños que trabajaban en ellas era mayor que la de hombres. Como reflejo de esta situación, en la primera mitad del siglo XIX comenzaron a surgir grupos de mujeres que planteaban la igualdad de derechos con los hombres. Europa venía de una profunda revolución democráticoburguesa, y se iniciaba el surgimiento del proletariado moderno, que todavía no había dado grandes batallas. Por esta razón, la mayoría de los grupos que surgían, tanto en Inglaterra como en Francia, reivindicaban algunos derechos para la mujer, pero fundamentalmente desde un punto de vista burgués recortado.

Mary Wollstonecraft, una de las primeras feministas inglesas, planteaba reivindicaciones para que la mujer burguesa pudiera participar con todos los derechos políticos y sociales en el manejo de la propiedad, negándole esta posibilidad a las proletarias.

En Francia, alrededor de las jornadas que en 1830 derrocaron la monarquía de Carlos X y llevaron al poder a Luis Felipe, se desarrollaron distintas corrientes. Por un lado, las mujeres cristianas, que se oponían a cualquier clase de liberación política y social de la mujer y reivindicaban simplemente una reforma en la educación del sexo femenino, en la mira de procurar a la mujer, como esposa y madre, una mejor posición en el seno de su familia.

Por otro lado, un grupo de feministas, que se agrupaban en torno a Madame de Mauchamps y exigían que Luis Felipe, rey de los franceses, se declarase también “rey de las francesas”, le rogaba a éste que otorgara a las mujeres de recursos económicos los privilegios políticos de que gozaban los grandes propietarios.

Pero a medida que la clase obrera se desarrolla y comienza a intervenir en la lucha de clases, empiezan a dividirse aguas entre las dos clases que cada día aparecen con mayor claridad y contundencia como enemigas irreconciliables. Uno de los primeros síntomas es la revolución de 1848 en Francia, donde por primera vez la clase obrera entra como fuerza social y política diferenciada. En consecuencia, comienza también a surgir la lucha de las mujeres trabajadoras diferenciada de las de la burguesía.

Dice Sheila Rowbotham: “En 1848, en el Club Lyonnais, una ‘simple mujer trabajadora de familia pobre, mujer de un republicano’, se adelantó hacia la tribuna y exigió que las mujeres no fuesen esclavas de los hombres. Quería que se las admitiera en las asambleas, que discutieran sus propios derechos y dirigieran sus propios asuntos. Se les debía pagar salarios decentes a cambio de su trabajo, para que no tuvieran que depender de los hombres. A las chicas jóvenes que habían sido seducidas y luego

abandonadas, debía permitírseles cuidar a sus hijos sin deshonra y la vergüenza debía caer sobre los hombres.”¹⁷

En Francia, en 1840, Flora Tristán (escritora, feminista, socialista, nieta del pintor Paul Gauguin) fue una de las primeras que planteó la lucha de la mujer unida a la de la clase trabajadora. A partir de este periodo surgen círculos femeninos, las mujeres trabajadoras se organizan en la “Unión de Trabajadoras”, en el “Círculo de Lavanderas”, etc., y se consiguen importantes reivindicaciones para las trabajadoras. A las lavanderas les fue acordada la jornada de doce horas en lugar de catorce; se les permitió a las trabajadoras el derecho de presentar los intereses propios en el seno de los poderes públicos. Las reivindicaciones feministas estaban ligadas a la lucha de los trabajadores. Las mujeres exigían cooperativas que vendieran sus productos eliminando los intermediarios, la construcción de lavanderías y sastrerías públicas, escuelas en las empresas, restaurantes públicos baratos, salas de reunión y recreación, etcétera.¹⁸

El desarrollo de la clase obrera, de sus organizaciones sindicales, de partidos socialistas, trae aparejada la organización de las mujeres trabajadoras a partir de los propios sindicatos, como medio para defenderse de la terrible explotación a que eran sometidas. En 1865, el III Congreso de la Liga de las Sociedades Obreras alemanas, celebrado en Stuttgart, plantea la lucha por la igualdad del hombre y la mujer y aprueba la lucha por ciertas reivindicaciones, como la creación de institutos superiores para obreras, la fundación de asociaciones de obreras y el derecho al voto para las mujeres.

La Asociación Internacional de los Trabajadores, fundada en 1864 y dirigida por Marx y Engels, juega un papel decisivo en

17. Rowbotham, Sheila, *Feminismo y Revolución*, Editorial Debate, Madrid, 1978.

18. Ibid.

el impulso a las reivindicaciones de las mujeres trabajadoras, lo cual se refleja en la afiliación de importantes grupos de obreras a ella, como la Liga de Pantalonerías de Inglaterra. Ya desde el *Manifiesto Comunista*, en 1848, se plantea el objetivo de la plena igualdad de la mujer bajo el socialismo, señalando para el movimiento marxista un derrotero claro en la lucha contra la opresión femenina. El socialismo continúa consecuentemente esta lucha y sus más destacados dirigentes, como Marx, Engels y, luego, August Bebel, dedican parte de sus páginas y sus actividades al problema femenino.

En 1907, la Segunda Internacional, recogiendo la tradición de la Primera Internacional, aprobó para todos sus partidos la campaña por el sufragio universal sin distinciones de sexo, rechazando de este modo cualquier concesión al oportunismo de los partidos liberales que temían el voto para la mujer, o de los movimientos feministas que se contentaban con el voto “para las damas”.

Inglaterra es un ejemplo típico de la división del movimiento femenino. A medida que el ascenso se hacía más fuerte, y que la guerra mundial obligaba a tomar decisiones contundentes, el movimiento aparecía más dividido. Por un lado, las mujeres de clase media exigían mejoras en la educación, cambios legales y luchas a favor del control de la natalidad. El movimiento liberal feminista se encontraba dividido en una fuerte tendencia conservadora que apoyaba a la clase dominante y al imperio, y otra que intentó relacionar la lucha femenina con la de la clase obrera.

La Sociedad Fabiana, que era un grupo de presión dentro del Partido Laborista, pedía el voto restringido, sólo para las mujeres de las clases poseedoras. Por el contrario, la Federación de Sufragistas del Este de Londres, dirigida por Silvia Pankhurst, apoyó la revolución rusa, realizó campañas por la igualdad de salarios, organizando manifestaciones y mítines callejeros. Por

otra parte, la WSPU (Unión Social y Política de Mujeres), organizada por su hermana, Emmeline Pankhurst, tenía como método el parlamento y la compra de votos por medio del dinero.

La revolución rusa de 1917 fue el hecho definitivo que selló la división de aguas entre quienes la apoyaban y quienes se colocaban en su contra. No podía ser de otra manera entre las mujeres. En esta grandiosa revolución no existió ningún movimiento autónomo y unitario de todas las mujeres de todas las clases. Por el contrario, la movilización femenina se dio a través de la movilización general de los obreros y campesinos por el poder, dirigida por el Partido Bolchevique, contra las mujeres prozaristas y contra las mujeres que en octubre apoyaban a Kerensky y su gobierno.

La Primera Guerra Mundial y la revolución rusa conmocionaron a Europa y “obligaron a las feministas a definirse, en un momento en que, al concederse a las mujeres el derecho al voto, desaparecía la única causa común que las unía. Después de 1917, ningún movimiento político jamás podrá volver a ser igual, ni los formados por mujeres ni los grupos de cualquier otro tipo.”¹⁹ Había comenzado un nuevo y decisivo capítulo en la historia de la humanidad, el de las revoluciones proletarias.

La Tercera Internacional Comunista se formó después de la revolución dirigida por Lenin y Trotsky, y en su III Congreso aprobó las “Tesis para la Propaganda entre las Mujeres” llamando, no a construir un movimiento unitario de mujeres de todas las clases, sino al apoyo activo de todas las obreras y trabajadoras a la revolución obrera y a la Tercera Internacional, previniéndolas de toda colaboración con los partidos burgueses o de la Segunda Internacional. Se conforma el Secretariado Femenino de la Internacional y se realizan cuatro conferencias internacionales de mujeres comunistas, cuya orientación es “desarrollar el

19. Ibid,

movimiento femenino comunista... provocar y orientar bajo la dirección y con el enérgico apoyo de los comunistas acciones nacionales e internacionales tendientes a intensificar y ampliar, mediante la labor de las mujeres, la lucha revolucionaria del proletariado”.

En los años sesenta surge un fenómeno nuevo

De las movilizaciones feministas que se dieron en algunos países adelantados a partir de 1968 participaron principalmente amas de casa, estudiantes y trabajadoras de la pequeñoburguesía. Es particularmente palpable en Estados Unidos, donde el SWP mismo reconoce que casi no ganaron adherentes entre las negras, las chicanas y las obreras, y donde prácticamente el grueso de la lucha estuvo orientado por el NOW, y éste, por el Partido Demócrata. Por otra parte, surgió una fuerte corriente conocida como las feministas radicales, que consideraban la opresión de la mujer como la base de la sociedad de clases, y grupos de “autoconciencia”, venidos fundamentalmente del movimiento estudiantil.

En Europa, aunque la base esencial fue también pequeñoburguesa, como existió un ascenso obrero mayor que en Estados Unidos, especialmente en España, Italia y Francia, se produjo una mayor radicalización de la pequeñoburguesía y, a su vez, un mayor desarrollo de posiciones de izquierda y ultraizquierda dentro de los grupos feministas.

La base esencialmente pequeñoburguesa de estos movimientos y la falta de una poderosa oleada de luchas del movimiento obrero y de un fuerte partido revolucionario de masas permitió crear la ficción pequeñoburguesa de la independencia, de la autonomía por encima de la lucha de clases. Waters es víctima de esta ficción y toda su estrategia de construcción de un

movimiento autónomo y unitario de mujeres no es más que su capitulación a las presiones pequeñoburguesas de las feministas radicales de Estados Unidos y a las poderosísimas direcciones reformistas o directamente imperialistas.

Para analizar qué características tuvieron estas luchas tenemos que comenzar por ubicar las enormes diferencias que existen entre la situación que se abrió en mayo de 1968 y la de finales de siglo XIX o principios del XX. La característica fundamental de la época estaba dada por la existencia de un fuerte ascenso obrero y de grandes partidos obreros revolucionarios de masas. La situación que siguió a la Segunda Guerra Mundial tiene características opuestas: la clase obrera de los países adelantados vivió un prolongado proceso de estabilidad, de pasividad en sus luchas, que no hizo sino mantener o consolidar el control sobre los trabajadores por parte de los grandes partidos obreros reformistas, el estalinismo y la socialdemocracia; los ascensos revolucionarios se vivieron en el mundo semicolonial, y las revoluciones que triunfaron fueron dirigidas no por partidos obreros revolucionarios, sino por partidos pequeñoburgueses u obreros stalinistas, y basadas esencialmente en luchas campesinas o populares.

El ascenso mundial iniciado en 1968 tiene como característica, por el momento y aun cuando abarca a todo el mundo, la inexistencia de fuertes partidos obreros revolucionarios de masas y que la clase obrera industrial no ha sido la protagonista principal y sostenida de la continuidad del ascenso. En este marco, en los países adelantados de Europa y en Estados Unidos, se dieron grandes movilizaciones de la juventud, de los negros, de las nacionalidades oprimidas, y lo que Waters llama la “segunda oleada” de las luchas feministas. Hasta 1975, cuando triunfó el Vietcong, fue muy importante la movilización contra la guerra.

Waters contra Waters

En abril de 1978 ya era innegable la caída de las movilizaciones de mujeres en Europa y Estados Unidos, que venían en su curva descendente desde aproximadamente dos años atrás. Justamente en este mes, el Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional, encabezado por Ernest Mandel, aprobó el documento “La Revolución Socialista y la lucha por la Liberación de la Mujer” que venimos criticando.

En las cinco primeras páginas del documento hay por lo menos ocho frases —y eso porque no hemos contado todas— donde afirma, de una manera u otra, la existencia a nivel mundial de un “movimiento” de mujeres, profundo, creciente y sin precedentes. Comienza con una exageración: “En todo el mundo, millones de mujeres (...)” comienzan a luchar. Luego la matiza y la limita sólo a “todos los países capitalistas avanzados”. Inmediatamente vuelve a exagerar diciendo que este “movimiento” forma parte del ascenso de “todos los sectores oprimidos y explotados de la población mundial” y que este “rápido crecimiento” del “movimiento” debe ser considerado como “componente fundamental” del nuevo ascenso y, además, que esta lucha “no tiene precedente” en “las implicancias” que tiene “contra el imperialismo”.²⁰

20. La segunda frase del documento dice: “En todo el mundo, millones de mujeres, especialmente mujeres jóvenes, estudiantes, obreras y amas de casa, comienzan a poner en cuestión algunos de los rasgos fundamentales de su opresión de siglos”. En el tercer párrafo agrega: “... pronto surgió el movimiento de liberación de la mujer en todos los países capitalistas avanzados”.

El cuarto párrafo dice: “El nuevo movimiento de liberación de la mujer apareció en la escena histórica formando parte de un ascenso más general de la clase obrera y de todos los sectores oprimidos y explotados de la población mundial”. Al pasar la página, concluye: “El rápido crecimiento del movimiento feminista y el papel que ha tenido en la profundización de la lucha de clases,

Por lo menos, nuestros lectores coincidirán en que existe una exageración de la realidad objetiva por parte de Waters y de todo el mandelismo. Pero hasta el momento se podría ver como una exageración producto del entusiasmo. Sin embargo, a medida que nos adentramos en la lectura, nos encontramos con que estas frases se repiten a lo largo de todo el material, lo que nos lleva a la conclusión de que es una convicción profunda de Waters.²¹

Para ella, “el agotamiento del *boom* económico de posguerra y la profundización de los problemas económicos, sociales y políticos del imperialismo a escala mundial, acentuados por la recesión internacional de [los años] 1974-1975, no han producido un reflujo en las luchas de las mujeres ni les han quitado su papel central al aparecer en escena fuerzas sociales más poderosas; lejos de disminuir, conforme aumentaban las luchas de la clase obrera organizada en los años recientes, la conciencia feminista y las luchas de las mujeres continúan extendiéndose y cada vez

tanto a nivel internacional como en países específicos, con forma que hay que considerar la lucha por la liberación de la mujer como un componente fundamental del nuevo ascenso de la revolución mundial”. En la página siguiente, comienza el punto dos así: “No tiene precedente tanto la profundidad de la crisis económica, política y social que expresa esta radicalización de la mujer, como las implicaciones que tiene en la lucha contra la opresión y la explotación capitalista”. “En un país tras otro, un número cada vez mayor de mujeres están tomando parte en campañas (...)”. A las dos páginas: “El desarrollo de la lucha de las mujeres contra su opresión ya ha comenzado a privar a la clase dominante de una de las armas principales que durante largo tiempo ha utilizado para dividir y debilitar a los explotados y a los oprimidos”, y “el desarrollo del movimiento de liberación de la mujer en la actualidad hace avanzar la lucha de clases, aumenta sus fuerzas y favorece las perspectivas del socialismo”.

21. Hablando de las raíces de la nueva radicalización de la mujer, Waters dice: “Los derechos democráticos más amplios y las mayores oportunidades sociales no han ‘satisfecho’ a las mujeres ni las han inclinado a una aceptación pasiva de su situación social e inferior y su dependencia económica. Por el contrario, han estimulado nuevas luchas y demandas más avanzadas”.

están más entrelazadas con el desarrollo de la conciencia social y la combatividad política de los hombres y mujeres de la clase trabajadora. (...) Han sido una poderosa fuerza motriz de la protesta social y la radicalización política”.²²

Queremos hacerle una serie de preguntas a Waters. En Estados Unidos, después de la movilización de agosto de 1970 y, especialmente desde 1975 en adelante, ¿ha habido movilizaciones de mujeres mucho más extensas?

¿Durante los tres o cuatro últimos años (1976–1980), “las luchas de la mujer continúan extendiéndose” a todos los estados de Estados Unidos? ¿En todos estos estados ha habido manifestaciones que superaran las de 1970? Si esto es así, ¿las “nuevas luchas” están planteando “demandas más avanzadas” que el aborto o el reconocimiento del ERA? ¿La noticia de primera plana de *The New York Times*, *The Washington Post* y otros diarios estadounidenses es el “movimiento” de la mujer? ¿Las mujeres juegan el “papel central” de la lucha de clases en Estados Unidos?

En Italia, después de las grandes movilizaciones por el divorcio en 1974 y del aborto en 1977, ¿hubo manifestaciones que duplicaran o triplicaran en número a las ya mencionadas? Las italianas, después de conquistar el derecho al divorcio y al aborto, ¿han pasado a medidas “más avanzadas”? ¿las calles de París están hoy más llenas que en mayo de 1968 y con movilizaciones posteriores de mujeres que demandan reivindicaciones “más avanzadas”? Y si no es en estos países, ¿en cuáles actualmente hay movilizaciones crecientes y sin precedentes de miles de miles de mujeres? ¿En África o en América Latina, tal vez?

22. En el capítulo final, cuando va a referirse a las tareas de la Cuarta Internacional, su primer punto dice: “(...) la velocidad con que las ideas revolucionarias y las lecciones de las luchas se transmiten de un país a otro y de un sector a otro de la revolución mundial, aseguran que las luchas de liberación de la mujer continuarán extendiéndose”.

En Estados Unidos, a partir de la movilización contra la guerra de Vietnam e influenciadas por las movilizaciones negras, surge en 1966 el NOW, de Betty Friedman, la mayor organización feminista del país, y comienzan a surgir pequeños grupos de autoconciencia, fundamentalmente a partir de las estudiantes. El 26 de agosto de 1970, en el 50 aniversario de la conquista del voto femenino, se dieron las más grandes movilizaciones de mujeres, que luego no se volvieron a repetir en tales dimensiones. A la manifestación de Nueva York, por ejemplo, asistieron alrededor de 30.000 mujeres. Su primera conquista fue la legalización del aborto en el estado de Nueva York ese año, y dos años después se logró la decisión de la Corte Suprema de Justicia legalizándolo en todo el país. Esta consigna se ha acompañado con la campaña por la ratificación del ERA, enmienda constitucional para lograr iguales derechos para la mujer. Pero ni la lucha por el aborto, después de la gran movilización de 1970, ni la del ERA han vuelto a producir manifestaciones del tamaño de la primera, por el contrario, la movilización fue en descenso constante hasta su casi total desaparición poco tiempo después.

El hecho de que no exista un ascenso en las luchas obreras, permitió que se fortalecieran corrientes liberales como el NOW, que era la mayoritaria, y las corrientes de feministas radicales (que consideran la opresión de la mujer como la raíz de la sociedad de clases y que se oponen a los partidos de izquierda), las corrientes culturalistas y los grupos de autoconciencia. En Estados Unidos, el “movimiento”, de acuerdo con los análisis del SWP, fue fundamentalmente estudiantil y de clase media, y nunca logró ligar sectores significativos de obreras, negras y chicanas, los sectores más sobreexplotados de la población yanqui.

Sobre Estados Unidos, queremos citar a la misma Waters, quien, años antes de votarse su documento en 1978, ya planteaba la situación de crisis de las movilizaciones de mujeres.

“En los tres años siguientes a las movilizaciones del 26 de agosto de 1970 no ha habido manifestaciones ni movilizaciones de envergadura o impacto parecido al 26 de agosto. La mayoría de los grupos del movimiento de liberación de la mujer que surgieron después del primer impulso del movimiento, sigue en proceso de desintegración. De los que aún existen, muchos se concentran en problemas tales como la violación, la prostitución, y las clínicas de ‘auto socorro’, que no son problemas políticos centrales para las masas de mujeres y no se prestan para la lucha efectiva contra las instituciones que perpetúan la opresión de la mujer”.²³

Se refleja en el hecho [de] que “el movimiento feminista, después de su primer surgimiento en 1969-1970, sufrió inmediatamente una crisis de perspectiva. Las tendencias contraculturistas, obreristas, extremo izquierdistas, sectarias y reformistas se desarrollaron (...)”.²⁴

Refiriéndose a la campaña por la legalización del aborto, hace un balance de las actividades del WONAAC (Coalición Nacional de Mujeres para la Acción por el Aborto), organización creada por el SWP y otras fuerzas para iniciar esta campaña en 1971, y dice: “Al hacer el balance de la campaña, debemos ver los logros del WONAAC y también discutir por qué no hubo movilizaciones masivas por el problema del aborto”.²⁵

“La semana de movilización por el aborto que realizó WONAAC en mayo de 1972 y los tribunales locales de 1972 fueron la única oposición a la campaña ‘por el derecho a nacer’ y las declaraciones antiaborto de Nixon y Mc Govern.

23. Waters, Mary Alice, “La Liberación de la Mujer y su papel en la Revolución Socialista”, *Marxismo y Feminismo*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1974, pág. 106.

24. Ibid.

25. Ibid.

Los logros directos del WONAAC son impresionantes. Realizó la movilización del 20 de noviembre de 1971 en Washington, la primera movilización nacional por el aborto. Realizó múltiples actividades en distintas áreas en mayo de 1972. La manifestación realizada por el WONAAC en Nueva York como parte de la Semana de Movilización por el Aborto fue la única movilización realizada por el movimiento pro aborto para contrarrestar el intento, que por poco lograron las fuerzas antiaborto, por derogar la legalización del aborto en el Estado de Nueva York.

“WONAAC nunca pudo atraer a sus actividades a números importantes de mujeres, aparte de las activistas del movimiento de liberación de la mujer. No se convirtió en un movimiento de masas antes de que la Suprema Corte tomara una decisión favorable. Las acciones del WONAAC fueron más pequeñas de lo que habíamos anticipado. Esto se debe a que subestimamos el impacto combinado de varios obstáculos al desarrollo del WONAAC. Entre estos obstáculos están:

“1. La intensa oposición a la campaña nacional por el aborto en sectores del movimiento de liberación de la mujer, expresado entre otras cosas, en la intensa campaña de provocaciones anticomunistas contra WONAAC. La fuerza inicial de las extremoizquierdistas y las liberales fue mayor de lo que habíamos previsto. Habíamos pensado, por ejemplo, que una campaña nacional por el aborto hubiera arrastrado a NOW, pero NOW, como organización nacional, se negó a prestar apoyo efectivo a la lucha por el aborto (...)”,²⁶ y concluye diciendo: “Retrospectivamente, ahora vemos que el movimiento de liberación de la mujer nació en el apogeo del ascenso y radicalización de la

26. Ibid.

década pasada. En sus luchas, nadó contra la corriente desde el comienzo”.²⁷

Pero podría ser que entre 1973 y 1978 se hubiera dado un nuevo florecimiento de las luchas de la mujer. Sin embargo, el informe sobre el movimiento de la mujer, aprobado por el Comité Central del SWP en enero de 1977, dice: “Hoy el sentimiento feminista —aunque es más fuerte y profundo que nunca, sobre todo en las comunidades negras y en la clase obrera— está mal organizado. En las universidades hay numerosos grupos feministas, pero son relativamente pequeños, atomizados y carecen de dirección. El movimiento por el derecho al aborto es débil y apenas visible. En algunas zonas hemos empezado a formar grupos ad hoc, pero ninguno constituye una verdadera coalición. Se han formado algunas organizaciones feministas negras y chicanas, pero son pequeñas y están relativamente aisladas”.²⁸ Y: “ante la falta de una dirección clasista con algún peso en el movimiento obrero o en las organizaciones negras, chicanas o portorriqueñas de masas, la escasa respuesta que ha habido a los ataques la han realizado las dirigentes reformistas confusionistas del movimiento feminista orientadas por el Partido Demócrata, en particular las del NOW, que conforman el grupo más grande e influyente.”²⁹

Esto es sólo un botón de muestra de la multitudinaria documentación que podría aportar el SWP para mostrar, basándose en documentos oficiales o de Waters, que es falsa la descripción de la situación que se presenta en el texto sobre las luchas feministas en Estados Unidos.

27. Ibid

28. “Women’s Liberation Report”, presentado en el Comité Nacional del SWP, en enero de 1977, *Internal Information Bulletin N.º 1*, 1977, Nueva York, febrero de 1977, pp. 4041.

29. Ibid.

En Francia, a finales de la década de 1960, surgieron los grupos MLF (Movimiento de Liberación Femenina) y, a partir de mayo de 1968, se desarrollaron grandes movilizaciones, fundamentalmente a partir de la lucha por la legalización del aborto, que se extendieron durante los primeros años de la década de 1970. La composición de las movilizaciones y grupos fue fundamentalmente estudiantil, pero, al contrario de Estados Unidos, se desarrollaron en medio de un ascenso más fuerte de la clase obrera, lo cual volcó más hacia la izquierda a la pequeña burguesía. No obstante, “la explosión de mayo de 1968 se acabó demasiado rápido para permitir al naciente movimiento de mujeres convencer a capas importantes del movimiento obrero sobre la importancia de la lucha contra la opresión específica de las mujeres. Por esta razón, este movimiento ha tenido una tendencia a desarrollar posiciones sectarias, aun entre los grupos que se reclaman de un punto de vista de clase, y que declaran que quieren defender los intereses de las mujeres más explotadas y oprimidas.”³⁰

La lucha por el aborto concluyó con una victoria al ser éste legalizado por el gobierno francés en 1975, pero precisamente por eso “el impacto del MLAC (Movimiento por la Legalización del Aborto) en Francia y su rápida declinación luego de que fue aprobada la ley”.³¹ Otros indicativos de la declinación del movimiento son la pobre celebración del 8 de marzo de 1979 y los bajos resultados de la campaña mundial por el aborto. Algunas compañeras de la LCR (Liga Comunista Revolucionaria) francesa, la organización del mandelismo, decían en mayo de 1979:

30. “Sobre la intervención de las secciones de la Cuarta Internacional en el movimiento de las mujeres”, *International Discussion Internal Bulletin*, vol. xiv, mayo de 1977, pág. 11.

31. *Cahiers du Feminisme* N.º 9, “Il fallait être au Milieu des Torches y des Flambeaux”, Editions la Brèche, Paris, Avril/Mai, 1979.

“El movimiento de mujeres está en dificultades (subtítulo). Ni organización ni movimiento permanente y coordinado, el movimiento de mujeres es hoy una realidad particularmente móvil. Los grupos de mujeres se hacen y se deshacen y sus capacidades de iniciativa fluctúan enormemente. Algunos están enraizados en una práctica local de lucha, o sobre su empresa, ¿pero las otras? Y desde hace más de un año en la región parisiense no hay más coordinaciones reales o intercambios de experiencias y elaboraciones de iniciativas comunes que le permitan al movimiento de mujeres constituirse en una fuerza social y política.”³²

“El movimiento de mujeres está políticamente desmembrado en la región parisiense, y los únicos lugares de ‘centralización’ que existen todavía son las asambleas generales, donde se encuentran a menudo las militantes feministas más motivadas. Si no existen más coordinaciones centrales representativas del movimiento en París, no es porque las militantes de los grupos estén descorazonadas por el terrorismo verbal de las asambleas generales o por su carácter antidemocrático, sino principalmente porque la necesidad de coordinaciones, de iniciativas centrales y unitarias ha retrocedido ampliamente, y esto por múltiples causas (situación política, crisis de la extrema izquierda, juventud del movimiento feminista, etc.). El repliegue localista es hoy una realidad, y si no es combatido políticamente desembocará en la asfixia de toda una generación de militantes feministas. ¡El descorazonamiento gana ya!”³³

La situación es más o menos similar en los demás países donde hubo movilizaciones importantes. Resumamos para no aburrir. En Italia, durante 1974, se desarrollaron las grandes movilizaciones alrededor del plebiscito por el divorcio y continuaron en 1975 con la lucha por el aborto. Pero no tenemos

32. Ibid.

33. Ibid.

conocimiento de masivas movilizaciones ni campañas posteriores. En España, la lucha contra el franquismo desató en 1974 y 1975 movilizaciones de mujeres ligadas profundamente con la lucha democrática y con las luchas obreras por el desmonte de la dictadura. En Cataluña se realizaron las Jornadas Catalanas de la Dona, de junio de 1976, con la asistencia de más de cuatro mil mujeres y se organizaron grupos en todo el país y movilizaciones en las provincias. Pero en los últimos dos años tampoco ha continuado esta ola de movilizaciones. En Suecia, el gobierno ha otorgado amplias concesiones a las mujeres, por lo cual la movilización ha sido frenada.

Esta es la realidad que nosotros vemos. Lo que dicen las compañeras norteamericanas y francesas coincide con el hecho de que hay un descenso, una caída de las movilizaciones feministas, en la mayor parte de los casos ligadas a los triunfos que obtuvieron. Nuevamente, entonces, le preguntamos a Waters: ¿En qué lugar de la tierra está ese “movimiento”, cuyas claras luchas “continúan extendiéndose”, y que cada vez es más radical?

¿Movimientos unitarios y autónomos de mujeres en los países atrasados?

El surgimiento del imperialismo significó una explotación brutal de los países atrasados, quienes, sin salir de su secular situación de miseria, vieron atacados o destruidos completamente sus viejos sistemas de producción para satisfacer la ganancia del capitalista, vieron la introducción violenta y arrasadora de la producción capitalista y para el mercado mundial.

Las condiciones de hambre y miseria que se dieron en todo el mundo colonial y semicolonial hicieron que se viviera, a lo largo de todo el siglo XX, una situación de inestabilidad, de intensa lucha de clases. En algunos casos, esas condiciones se hicieron

tan terribles, tan sin salida, que aun sin partido revolucionario marxista y sin una fuerte clase obrera triunfó la revolución en China, en Cuba, en Vietnam y en otros países.

En estas revoluciones la clase obrera no jugó un papel de vanguardia sino más bien indirecto, expresado en el apoyo a los estados comunistas a través de la existencia de partidos obreros ligados a la Unión Soviética o a China, y en el apoyo de la clase obrera mundial. Este papel indirecto, mediado, de la clase obrera y la inexistencia de partidos revolucionarios obreros en esas revoluciones triunfantes fue lo que les dio su carácter “anormal”, *sui generis* (opuesto a la experiencia “clásica” de la revolución rusa).

Salvo en el caso de la revolución china, en todo el proceso de luchas de los países coloniales y semicoloniales y de sus revoluciones triunfantes no hemos visto poderosas movilizaciones feministas. Y en el caso de China, las mujeres tuvieron un papel destacadísimo, de vanguardia, único, pero que no tiene nada que ver con la propuesta de Waters, de formación del movimiento unitario o independiente.

Creemos que esta situación, distinta en este aspecto a la de los países adelantados, se debe a la inestabilidad política y económica que atraviesan esos países, las diferencias sociales que hacen que existan pequeñísimas minorías ultraprivilegiadas y muy ricas, en contraste con multitudes humanas sumidas en la superexplotación y la miseria, que, salvo en contados países, la clase media urbana es bastante débil. Todo esto hace que las contradicciones de clase sean mucho más explosivas y que la sociedad se polarice rápidamente entre sus extremos. Las mujeres de la clase dominante ven directamente comprometida su suerte a la de su clase, la pequeñoburguesía es mucho menos independiente y se radicaliza hacia la clase obrera con más facilidad cuando hay luchas, el movimiento estudiantil también

es relativamente más débil y con mucha más afinidad con los trabajadores, y las mujeres obreras y campesinas, las más pobres, viven sujetas a los problemas de la miseria y el hambre que aqueja a todos los trabajadores, lo que hace que los problemas de su opresión específica como mujeres pasen a un segundo plano. Estas condiciones específicas son las que explican por qué, tanto en el pasado como en el actual ascenso iniciado en 1968, aun cuando se dieron luchas importantes e incluso revoluciones triunfantes, no hubo un fenómeno siquiera parecido al de las movilizaciones feministas de los países adelantados. Más aún, los casos de luchas protagonizadas por mujeres que se dieron —Chile e Irán—, no sólo fueron bien esporádicas sino que estuvieron directamente vinculadas a los problemas políticos en pugna.

En Chile, en 1973, hubo movilizaciones de mujeres contra el aumento del costo de la vida, pero con un carácter netamente político, de apoyo directo a la contrarrevolución en marcha, en contra del gobierno de la Unidad Popular.

En el reciente proceso de la revolución iraní (1979), durante un breve periodo se dieron movilizaciones específicas de mujeres, como consecuencia de la orden de Khomeini (el máximo líder religioso) de desterrar las vestimentas y costumbres occidentales que había alentado el Sha, y volver a la utilización del tradicional *shador* y al cumplimiento al pie de la letra de las leyes islámicas. En este caso, al margen del carácter bien fugaz de la movilización, es necesario precisar muy bien hasta qué punto, a pesar de que las consignas de libertad en la vestimenta o en las costumbres fuesen progresivas, este movimiento no estaba directa o indirectamente ligado a sectores contrarrevolucionarios.

A la pasada y al final de su documento, sin sacar ninguna conclusión, Waters dice lo mismo que nosotros respecto de la participación de las mujeres en las luchas de los países coloniales o semicoloniales: “Desde el auge de la revolución colonial

a comienzos de siglo, las mujeres han participado en los levantamientos antiimperialistas pero no ha habido ninguna tradición de organización de las mujeres como tales, alrededor de sus demandas específicas, como un componente diferenciado de esas luchas”.

No obstante, hacer este correcto reconocimiento no lleva a Waters a abandonar su proyecto de construcción del movimiento feminista independiente, sino todo lo contrario. Lo que aún no ha ocurrido, deberá ocurrir. “Sin embargo, el desarrollo del sistema capitalista mundial desde la Segunda Guerra Mundial ha agudizado las contradicciones sociales, políticas y económicas de los países coloniales y semicoloniales, lo que con el tiempo empujará a las mujeres a luchar por sus propias demandas”. Y más aún, “con el tiempo”, “las luchas de las mujeres tienen que llegar a ser el componente más importante de las luchas revolucionarias que se avecinan en los países coloniales y semicoloniales”.

Para que su planteo no quede tan descabellado, Waters intenta apoyarse en supuestos ejemplos históricos anteriores de luchas feministas, aunque ella misma ya reconoció que no se dieron: “En Vietnam, Argelia, Cuba, Palestina, Sudáfrica, el Sahara y otros lugares, las luchas de las mujeres para terminar con las formas más brutales de la opresión que sufren han estado estrechamente vinculadas con el desarrollo de las luchas antiimperialistas”.

¿De qué luchas de mujeres está hablando? En todos esos procesos revolucionarios las mujeres participaron intensamente como parte de la lucha de todo el pueblo contra el agresor imperialista. Pero lo peor del ejemplo no es eso: ¿cómo es que Waters no enumera ni allí ni en ningún otro sitio de su documento, la grandiosa movilización de las mujeres chinas? ¿Cómo puede ser que un documento sobre las luchas de las mujeres ignore la más grande, la única grandiosa movilización de mujeres que se dio

en la historia? Se nos ocurre una sola explicación: Waters no la menciona porque va justamente en contra de su “estrategia” de “construir un movimiento independiente” de todas las mujeres.

Waters engloba a todos los países atrasados en una generalidad totalmente falsa: “en la mayoría de los países semicoloniales, la mayor parte de la población aún vive en el campo y se ocupa de los cultivos de subsistencia, con métodos extremadamente atrasados”. Esta es una frase digna de un almanaque mundial de la década del treinta, que no tiene nada que ver con la compleja realidad de los países atrasados, entre los cuales hay diferencias muy grandes respecto del desarrollo industrial pero en la mayor parte de los cuales existe, desde hace muchos años, una tendencia a la industrialización, a hacerse cada vez más urbanos; hay países donde el petróleo ha distorsionado todas las relaciones económicas y sociales, aun cuando muchas zonas todavía conserven su carácter campesino.

La afirmación de Waters de que las luchas de mujeres “tienen que llegar a ser el componente más importante de las luchas revolucionarias que se avecinan” en los países atrasados e imponer en ellos la “estrategia” de “construir el movimiento” independiente es ir contra la historia, contra la realidad actual y contra el futuro de esos países. Nosotros afirmamos rotundamente que en ellos es decisiva la lucha por la liberación nacional y por la tierra, que esos son dos componentes decisivos de las luchas de los países atrasados. Y que en algunos de ellos existe una clase obrera más o menos fuerte y con experiencia, que los coloca a la vanguardia de la lucha de los países semicoloniales, y que la existencia de esta clase obrera hace que se combinen íntimamente las tareas democráticas de la tierra y por la liberación nacional con las consignas obreras, lo que no hace sino alejar más todavía la posibilidad de surgimiento de “movimientos independientes” de todas las mujeres estilo Waters.

Dado que en América Latina el trotskismo tiene un peso importante y tradición, y que, aparte de lo que le toca de los planteos de Waters, existe un documento específico de la mayoría de la conducción de la Cuarta Internacional sobre ese continente, que plantea la misma “estrategia” de “construir un movimiento independiente”, es necesario que nos detengamos especialmente en este problema.

América Latina: ¿“es sólo una cuestión de tiempo”?

El documento latinoamericano del mandelismo y el SWP toma al pie de la letra la política de Waters para la mujer: “Transformaciones objetivas (...) están sentando las bases para el desarrollo de un movimiento de las mujeres”. “Los enraizados prejuicios contra la participación de mujeres en la vida política han impedido el desarrollo de un movimiento de liberación de la mujer que se pueda comparar al que ha surgido en los países capitalistas desarrollados. Es sólo una cuestión de tiempo, sin embargo, para que se desarrolle este movimiento. La agudeza de la opresión y el gran peso social que tiene este sector han creado la posibilidad para el desarrollo de un movimiento masivo de la mujer, con gran potencial político”. “Ya se pueden ver las primeras indicaciones del desarrollo de un movimiento de la mujer en América Latina:

“a) El surgimiento en muchos países de grupos de mujeres que se consideran francamente organizaciones feministas. Aunque sean pequeños y su composición y ámbito de acción sean principalmente estudiantiles o pequeñoburgueses, sin duda alguna se desarrollarán organizaciones feministas entre las mujeres de las clases explotadas.

“b) La creciente participación de las mujeres en la vida política. En este proceso han aparecido algunos grupos específicamente

de mujeres, como los comités de amas de casa en las áreas mineras de Bolivia, los comités de mujeres dentro de la Tendencia Democrática de los trabajadores electricistas de México”.³⁴

Si las generalidades del documento de Waters sobre los países atrasados y las mujeres son malas, lo que dice el documento específico sobre América Latina al respecto es peor. América Latina es un continente con una historia bastante conocida de intensa lucha de clases, en el cual se han dado movimientos antiimperialistas de masas bajo la dirección de la burguesía o la pequeñoburguesía; se han dado grandes luchas obreras; grandes derrotas; y hasta una revolución obrera triunfante que luego se perdió, la boliviana. En América Latina está Cuba, el primer estado obrero del continente.

Dentro de esa rica historia, las mujeres han tenido una participación constante, pero alineadas junto a sus partidos y sus respectivas clases. Como el documento de América Latina está obligado a buscar “luchas feministas”, atribuye a los “enraizados prejuicios políticos” que ellas no se hayan dado en forma similar a la “segunda oleada”. Nosotros decimos lo contrario: las mujeres sí han participado en luchas políticas, sindicales, antiimperialistas, en todos los países de América Latina, sólo que no lo hicieron según los nuevos cánones que pretende imponer Waters: formando movimientos autónomos e independientes de todas las mujeres. Y afirmamos que tanto la experiencia de todo este siglo XX como la del actual ascenso indican que, en el marco de los importantes cambios socioeconómicos vividos y que se viven en el continente (mayor desarrollo industrial, crisis en el campo, crecimiento de la población urbana, relativo aumento de la educación), las mujeres lucharán cada día más, pero no

34. “Sobre América Latina”, Proyecto de Resolución del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional, Colección Polémica Internacional, vol. 4, Bogotá, 1979, pág. 67. Publicado por el PST de Colombia.

sólo alrededor de una u otra consigna parcial, específica de la mujer, cosa que se puede dar coyunturalmente, sino siguiendo a los distintos partidos y organizaciones políticas y sindicales y a las luchas de las clases, y siendo las más pobres y oprimidas un componente importante de la lucha por la revolución obrera y el socialismo. Lucharán cada vez más entre sí, en campos políticos y sociales contrapuestos, contrarrevolucionarias contra revolucionarias, oportunistas contra trotskistas, burguesas y pequeño-burguesas contra proletarias.

Veamos un poco la experiencia del pasado. Uno de los pocos países que tiene alguna tradición de lucha feminista y una de las más antiguas tradiciones de organización y lucha obrera en el continente es Argentina, donde, desde fines del siglo XIX y siguiendo las pautas de la época dada por los países europeos, hubo actividad feminista de mujeres burguesas, por un lado, y de socialistas, por el otro.

En 1900 se fundó en Buenos Aires el Centro Feminista Socialista, dirigido por Alicia Moreau de Justo, una de las fundadoras y máximas dirigentes del Partido Socialista argentino, que trabajó fundamentalmente por una legislación protectora de las trabajadoras, que en esos momentos constituían un importante porcentaje de la fuerza de trabajo y eran brutalmente explotadas. Luego, otra socialista, Cecilia de Grierson, fundó el Consejo Nacional de Mujeres, que más tarde cayó por fuera de la influencia socialista.

La relativa importancia de la actividad feminista en el país llevó a que en 1910 se realizará un Congreso Feminista Internacional en el que participaron mujeres de todo el mundo. Entre 1924 y 1926 se lograron importantes conquistas para el trabajo de la mujer.

Sin embargo, en la mayor parte de los países del continente no se llegó ni siquiera a experiencias de este tipo. La historia de

las luchas de las mujeres latinoamericanas es un fiel reflejo de la historia política de sus países. En todos ellos, su participación en la vida política tiene que ver con la situación de conjunto del país. Las mujeres han apoyado masivamente a los partidos nacionalistas burgueses como el APRA en Perú o el peronismo en Argentina, han apoyado a los partidos conservadores o liberales, y las trabajadoras han tenido también una participación destacada en las luchas obreras, como ha sido el caso en toda la historia de Bolivia o como ocurre ahora en el Brasil.

Un buen ejemplo de toda esta variedad de situaciones nos lo da lo ocurrido con la conquista del voto femenino. En América Latina (donde en varios países existe aún el voto calificado, que excluye a los analfabetos o a los que no tienen propiedades), el voto de las mujeres fue otorgado por la mayoría de los gobiernos sin que se dieran luchas de todas las mujeres y bastante después de que se hubo logrado en Europa y en Estados Unidos (entre 1935 y 1958, aproximadamente), y estuvo directamente vinculado a los intentos de manipular el amplio caudal de votos femeninos en favor o en contra de uno u otro candidato burgués. En Perú, por ejemplo, se concedió, en 1955, el voto a la mujer que supiese leer, pero directamente ligado a la maniobra política de lograr ventaja para el candidato conservador Manuel Odría, cosa que así ocurrió. Allí mismo, el APRA, un partido nacionalista burgués, “progresivo” en relación con el odrismo, se opuso al voto de la mujer. En México, recién en 1953 se aceptó el voto de la mujer, ya que entre éstas existía una importante resistencia a las medidas de secularización del estado que adelantaba el PRI (Partido Revolucionario Institucional, en el gobierno desde la revolución). En Colombia, el voto femenino fue impuesto en 1957 por un gobierno militar, sin que se diera ninguna movilización de mujeres. En Chile se dio un intento de organizar un movimiento feminista ligado a este problema. Amanda Labarca

Hubertson organizó una Federación Chilena de Instituciones Femeninas para luchar por el voto, pero apenas se consiguió, en 1949, ésta se disolvió. En 1946, María de la Cruz, una seguidora de Juan Domingo Perón y de su esposa, Eva, organizó un Partido Femenino chileno para apoyar al candidato populista burgués, Carlos Ibáñez del Campo. Éste triunfó en 1952 y ese partido, que había sido decisivo para su elección, entró en crisis y se rompió. En Argentina, la bandera de la lucha de las mujeres fue fundamental para Juan Domingo Perón. Al inicio de su primera presidencia, en 1947, otorgó el voto femenino. Cuando el Congreso aprobó el proyecto de ley, en Buenos Aires millares de mujeres salieron a las calles, dirigidas por Eva Perón, para manifestar su apoyo al gobierno. En 1949, bajo la dirección de Evita se fundó el Partido Peronista Femenino, cuya organización partía de los comités femeninos de barrios y llegaba a todos los sectores de la población. Éste se transformó, luego, en la rama femenina del partido único.³⁵ En 1951, en la primera elección en que participaron, votaron 93,87% de las mujeres de Buenos Aires, contra 91,45% de los hombres. El porcentaje de votos femeninos en favor de Perón varió a nivel nacional entre 83 y 53%, lo que llevó a que fuesen electas siete senadoras y veinticuatro diputadas, número que es excepcionalmente alto no sólo para América Latina.

La actuación contrarrevolucionaria activa de un importante número de mujeres en el último periodo del gobierno de Salvador Allende en Chile es otra confirmación de lo que nosotros decimos. Durante 1972-1973, la política conciliadora del gobierno de la Unidad Popular y la política cada vez más agresiva de la burguesía, apoyada directamente por el imperialismo yanqui, volcaron cada vez más hacia la derecha a la clase media,

35. Hellander, Nancy, "La Mujer, mitad olvidada de la sociedad argentina", *Hembra y Macho en Latinoamérica*, Editorial Diana, México, 1977, pp. 131-132.

e incluso a importantes sectores de la clase obrera que seguían a la Democracia Cristiana, al tiempo que desgastaban y desmoralizaban a los sectores más combativos del proletariado. Esto explica cómo fue que un amplio sector de mujeres apoyó, junto con la mayoría de la pequeñoburguesía y algunos sectores obreros, la política contrarrevolucionaria de la burguesía, que finalmente permitió el triunfo de Pinochet.

Si hubiera existido en Chile un partido revolucionario de peso, un partido con una política correcta y en condiciones de orientar a las masas, habría sido capaz de movilizar a la clase obrera exigiendo al gobierno medidas claras contra el imperialismo y la burguesía, habría ganado la confianza y la dirección de los trabajadores, tanto hombres como mujeres, y detrás de ellos habría ganado también, o neutralizado, a sectores importantes de la pequeñoburguesía, abriendo la posibilidad de aplastar el golpe y profundizar el camino revolucionario.

Ni en uno ni en otro caso había campo para “construir un movimiento independiente” de todas las mujeres, como pide Waters. Y, por supuesto, ella entiende la experiencia de Chile al revés, porque se coloca en el rincón de “todas las mujeres”: “Chile mostró una vez más de forma trágica que si el movimiento de los trabajadores no levanta y lucha por un programa y una perspectiva revolucionaria que responda a las necesidades de las masas de mujeres, muchas mujeres pequeñoburguesas y hasta obreras pueden movilizarse del lado de la reacción o ser neutralizadas como aliadas potenciales del proletariado.”³⁶ Parecería que lo que faltó en Chile para impedir el triunfo de Pinochet no fue un partido revolucionario que dirigiese a las masas, sino un programa específico para las mujeres y, ¡cuándo no!, un movimiento autónomo...

36. Chaney, M. “La Mujer en la Política Latinoamericana, el caso de Perú y Chile”, *Hembra y Macho en Latinoamérica*, op. cit.

Bolivia es lo más avanzado de América Latina en cuanto a revolución obrera. En 1952 tuvo lugar una revolución obrera que se perdió. En este país, la experiencia de las luchas de las mujeres no tiene nada que ver con lo que propone Waters. El caso de los comités de amas de casa de Bolivia, citado en la Resolución sobre América Latina que venimos criticando, como ejemplo de lucha independiente de las mujeres por sus reivindicaciones en general, no podría ser más distinto. En la práctica fue la organización de las mujeres para apoyar la lucha obrera. Dominica Chungara, la más reconocida dirigente mujer de las minas bolivianas, nos explica cómo fue ese comité:

“(...) Nosotras, las mujeres, fuimos criadas desde la cuna con la idea de que la mujer ha sido hecha solamente para la cocina y para cuidar de los wawas (niños), que es incapaz de llevar tareas importantes y que no hay que permitirle meterse en política. Pero la necesidad nos hizo cambiar de vida. Hace quince años, en una época de muchos problemas para la clase trabajadora, un grupo de sesenta mujeres se organizaron para conseguir la libertad de sus compañeros, que eran dirigentes y que habían sido apresados por reclamar mejores condiciones de salario. Ellas consiguieron todo lo que pedían después de someterse a una huelga de hambre durante diez días. Y a partir de esto decidieron organizarse en un frente que llamaron comité de amas de casa de Siglo XX (una de las minas de estaño más grandes de Bolivia). Desde entonces, este comité siempre estuvo a la par de los sindicatos y otras organizaciones de la clase trabajadora, luchando por las mismas causas. Y por estos motivos también a las mujeres nos han atacado. Varias de nosotras hemos sido atacadas, apresadas, interrogadas, encarceladas, y hasta perdimos a nuestros hijos por estar en la lucha con nuestros compañeros. Pero el Comité no ha muerto. Y en esos últimos años, a un llamado de sus dirigentes, hasta cuatro mil, cinco mil mujeres han salido en manifestación.

“El comité de amas de casa está organizado al igual que el sindicato y funciona a la par de él. También tenemos parte en la Federación de Trabajadores Mineros y tenemos nuestro lugar en la Central Obrera Boliviana. Siempre hacemos escuchar nuestra voz y estamos atentas para ejecutar las tareas que se propone la clase trabajadora.”³⁷

Este movimiento de las mujeres bolivianas se dio bien dividido: las mujeres burguesas y reformistas por un lado, y las obreras por el lado de la lucha obrera. No existió en Bolivia ningún movimiento unitario de mujeres. Dice Dominica:

“Este comité surgió en 1961. En aquel entonces pasábamos por una situación económica bastante pesada: de tres meses adeudaba la empresa a nuestros compañeros, no llegaban víveres, no había medicamentos para la atención médica. Entonces, los mineros se organizaron para hacer una marcha que consistía en ir todos a pie, con sus esposas y sus hijos, hacia la ciudad de La Paz. Era una marcha muy larga, porque La Paz está bien lejos. Pero los del gobierno se enteraron de nuestros planes y cortaron lo que habíamos preparado. Apresaron a los dirigentes y los llevaron encarcelados a La Paz.” Las mujeres decidieron ir a La Paz a exigir por sus esposos ante una reunión de ministros que iba a recibir a un representante de los obreros, y así lo hicieron, pero fueron atacadas por las ‘barzolas’, que respondían al Movimiento Nacional Revolucionario (MNR, de Paz Estensoro).³⁸ Las amas de casa amenazaron al gobierno con prenderse

37. “*Si me dejan hablar...*”, *Testimonio de Domitila*, por Moema Viezzer, Siglo XXI, México, 1977.

38. Dice Moema Viezzer: “Las ‘barzolas’ constituyen un capítulo triste en la historia de la mujer en Bolivia. Eran mujeres que los emenerristas organizaron y [que] tomaron el nombre de María Barzola, pero no jugaron el papel que ella jugó cuando pedía un trato justo para los obreros. Porque, según me contaron, María Barzola era una mujer del pueblo de Llallagua. En 1942 hubo una gran manifestación para pedir aumento de salarios a los antiguos dueños

dinamita, y el gobierno tuvo que aceptar sus peticiones y soltar a sus compañeros.

En Bolivia, pues, las mujeres mineras se enfrentaron a las mujeres del MNR. Ellas no podían organizarse en un movimiento unitario de mujeres porque sus intereses fundamentales estaban enfrentados. Y así, en Bolivia, donde existe una de las clases obreras más poderosas de América Latina, las mujeres obreras se organizaron para apoyar a sus compañeros en sus luchas. Después, estos comités comenzaron a plantear reivindicaciones de las mujeres obreras como mujeres, pero siempre ligadas a la lucha general de su pueblo contra la opresión.

Tengamos en cuenta que estas mujeres eran oprimidas por sus maridos, que los hombres en un principio las abucheaban, no les permitían hablar, no las dejaban salir para las reuniones. Pero ellas se organizaron, lucharon porque los hombres las reconocieran, y hoy son una parte fundamental del movimiento obrero boliviano.

Para concluir, vayamos a las características del actual ascenso latinoamericano. Ya nadie duda que América Latina vive una vez más un importante ascenso, cuyo epicentro es Centroamérica. Nosotros afirmamos que todo el actual ascenso indica que se repetirá nuevamente la participación de las mujeres obreras,

de las minas, y ella estuvo a la cabeza con una bandera. Cuando ya se acercaba a Catavi, donde está la gerencia, llegó el ejército y masacró a [mucho] gente. Y en esa masacre murió ella. Ese lugar se llama ahora la ‘Pampa de María Bazola’. Pero las ‘barzolas’ del MNR se abocaron a servir a los intereses de su partido, que estaba en el gobierno, y más bien ayudaron a reprimir al pueblo. Sirvieron como instrumento de represión. De esa manera, en Bolivia se guarda un sentimiento de rencor contra las ‘barzolas’. Por ejemplo, en La Paz, cuando había un sector de la clase trabajadora que reclamaba algo, las ‘barzolas’ les salían enfrente con navajas, cortaplumas, látigos y atacaban a la gente que se reunía en manifestación de protesta contra las malas medidas adoptadas por el gobierno.”

trabajadoras, las más pobres, junto a los trabajadores y el pueblo, en las luchas políticas y sindicales que éstos libren, sin que haya mayores condiciones para la aparición de los “movimientos” estilo Waters o para que nosotros nos lancemos a construirlos.

En la heroica lucha que llevaron los combatientes sandinistas contra la Guardia Nacional de Somoza, las mujeres no tuvieron ninguna participación diferenciada como tales ni ningún tipo de organización autónoma independiente, sino que lucharon a la par de los hombres en la guerrilla. Cosa parecida ocurre en la lucha que se viene dando en El Salvador.

En Perú se vivió, a partir de 1976, un ascenso muy importante, que se expresó en la realización de dos exitosas huelgas generales e infinidad de luchas. En todas ellas participaron las mujeres, pero dentro de sus sindicatos y partidos.

En Bolivia, el ascenso que produjo la caída de Hugo Banzer, la convocatoria y realización de las elecciones, la actual situación de inestabilidad, comenzó en enero de 1978, cuando cuatro mujeres, cuatro esposas de activistas y dirigentes obreros que se encontraban presos desde tiempo atrás, se metieron en el Arzobispado de La Paz acompañadas de catorce hijos, y comenzaron una huelga de hambre por la libertad de sus esposos, que luego se extendió como reguero de pólvora por todo el país. No sólo no hubo organización feminista autónoma, sino que las mujeres bolivianas retomaron, y con todo honor, el papel de vanguardia que siempre han cumplido en la lucha del proletariado.

En Brasil, donde desde hace más de un año se vienen dando multitudinarias huelgas obreras, cada vez más participan las trabajadoras. En la huelga de los metalúrgicos de San Pablo, realizada a principios de 1979 y que movilizó a unos 250.000 trabajadores, fue destacada la participación de los comités de las mujeres en apoyo a la huelga. Y no sólo fueron las esposas de los metalúrgicos huelguistas, sino que el apoyo abarcó también a

mujeres de diversas profesiones y condición social, y surgieron una Asociación de Amas de Casa y el Movimiento Femenino para la Amnistía. Y para el sindicato metalúrgico, uno de los resultados de la huelga fue la formación permanente de los Comités Femeninos.³⁹

En Argentina, uno de los capítulos más heroicos de la resistencia a la feroz dictadura de Videla pertenece a las mujeres. Centenares de ellas han deambulado estos años por ministerios, oficinas públicas, cuarteles y comisarías, en demanda de sus hijos y esposos desaparecidos. Sin parar un solo día, durante más de tres años, una multitud de madres y esposas ha exigido la aparición de los miles de secuestrados por la dictadura militar. Otras han apoyado a sus presos y exigido su liberación, además de los miles de mujeres desaparecidas, torturadas o detenidas por su participación en las luchas de los años setenta. Las Madres de Plaza de Mayo lograron hacerse conocer en Buenos Aires y en el exterior por su constante presencia de los días jueves en el centro de Buenos Aires, frente a la Casa Rosada y el ministerio del interior, clamando por los desaparecidos. En octubre de 1977, al celebrarse el día de la madre, más de mil mujeres desfilaron por las calles céntricas. En el proceso de reorganización sindical en curso, que se está dando por todos lados, las mujeres tienen un papel importante.

Waters ignora la mayor movilización de mujeres de la historia de este capítulo

A propósito hemos dejado para el final el más grandioso ejemplo de la participación revolucionaria de la mujer en la

39. “Nuestras hermanas las obreras brasileñas”, *Opción*, Año 2, N.º 13, junio de 1979, p. 39 (publicación mensual clandestina del PST argentino).

lucha por sus derechos: la revolución china, que Waters no menciona en todo su documento.

Jack Belden, en su libro *China Shakes the World*, relata algunos aspectos sobre la situación de la mujer y sobre la poderosísima revolución social llevada a cabo por las mujeres chinas, que en esta revolución sí cumplieron un papel fundamental.

Sobre las condiciones de vida de la mujer china, y sobre el hecho de que la revolución femenina haya sido parte esencial del derrocamiento del régimen feudal y de la derrota del imperialismo japonés, Belden dice:

“Aunque haya sido ampliamente complicada, la sociedad patriarcal china reposaba igualmente sobre la posición de los ancianos y su posesión de las mujeres como fuentes materiales de riqueza. Históricamente, el control de las mujeres estaba concentrado en las manos de las clases agrícolas poseedoras, que siempre tenían las más grandes familias. El campesino pobre raramente tenía más de una esposa, mientras que los jefes de las tribus y los señores poseían numerosas esposas, concubinas y mujeres esclavas que no solamente producían riqueza para el señor gracias a su trabajo, sino que también producían una gran cantidad de hijos, lo cual confería a la nobleza un poder político local. En la provincia de Hunan, el autor de estas líneas se encontró con un señor que tenía una familia de sesenta y nueve personas. Por ella tenía bajo su dependencia setecientos granjeros, treinta esclavas, doscientas personas establecidas en sus tierras y siete nodrizas que daban el seno a su numerosa progenitura. Gracias a su riqueza, podía vender y comprar mujeres, y de la posesión de mujeres derivaba igualmente su poder.

“No solamente la sociedad china en general, sino aun la estructura del estado, desde el pueblo hasta el trono, estaba netamente influenciada por la condición de las mujeres como esclavas, propiedad privada, potencial de trabajo y productoras de

hijos para las clases dirigentes. La familia era un terreno donde se entrenaba para la lealtad a la autoridad del estado. El padre era el autócrata supremo en la familia. La sumisión de la hembra al macho y del hijo al padre encontraba su contrapartida natural en la sumisión del campesino a la nobleza, del granjero al señor, del señor al soberano. De lo que precede, aparece claramente que una empresa que se comprometiera a fondo con liberar a las mujeres, no podría tener otro resultado que una transformación de toda la pirámide social, y una modificación fantástica de la relación de fuerzas que luchaban por el poder. He ahí por qué los comunistas combatieron con tanto vigor por la igualdad de las mujeres y por qué los moralistas de mentalidad feudal del Kuo-mingtang no perdieron ninguna ocasión para denigrar contra los comunistas, reprochándoles el haber ‘destruido’ la familia china. Para unos, la liberación de las mujeres fue un medio de borrar el viejo régimen; para los otros, frenar a las mujeres era un medio de conservar el poder.”⁴⁰

Mencionemos de pasada el vendaje de los pies de las mujeres para deformarlos, impedirles huir y dejarlas casi lisiadas; el matrimonio desde la cuna; la sujeción completa de la mujer a la familia del marido, de la cual pasaba a formar parte; la posición de última de la familia, sometida al dominio de los hombres; la prohibición de trabajar; los privilegios para que los hombres pudieran tener cuantas mujeres quisieran, para darnos cuenta de la poderosa opresión que existía sobre las mujeres chinas, aún en 1949.

Pero si así era su opresión, así de grande fue su lucha bajo el mando del Partido Comunista y como parte integral de la lucha de los campesinos contra el feudalismo, la lucha contra el ejército japonés y contra la tiranía de Chiang Kai-shek. En los

40. Belden, Jack, *China Shakes the World*, Monthly Review Press, segunda edición, 1970, pp. 310-311.

pueblos, al paso del Ejército Rojo, se fueron organizando asociaciones de mujeres que se encargaban de castigar públicamente a los maridos y/o suegros que trataran mal a sus esposas y/o nuerras, que organizaban y llamaban a las mujeres a salir de sus casas para trabajar en el campo con el objeto de apoyar de esta manera al Ejército Rojo, o que, por ejemplo, realizaban “huelgas”, por así decirlo, contra los maridos que se negaban a dejarlas trabajar, o que se negaban a alistarse en el Ejército Rojo.

Así, las mujeres fueron imponiendo derechos como el de escoger su marido y el de divorciarse de él si la trataba muy mal, el derecho de trabajar, de tener igualdad ante la ley, de comer lo mismo que su marido y su suegro, de participar en las elecciones de los pueblos. Esta revolución femenina fue uno de los mayores apoyos que pudo tener el Ejército Rojo en la retaguardia. A medida que las mujeres conquistaban sus derechos, fueron haciéndose conscientes de que, para mantenerlos, tenían que evitar a toda costa que volviera el viejo régimen, y más que nunca fueron la vanguardia en la construcción de la nueva sociedad china. Pero dejemos que nos hable directamente una campesina del norte de China, citada por Belden en su libro:

“En 1947, Chiang Kai-shek inició una poderosa ofensiva contra la China del Norte, y Flor Dorada tenía miedo de que el Octavo Ejército en Marcha fuera vencido, y que sus nuevas libertades fueran barridas de un golpe de espada. Las exhortaciones del Partido Comunista tendientes a aumentar la producción agrícola la golpearon. Recorrió el campo incitando a las mujeres a trabajar en el campo. ‘Hemos realizado un gran cambio y ahora somos iguales a los hombres’, explicaba. ‘Esto significa que las mujeres trabajan y no tienen que depender más de los hombres’. Pero las mujeres del pueblo no estaban convencidas. ‘Si trabajamos en el campo, decían, ¿quién hará el trabajo doméstico? Este cambio significa que trabajaremos hasta morir’.

‘Eso es equivocado, respondía Flor Dorada. ‘Si no trabajamos, los campos producirán poco; no habrá grano para los soldados en el frente. Entonces estaremos amenazadas de muerte por el ejército de Chiang Kai-Shek, y perderemos todo lo que hemos ganado. ¡Y de nuevo deberemos depender de nuestros maridos!’ Las mujeres no pudieron oponer nada a este razonamiento.

“Pero había otras cosas a tener en cuenta. Los maridos no querían que sus mujeres fueran al campo. Flor Dorada hizo una visita a la mujer más bonita del pueblo, una joven llamada Pureza Blanca, que aceptó ir a trabajar. ‘Tú eres demasiado bella para los trabajos del campo’, le dijo el marido. ‘¿Qué puedes hacer si alguien te ataca en el trigo?’ Pureza Blanca se rió: ‘Sí, soy bella’, dijo. ‘¿Pero eso quiere decir que me debo quedar enclaustrada como un pájaro en una jaula? Vivimos en una sociedad nueva; no es como en los viejos tiempos. Si alguno osa atacarme, le pediré a nuestra Asociación de Mujeres que lo mate a golpes’. A regañadientes, el marido aceptó, pero cuando se dio cuenta de que su ingreso se acrecentaba por el trabajo de su mujer, estuvo encantado. Una noche, le dijo a su mujer: ‘Si yo no pudiera salir nunca más de la casa, tú puedes hacer subsistir a toda mi familia’. Era precisamente lo que esperaba Pureza Blanca. ‘Sí, dijo ella, yo puedo mantener a nuestra familia ahora, de manera que tú puedes partir y unirse al Octavo Ejército en Marcha. Tú eres joven, y deberías tener vergüenza de no ir a luchar contra los reaccionarios’. Comprendiendo que había caído en una trampa, el marido se negó a partir. Pureza Blanca no quiso volver a compartir su cama. El amenazó con golpearla; ella lo amenazó con la Asociación de Mujeres. Enseguida, le declaró que ella se mataría si él no se unía al ejército. Vencido, el marido finalmente montó sobre su asno y se fue a luchar contra Chiang Kai-shek.”⁴¹

41. Ibid., p. 294—295.

Esta poderosa revolución no es mencionada para nada en el texto de Waters, y es la única donde la movilización de las mujeres ha sido un componente fundamental de la lucha revolucionaria. Podemos discutir si el Partido Comunista chino impulsó o no esta movilización, si la quiso frenar o no, pero el hecho es que por las condiciones tan violentas de opresión de la mujer, que estaban en la base de la estructura feudal china, su liberación fue definitiva para el triunfo de la lucha contra el imperialismo y la dictadura de Chiang Kai-shek. Este poderosísimo movimiento no se dio para nada independiente ni autónomo. Por el contrario, fue dirigido por el Partido Comunista chino, y en él participaron, no las señoras feudales o burguesas que apoyaban el Kuomintang, sino las campesinas chinas en lucha contra la dictadura y el imperialismo.

CAPÍTULO III

Opresión y explotación⁴²

42. El texto de este capítulo fue publicado con una introducción, en la revista *Correspondencia Internacional*, en enero de 1980. Se omite aquí dicha introducción.

En el tercer capítulo se discuten dos aspectos planteados por Mary Alice Waters. Según ella, en primer lugar, la “estrategia del partido” sería la construcción de movimientos autónomos, unitarios e independientes de todos los partidos, que unan a todas las mujeres y en todos los países. Segundo, la opresión y la explotación serían sinónimos o categorías equivalentes, y la explotación sería un “efecto”, una “agudización” de la opresión.

Las autoras insisten, respecto del primer punto, en el carácter democrático y policlasista de las demandas de las mujeres. Reivindican la lucha unitaria de todas las mujeres alrededor de sus consignas progresivas. Pero las ubican en el contexto de los distintos intereses de clase, que hacen inviable y equivocada la “estrategia” del movimiento permanente y unitario de todas las mujeres. Señalan que MAW, con lenguaje marxista, confluye con posiciones equivocadas del feminismo que sostiene que el enemigo principal es el hombre, rechazan la vinculación con los partidos políticos y niegan la relación de los problemas de las mujeres con la lucha de clases. Sobre el segundo planteo de MAW, distinguen la explotación económica de la opresión cultural, social, y según el caso económica, a partir de diferencias de género, nacionalidad, etc. Enumeran diversas formas de discriminación sufridas por las mujeres bajo el capitalismo que aprovecha las ventajas del patriarcado. Y que mientras exista la explotación, esta será lo que determine las condiciones de vida de los sectores explotadores y explotados.

Así, MAW no distingue las tareas de la actual época, en la cual predominan los conflictos entre las clases. Debe responder tanto a las tácticas de unidad de acción contra la opresión en sus distintas formas, como a su vinculación con la tarea central de la clase obrera: acabar con el dominio del capitalismo imperialista en cada país, hasta el triunfo del socialismo. Por eso destacan la pelea por la independencia política frente a las distintas variantes de partidos patronales y de conciliación de clases.

“Una década con nombre de mujer”

Haciendo las obligadas referencias a las características de la década de los setenta, un periodista colombiano publicó un artículo con este título. Señalaba que cada día más y más mujeres participan en la actividad económica, en la política, en los sindicatos o en actividades artísticas, y esto en muchos casos desde puestos de dirección.

Destacaba el nombre de seis mujeres por todos conocidas: la israelí Golda Meir, la hindú Indira Ghandi, la argentina Isabel Martínez de Perón, la boliviana Lidia Gueiler, la inglesa Margaret Thatcher y la portuguesa Lourdes Pintasilgo. También recordaba al pasar los movimientos masivos de mujeres que se habían dado en algunos países en la primera mitad de los setenta. Nosotros le podríamos haber agregado, para corroborar el mismo hecho, a Domitila Chungara y a las mineras bolivianas que con su huelga de hambre iniciaron la lucha que culminó con el derrocamiento de la dictadura de Banzer; a las chilenas que se movilizaron contra el presidente Salvador Allende, a las burguesas salvadoreñas que salieron a las calles a manifestar contra el “comunismo”, a las iraníes que se oponían a la imposición del uso del *shador*.

Es un hecho indiscutible que las mujeres participan y participarán cada vez más en todos los aspectos de la vida moderna, especialmente en la política, y la década del setenta tiene

buenos ejemplos en las movilizaciones masivas de mujeres que se dieron en algunos países capitalistas de Europa y en Estados Unidos, aun cuando no alcanzaron a los países coloniales y semicoloniales ni a los estados obreros. Las mujeres conquistaron el derecho al divorcio en Italia, y el derecho al aborto en Francia, Italia, Inglaterra y Estados Unidos.

A raíz de estos movimientos se desarrollaron corrientes feministas con posiciones consciente o inconscientemente antimarxistas que, en mayor o menor medida, sostienen que la lucha contra la opresión de la mujer no está determinada por la lucha de las clases en que está dividida la sociedad. Para ellas, el enemigo es el hombre y se oponen a cualquier intento por relacionar las luchas feministas con la lucha de clases. Están contra la participación en los partidos, pues los consideran agentes de la política, que es machista y busca dividir y dominar a las mujeres. Por lo tanto, claman por la unidad de todas las mujeres de todas las clases y rechazan cualquier intento por diferenciarse según los distintos partidos o las clases sociales. El conocido lema *Sisterhood is powerful* (la hermandad femenina es poderosa), acuñada por las feministas de Estados Unidos, era tomado en ese sentido.

Frente a ellas, los trotskistas tenemos que afirmar lo contrario. Creemos que las mujeres participarán cada vez más en política y en todos los demás aspectos de la vida social. Lo harán no sólo luchando por reivindicaciones específicamente femeninas, como coyunturalmente ocurrió en estos años pasados, sino participando cotidianamente en campos políticos y sociales antagónicos, siguiendo los distintos partidos y organizaciones políticas y sindicales y las luchas de sus clases, como lo hemos ido viendo a lo largo de toda esta última década. Es decir, participarán cada vez más, pero no cada vez más unidas, sino luchando y enfrentándose entre sí, revolucionarias contra reaccionarias, oportunistas contra trotskistas, burguesas y pequeñoburguesas contra

obreras. Y esto es y será inevitablemente así porque la actividad femenina también está regida por la lucha de clases.

La camarada Waters acoge como política la de la hermandad de las mujeres por encima de las luchas políticas y de clase, siguiendo a pies juntillas a las feministas no marxistas.

Mujeres del mundo, ¿uníos?

La camarada Waters opina, como nosotros, que la opresión de la mujer sólo será eliminada cuando se elimine la explotación y la división en clases; que para ello hay que hacer la revolución socialista dirigida por un partido de hombres y mujeres. Pero coincide plenamente con las feministas antimarxistas en la política concreta que propone para las luchas de las mujeres. Ella sabe muy bien que ningún militante trotskista puede aceptar las posiciones generales de estas mujeres, y entonces introduce una propuesta política similar, cobijándola en supuestas sustentaciones marxistas.

Según Mary Alice Waters, como dijimos en el capítulo anterior, las mujeres de todas las clases lucharán cada día más unidas entre sí frente al capitalismo, que es el enemigo común, en una dinámica que no parará hasta derrotarlo. Ésta es la quintaesencia de su política, que tiene como eje la necesidad de construir un movimiento autónomo policlasista e independiente de todas las mujeres, que “forma parte de la estrategia del partido revolucionario” y sin el cual no se podrá realizar la destrucción del estado burgués. Ella, como las demás feministas, sostiene que es posible la unidad de todas las mujeres por el solo hecho de ser oprimidas, y que hay que lograrla.

Ésta no es una posición novedosa o exclusiva de la camarada. Ya en 1971, el SWP de Estados Unidos, su partido, adoptó como posición oficial un texto con la misma concepción: “Existe una

base objetiva para la lucha unificada de las mujeres de todas las diferentes nacionalidades y clases, porque el capitalismo las oprime en tanto mujeres. La hermandad de las mujeres es poderosa, debido a su opresión universal, y esto constituye la base para la existencia de un movimiento feminista independiente y no excluyente de masas con una lógica anticapitalista (...) el verdadero concepto de la hermandad de las mujeres [es] que ellas pueden unirse como hermanas sobre la base de una lucha común.”⁴³

Esta concepción peculiar tiene nombre propio: frentepopulismo (el acuerdo entre partidos y organizaciones de la clase obrera con los partidos de la burguesía) femenino. Es un llamado a las mujeres obreras y revolucionarias a la conciliación, a largo plazo y en una organización común, con las mujeres reformistas y burguesas reaccionarias.

Para nosotros, sin ninguna duda y tal como la historia se ha cansado de mostrarlo, las mujeres son seres sociales, que pertenecen a una determinada clase y que siguen determinada política. Por esta razón, de aquí al triunfo del proletariado a nivel mundial, participarán cada vez más en política, pero enfrentándose las unas a las otras según sus intereses de clase y las directivas de su partido.

Todas las mujeres son oprimidas, pero algunas explotan a las demás

La base teórica que sustenta esta errónea política de la “estrategia” del movimiento autónomo y unitario de todas las mujeres, arranca de la incorrecta relación que la camarada Waters esta-

43. Waters, Mary Alice, “Towards a Mass Feminist Movement” (Resolución aprobada por la Convención Nacional del SWP, de 1971), *Feminism and Socialism*, Pathfinder Press, New York, 1976, pp. 145-146 y 148.

blece entre las luchas de los oprimidos y las de los explotados, igualándolas y dándoles similar importancia en la lucha por la revolución socialista.

En varias partes de su documento menciona las diferencias de clase que existen entre las mujeres, pero pone la opresión como la categoría fundamental, por encima de las divisiones de clase: “Aunque la subyugación de la mujer siempre ha tenido diferentes consecuencias para las mujeres, independientemente de su clase, han sido y son oprimidas”. Esta afirmación está al revés como definición marxista de un problema social. Para referirse al mismo hecho, un marxista dice lo contrario: “Aunque todas las mujeres, independientemente de su clase, han sido y son oprimidas, éstas se encuentran divididas por las clases y por los partidos políticos, que reflejan clases y sectores de clase”.

Como consecuencia de este erróneo punto de partida, Waters se refiere a “oprimidos y explotados” como equivalentes, en una inadmisible unidad general, como si se tratara de lo mismo, y la explotación aparece como una medida, un “efecto” o una “agudización” de la opresión.⁴⁴

Las relaciones de los oprimidos entre sí son mucho más complejas, más contradictorias de lo que Waters las pinta, ya que si bien los puede unir el hecho de ser discriminados, esto no borra la existencia de oprimidos explotados y oprimidos explotadores. Cualquier posible lucha unitaria de los oprimidos como tales está irremediabilmente atravesada y subordinada a la división que impone la explotación económica.

44. Veamos algunos ejemplos de su documento: en pp. 13-14, 17, 42, se refiere a “oprimidos y explotados”: “Aun que todas las mujeres están oprimidas, los efectos de esta opresión son diferentes para las mujeres de distintas clases. Las que sufren la mayor explotación económica son también generalmente las que sufren más por su opresión como mujeres”, p. 95. “La desigualdad de clases (...) agudiza la opresión de las más explotadas”, p. 110

La explotación es la máxima desigualdad que existe entre los hombres, y se trata de la descarnada apropiación del producto del trabajo de las masas trabajadoras por parte de la clase poseedora. Esta desigualdad significa un antagonismo total e irreconciliable entre los explotadores y los explotados, entre clases y entre sus partidos y organizaciones. Desde que surgió, la explotación se convirtió en el hecho determinante de toda la historia posterior de la humanidad. No se trata de un sometimiento injusto por razones culturales, raciales o sexuales, sino de un hecho económico fundamental, que está en la base de la producción de toda la sociedad de clases.

Para el marxismo, las relaciones de producción y de propiedad, quiénes y cómo usufructúan del trabajo de los explotados, son las que definen los distintos sistemas económicos y las etapas históricas que han existido.

Desde el surgimiento de la explotación se fue pasando del régimen asiático al esclavismo y al feudalismo, hasta llegar al capitalismo. En última instancia, la lucha entre los explotadores y los explotados es el motor de la historia. En cambio, todas las formas de opresión sexual, racial, nacional o de otro tipo, que se han combinado con las distintas formas de explotación a lo largo de las etapas históricas, siempre han estado subordinadas a éstas.

¿Qué es la opresión?

Desde que existen el mundo animal y el vegetal, existen diferencias y desigualdades entre las especies, que originan desventajas y privilegios. La historia de la vida es la historia de la lucha entre distintas especies y grupos para ver quiénes sobreviven, valiéndose de sus ventajas y aprovechándose de las desventajas de los otros. Los animales más fuertes viven a costa de los que

tienen menos defensas, y su vida se sustenta en utilizar sus ventajas biológicas relativas en relación con el medio, “oprimiendo”, si se puede utilizar ese término, a otras especies o a grupos o individuos de la misma especie para imponer su dominio. En las distintas especies, pero fundamentalmente entre los animales superiores, comienza a desarrollarse una incipiente división natural de tareas a partir de las diferencias biológicas entre los sexos. En muchas especies, la hembra, encargada biológica de la reproducción, se dedica naturalmente a tareas ligadas con ésta, como son la alimentación y el cuidado de las crías, mientras que el macho se encarga de conseguir la comida o de la defensa de su grupo.

Con el paso de la sociedad animal a la humana, se desarrollan aún más estas divisiones de tareas, que, si en un principio se basaron en una división natural, fueron abarcando distintos aspectos de la vida social y fijando diferencias entre sus miembros, ya no sólo entre hombres y mujeres, sino entre jóvenes y adultos, entre unas tribus y otras, entre las distintas razas.

Podemos definir la opresión, entonces, como el aprovechamiento de desigualdades para poner en desventaja y someter a un grupo social, con base en diferencias raciales, sexuales, nacionales o de otro tipo, que produce una situación de desigualdad de derechos, de discriminación social, cultural y eventualmente económica. Por ejemplo, los negros, por su color, no pueden ir a las escuelas de los blancos en Estados Unidos, o son brutalmente segregados en Sudáfrica. Los homosexuales son marginados en mayor o menor medida en todos los países del mundo.

Sería tema de otro debate, que dejamos de lado en este texto, cómo y cuándo se inició, hace muchísimos siglos, la opresión de las mujeres por los varones, es decir, el patriarcado. Hoy día, las leyes de la mayoría de los países capitalistas consagran de distintas maneras su discriminación: la incapacidad civil de

la mujer, la prohibición de manejar sus bienes, la prohibición del divorcio o su carácter muy restringido, la ilegitimidad de los hijos nacidos por fuera del matrimonio, el delito de aborto, las diferencias en la pena respecto del adulterio, la legislación laboral discriminatoria. Éstos son unos pocos ejemplos, que se ven reforzados con las costumbres, las cuales agravan la opresión patriarcal de la mujer más allá de lo que fijan las leyes. Por ejemplo, la discriminación respecto de la participación en la vida pública, en cargos de responsabilidad en la política, en la administración del Estado o en las empresas, así como su sumisión y utilización en el terreno sexual. También pesa sobre la mujer la responsabilidad del trabajo doméstico y de la crianza de los hijos, aun cuando tenga que trabajar fuera del hogar. Podríamos hacer una lista casi infinita.

Ya podemos ver que la categoría de opresión abarca problemas de tipo muy diverso, grupos inmensos —la mitad de la humanidad en el caso de la mujer— o muy reducidos, y no coincide con las divisiones de clase, ya que, como tales, los oprimidos no tienen una ubicación común en la producción, sino que aparecen regados en toda la pirámide social. La relación entre opresor y oprimido —blancos y negros, hombres y mujeres, heterosexuales y homosexuales— es totalmente distinta de la de explotador y explotado —que determina las clases—, ya que no es económica, sino cultural, social. Lenin, por ejemplo, en todos sus trabajos sobre las mujeres se refería a su situación como de “inferioridad”, “desventajas”, sin asimilar nunca su situación de oprimidas a la explotación económica.⁴⁵

45. Lenin, V. I., *Obras completas*, “Las tareas del movimiento obrero femenino en la República Soviética” (Discurso pronunciado en la IV Conferencia de Obreras partidistas, de la ciudad de Moscú, 23/09/1919) en www.marxists.org

Podemos decir ahora, muy resumidamente, que la explotación y la opresión son categorías distintas. La primera es económica y da lugar a la existencia de las clases. La segunda es cultural y social; da lugar a una situación de discriminación, abarca a individuos de distintas clases sociales y puede tener efectos económicos de mayor o menor peso.

¿Cuál es la relación entre la explotación y la opresión?

Cuando comienza a surgir la explotación económica, ésta tiene la oportunidad de combinarse con distintas situaciones de desventaja y de opresión preexistentes, y también comenzará a abrir campo a otras nuevas. Se va estableciendo desde el principio una relación contradictoria y mediada entre la explotación y las opresiones, distinta en cada momento de las diferentes etapas de la historia de la humanidad y de la lucha de clases. En ningún momento se desarrollan una y otras como procesos totalmente independientes, sino que la explotación es el hecho histórico determinante, decisivo, al cual se va subordinando el destino de los distintos oprimidos como tales.

Durante toda su historia, los explotadores han utilizado las desigualdades que encontraron a su paso y han impuesto otras nuevas, para aumentar así sus ganancias y privilegios. Esta codicia es el motor que propicia la existencia y el mantenimiento de distintas formas de opresión, dado que facilitan la explotación de los oprimidos. El capitalismo, en su desarrollo, usó la opresión patriarcal preexistente para profundizar la superexplotación de las mujeres. Por ejemplo, hoy día, los chicanos y los latinos en Estados Unidos, junto con los negros y las mujeres solas, son los más explotados del país.

Este aprovechamiento de desigualdades para acrecentar las ganancias llega a su máxima expresión en la época de agonía del

capitalismo, con el imperialismo, que se basa en la explotación de países enteros, los atrasados, y que, además, aprovecha todas las diferencias raciales, sexuales y nacionales existentes, crea otras nuevas, divide a la clase obrera entre una capa privilegiada y una mayoría más explotada, con el objetivo de aumentar al límite las ganancias de los capitalistas imperialistas. El imperialismo ha impuesto la dominación del capital a nivel mundial, con lo cual no sólo mantiene la explotación de los obreros de los países industrializados, sino que lo amplía con la explotación de países enteros, aprovechando las grandes diferencias que existen en el desarrollo de las fuerzas productivas entre los grandes países imperialistas y los países coloniales y semicoloniales. Esta opresión explotación de los países atrasados es un pilar básico del imperialismo, uno de sus rasgos distintivos fundamentales. La explotación económica se convierte en el contenido esencial de la opresión nacional bajo el imperialismo, aun cuando se mantienen la opresión cultural y nacional.

En los países atrasados, la existencia del imperialismo establece una diferencia sustancial entre la opresión imperialista y los demás tipos de opresión (de las mujeres, de los negros, de los homosexuales, etc.). Estos últimos tienen que ver con problemas de tipo esencialmente ideológico, cultural, que hacen a la superestructura, aunque tienen una manifestación económica, la sobreexplotación. En cambio, la opresión imperialista en los países atrasados se ha convertido en explotación económica y hace a la estructura, a la esencia misma del imperialismo.

Hasta el triunfo del socialismo, la explotación dividirá a los oprimidos

Si queremos definir correctamente la política revolucionaria para las mujeres, es imprescindible hacer una ubicación precisa

de la etapa histórica en que nos encontramos. Y, entonces, tenemos que comenzar por señalar que en la lucha por el socialismo y el comunismo se han establecido dos grandes etapas:⁴⁶ La primera, que se abrió en 1917 y se extenderá hasta la derrota mundial del imperialismo y la contrarrevolución, es la de la lucha por el triunfo de la revolución proletaria mundial, pasando por la toma del poder en los distintos países, que eliminará la propiedad privada de los medios de producción, la explotación del trabajo asalariado y eliminará, además, las fronteras nacionales de los países atrasados. La segunda será desde allí hasta el comunismo.

La toma del poder por la clase obrera en algún país es el primer paso de la revolución socialista. Pero ni la explotación ni las distintas formas de opresión pueden eliminarse en un solo país y de un día para el otro, sino que, por el contrario, la sociedad resolverá estas contradicciones a través de choques permanentes y durante un periodo prolongado, durante el cual la tarea central será la eliminación del imperialismo y la contrarrevolución de la faz de la tierra. Logrado esto, comenzará sí la época histórica de la construcción socialista mundial, la transición del socialismo al comunismo.

Indudablemente, vivimos en la primera etapa, y nuestras caracterizaciones y política no pueden ignorarlo. Es cierto que los problemas de desigualdad atañen a todas las mujeres de todas las clases, por cuanto todas son oprimidas como mujeres. Pero mientras estemos en esta primera etapa, es decir, mientras exista

46. Este problema ya ha sido motivo de discusión dentro del trotskismo. Nahuel Moreno, bajo el seudónimo de Darioush Karim lo precisa en su documento “La dictadura revolucionaria del proletariado” (Colección Polémica Internacional N.º 3, Bogotá, 1979, pp. 282 a 285. Disponible en www.nahuelmoreno.org), polemizando con el texto de Ernest Mandel, aprobado por la mayoría del SU: “La democracia socialista y la dictadura del proletariado”, de 1977.

la explotación económica imperialista y capitalista, la mayoría de ellas tendrán que enfrentar todos los días los problemas comunes a todos los explotados del mundo, independientemente de su sexo, raza o color y, por encima de los puntos comunes que surgen de la opresión, la mayoría de ellas estará separada como por un abismo de la minoría de mujeres explotadoras.

Esos problemas comunes, que sí unen con vínculos de hierro a los explotados del mundo, son el hambre, la miseria, la desocupación, la necesidad de luchar todos juntos contra los patronos que los explotan sin piedad, hasta plantearse la lucha por el poder político de los obreros como única forma de solucionar definitivamente sus problemas. Esto hace que la mayor parte de las mujeres obreras tenga como preocupación central la misma que los obreros: cómo alimentarse a sí mismos y a sus hijos, cómo tener un techo y vestimenta, cómo conseguir un trabajo o un mejor salario, y es por esos objetivos que adelantan sus luchas cotidianas, participan en los sindicatos o siguen a los grandes partidos obreros. Para nosotros es un hecho innegable que esta situación que viven o que sufren a diario las masas explotadas es la que las lleva a restar importancia o a ignorar muchos de los problemas que afectan a grupos importantes de personas, incluso a la mitad de la humanidad, como ocurre en el caso de las mujeres.

Durante toda esta primera etapa, las luchas contra el patriarcado y contra todas las demás formas de opresión —incluso la única decisiva de ellas para el imperialismo, la de los países atrasados— están atravesadas y desgarradas por la lucha de los trabajadores contra su explotación y por la revolución socialista. En todos los casos de opresión existen, en mayor o menor medida, explotadores y explotados, y esto hace que, por encima de la comunidad de intereses que tengan como oprimidos, se dé una inevitable división respecto de sus intereses fundamentales;

unos usufructúan de la explotación y estarán por mantenerla; otros la sufren y buscarán abolirla. El peso agobiante de su miseria cotidiana marcará la lucha y la dinámica de estos últimos, por encima de su carácter de oprimidos.

El único punto de unidad que tiene una mujer burguesa con una obrera, una reaccionaria o reformista con una revolucionaria, es su opresión como mujer. De ahí que exista la posibilidad de alguna lucha común entre todas, por alguna de esas demandas democráticas comunes, por su igualdad y sus derechos. Pero su unidad como mujeres nacerá con esa actividad y morirá con ella. Las mujeres de las distintas clases no pueden unirse, por ejemplo, en la lucha por un pliego de peticiones (una convención o un contrato laboral) favorable a las mujeres trabajadoras.

Las burguesas y pequeñoburguesas que, como las de muchos países atrasados, están acostumbradas a tener todavía una o más sirvientas, nunca apoyarán una lucha por el pago del salario mínimo urbano para el servicio doméstico. Tampoco es posible imaginarse a las mujeres de clase media alta o a las burguesas abriendo las puertas de sus casas, en aplicación de una reforma urbana, para que las mujeres de las “villas miseria” y sus hijos pequeños ocupen las suntuosas habitaciones, o poniéndolas a disposición de comités de amas de casa y mujeres trabajadoras para que las distribuyan. Y así podríamos seguir y seguir, hasta llegar al caso de una huelga general obrera o de la revolución socialista.

La movilización unificada de las mujeres sólo puede darse en coyunturas específicas y de manera episódica, como unidad de acción alrededor de algunas demandas particulares. La lucha se organizará alrededor de una o dos consignas y culminará cuando se gane o se pierda esta lucha. El carácter policlasista y democrático de las luchas femeninas les asigna su destino coyuntural, fugaz.

Esta situación no cambiará hasta que no sea definitivamente derrotado el imperialismo a nivel mundial. Mientras tanto, los trabajadores de los países donde haya triunfado la revolución obrera y las masas explotadas del resto del mundo tendrán como tarea prioritaria la lucha antiimperialista y la extensión de la revolución socialista a todo el orbe. Las tareas inherentes a la construcción socialista interna se verán también supeditadas a este objetivo central.

Cuando se logre la derrota definitiva y mundial del imperialismo y todos sus aliados en la contrarrevolución, la humanidad entrará en una segunda etapa, que será el tránsito del socialismo al comunismo. En la nueva sociedad que se estará construyendo, se irán desplazando las prioridades del terreno político militar hacia las actividades sociales de elevación del nivel de vida y, por lo tanto, de liquidación de todas las desigualdades y privilegios.

Es posible que en esos tiempos futuros la lucha de las mujeres por la liquidación definitiva de su opresión adquiera mayores dimensiones pues, una vez solucionado el problema central de la explotación, la sociedad podrá dar una importancia cada vez mayor a ese problema.

La opresión patriarcal de los varones sobre las mujeres es una de las cuestiones más aberrantes de nuestra sociedad y de las que más miseria y desgracias le acarrearán, pues es ni más ni menos que la degradación de una mitad de la humanidad por la otra. Este problema se mezcla con los aspectos más íntimos de la vida humana y, por la misma razón, choca contra los más arraigados prejuicios y contra las peores costumbres. Por eso es tan difícil de resolver.

Por la gravedad y profundidad del problema, la lucha de las mujeres contra su opresión amenaza la sociedad de arriba a abajo. Como en ningún otro sitio, en la familia y en las relaciones

personales es donde se reflejan más lentamente los grandes cambios de la humanidad. A la mujer le corresponderá seguramente el papel de vanguardia en la construcción de estas nuevas relaciones humanas, desterrando el machismo, las relaciones de propiedad sobre la familia, los hijos y las mujeres, acabando con la hipocresía de la sociedad burguesa, desarrollando plenamente sus potencialidades físicas, intelectuales, artísticas, sexuales, convirtiéndose quizá en motor del progreso general. Es muy probable, entonces, que la lucha de las mujeres juegue un papel de transición hacia la nueva sociedad comunista, en la cual se logrará por fin el establecimiento de relaciones humanas plenas, donde, por un lado, se alcance la máxima expresión de la individualidad y, por el otro, el más alto desarrollo en las relaciones sociales.

¡Proletarios y proletarias del mundo, uníos!

En su propuesta política para las luchas de las mujeres, la compañera Waters no hace distinción alguna respecto de estas dos grandes etapas. Para ella, sólo hay un camino: la organización creciente de las mujeres unidas por sus derechos, que pasa por la revolución socialista y continuará hasta el comunismo.

Para esta extensísima etapa propone sólo una política: la hermandad de las mujeres, la construcción de movimientos autónomos y unitarios de todas las mujeres y en todos los países.

La realidad de la lucha de clases es la de El Salvador. Allí, las mujeres burguesas se vienen movilizandando masivamente contra el “comunismo”, y se apertrechan en los barrios burgueses, junto con las bandas parapoliciales, para luchar contra los hombres y las mujeres trabajadores y revolucionarios que están contra la dictadura. Es la de Nicaragua, donde las mujeres participaron

activamente en la guerrilla sandinista, armas en mano contra los somocistas y sus mujeres.

Esta es la cruda realidad. Estamos en una época en que cada vez es más inevitable el enfrentamiento violento entre las clases enemigas, en la que toda la sociedad se encuentra en choque permanente y en la cual todos los partidos de la burguesía, de la pequeñoburguesía y del proletariado se enfrentan, ahora políticamente, mañana físicamente, en la guerra civil.

En esta lucha política y armada contra la burguesía, el principal enemigo que existe dentro de las filas obreras es la conciliación de clases, el frentepopulismo. Porque cuando está planteada la lucha más irreconciliable, llaman a los trabajadores a colaborar con los burgueses, provocando de esta manera la condición de todas las derrotas que ha sufrido la clase obrera, como en España en 1936 o en Chile en 1973. El trotskismo llama a todos los trabajadores a no confiar sino en sí mismos, a independizarse políticamente de la burguesía, a romper con los dirigentes reformistas que los llevan a la conciliación, y a tomar el poder dirigidos por el partido revolucionario. Nuestra política siempre busca dividir aguas tajantemente con la burguesía. La de los reformistas es mezclar, unir los polos en disputa.

La compañera Waters se pliega a ellos, y propone un frente popular de mujeres como política estratégica del trotskismo. No hay ningún problema en considerar un llamado a luchas unificadas de mujeres, que puede ser correcto en determinado momento. El crimen es imponer la construcción de un movimiento unitario y permanente, que necesariamente sujetará a las mujeres obreras a la conciliación con las mujeres que responden políticamente a la burguesía.

Por todo esto, defendemos una política opuesta por el vértice a la de Waters. Rechazamos la “estrategia” del movimiento autónomo permanente y universal de todas las mujeres y buscamos

de manera sistemática la independencia de los trabajadores — tanto hombres como mujeres— de la burguesía y de los conciliadores frentepopulistas. Seguimos por el camino de la Tercera Internacional, que llamaba claramente a los comunistas a “disuadir a las obreras de todos los países de cualquier tipo de colaboración y de coalición con las feministas burguesas”. Y repetimos, hoy día, sus palabras: “Sólo llegaremos al comunismo mediante la unión en la lucha de todos los explotados y no por la unión de las fuerzas femeninas de las dos clases opositoras”.⁴⁷

47. “Tesis para la propaganda entre las mujeres”, del Tercer Congreso de la Internacional Comunista, en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista* en www.marxists.org

CAPÍTULO IV

Método y programa para la lucha de las mujeres

En el cuarto capítulo, Mary Alice Waters (MAW) propone distintas “tácticas” para avanzar en su estrategia organizativa: el movimiento autónomo e independiente de todas las mujeres. Al mismo tiempo señala que debería ser básicamente obrero en su composición y dirección. Agrega el impulso de un “frente único” que respondería a las orientaciones de la Tercera Internacional hacia las mujeres tomando la frase “no existen problemas exclusivamente femeninos” como un llamado a la clase obrera para que se ocupe de los problemas de opresión de todas las mujeres.

Las autoras rescatan el carácter relativo de toda definición, señalando que tanto una táctica como una estrategia se ubican de acuerdo al contexto. En la actualidad, en relación a la época imperialista que atravesamos desde la primera guerra mundial, el partido revolucionario tiene dos “estrategias” permanentes: impulsar la movilización de las masas y la construcción del partido que encauce esa movilización hacia tomar el poder. Las tácticas específicas se verán en función de ese objetivo. Señalan las contradicciones de MAW al proponer al mismo tiempo el movimiento autónomo y policlasista junto a consignas de la clase obrera. También señalan que la frase “no existen problemas exclusivamente femeninos” era indicada como un alerta para las mujeres obreras y pobres frente al feminismo liberal burgués.

Por último, en cuanto a las propuestas de consignas y programa, las autoras critican que aunque MAW levante varias consignas correctas ignora que para el trotskismo el eje del programa revolucionario debe ser la lucha por el gobierno obrero y popular, y alrededor de ese objetivo se van ordenando las tácticas para empalmar con todas las luchas de los sectores explotados y oprimidos.

Estrategia y táctica

Para Waters, “nuestro apoyo para la construcción de un movimiento feminista independiente forma parte de la estrategia del partido revolucionario de la clase obrera”. Esta estrategia va desde ahora hasta el socialismo: “Incluso después de la revolución, el movimiento independiente de liberación de las mujeres tendrá un papel indispensable para asegurar que la clase obrera en su conjunto, hombres y mujeres, lleve este progreso hasta un final victorioso”.

Waters confunde estrategia y táctica. La estrategia es un objetivo a largo plazo y la táctica son los medios para llegar a ese objetivo. Por eso, la táctica está determinada por la estrategia. Como todas las definiciones son términos relativos. Tenemos que ubicarlos siempre respecto de un contexto y aclarar respecto de qué tenemos tal táctica o tal estrategia. Podemos hablar de que nuestra estrategia para el movimiento sindical francés es la construcción de la central única, y todos los pasos que nos lleven a ella son tácticos. A la vez, la fusión de federaciones regionales, que es un paso objetivo hacia la central única, táctico, puede ser para nosotros estratégico en determinado momento, con lo que queremos decir que es nuestro gran objetivo de ese momento, y todo nuestro trabajo lo orientamos hacia éste. Es decir, lo táctico puede convertirse en estratégico y viceversa: lo que es estratégico, en un momento puede ser sólo un paso táctico para lograr nuestra estrategia final.

Para nosotros, la Cuarta Internacional sólo tiene una estrategia a largo plazo o, mejor dicho, dos objetivos estratégicos íntimamente relacionados: la movilización permanente de la clase obrera y sus aliados para la toma del poder y la construcción de fuertes partidos trotskistas de masas que ganen la dirección de esa movilización. En relación con estos objetivos, todo lo que vayamos haciendo es táctico, son los distintos pasos que nos llevarán a ellos. Utilizamos todos los medios, todas las consignas, todas las formas de lucha y organizativas que favorezcan esa movilización y la construcción del partido, y desechamos todo aquello que vaya en contra. Por ejemplo, trabajamos en el movimiento sindical en la medida en que ello fortalece la organización independiente de los trabajadores, les permite mejorar sus condiciones de vida y así confiar en sus propias fuerzas, pero no ponemos como objetivo final e histórico del partido para todo tiempo y lugar hacer sindicatos.

Esto mismo se da, y con más razón, en el trabajo entre las mujeres: tratamos de movilizarlas y agruparlas, de que logren conquistas, pero no ponemos como estrategia del partido construir un movimiento feminista autónomo en todos los países, y de aquí al comunismo. Respecto de nuestra estrategia final, la forma de trabajo entre las mujeres es absolutamente táctica.

Según el documento de Waters, habría por lo menos otro objetivo estratégico tan importante como los que nosotros planteamos: construir el movimiento independiente de mujeres.

Alertamos sobre el peligro que implica aceptar la formulación de Waters, que significa imponer a nuestras organizaciones, al margen de las diferencias entre países, continentes, situación de la lucha de clases y/o nuestra fuerza relativa, un esquema de comportamiento organizativo, una estrategia permanente de aquí al socialismo: “construir el movimiento autónomo”.

Las distintas tácticas que, según Waters, llevarían al movimiento autónomo

Una prueba más de la incomprensión de Waters sobre los problemas de estrategia y táctica, la dan sus ejemplos de “tácticas”.

Los “grupos de liberación de la mujer”, el “trabajo en organizaciones existentes”, grupos con un “programa socialista”, “coaliciones” o el trabajo sindical, son todas las tácticas que pueden conducir, de acuerdo con nuestra “amplitud”, la de las fuerzas de liberación de la mujer y las otras fuerzas, a su estrategia: el movimiento autónomo e independiente de la mujer.⁴⁸

Pero la mayor parte de estas tácticas van en contra de su estrategia. Por ejemplo, si construye grupos sobre un “amplio programa socialista”, está “subordinándolos” a una “tendencia política”, cuando antes nos ha dicho que no debe estar “subordinado” a las “decisiones o necesidades políticas de cualquier tendencia política”. Por lo tanto, su táctica puede conducirla a echar por la borda su estrategia.

48. “Las formas por medio de las que trabajamos pueden variar en gran medida, dependiendo de las circunstancias concretas en que nuestras organizaciones se encuentran. Entre los factores que hay que tener en cuenta se encuentran la amplitud de nuestras propias fuerzas; el tamaño, el carácter y nivel político de las fuerzas de liberación de la mujer; la fuerza de los liberales, los estalinistas, los socialdemócratas y otras fuerzas de tipo centrista contra las que debemos luchar; y el contexto político general en el que estamos trabajando. Determinar si debemos organizar grupos de liberación de la mujer sobre un amplio programa socialista, trabajar en las organizaciones existentes dentro del movimiento de liberación de la mujer, construir amplias coaliciones de acción alrededor de problemas específicos, trabajar en las fracciones femeninas sindicales, combinar varias de estas actividades o trabajos por medio de formas completamente diferentes, son problemas tácticos”.

¿Qué estrategia nos damos en el trabajo con las mujeres?

En términos relativos es lícito hablar de estrategia del partido para el trabajo entre las mujeres, y, más aún, podemos precisar qué objetivo se da el partido al trabajar entre las mujeres. Al responder a esta pregunta no estamos innovando prácticamente en nada, sino que sólo recogemos la tradición de Marx, Lenin y la Tercera Internacional, y el *Programa de Transición*. El partido trabaja entre las mujeres, y especialmente entre las mujeres trabajadoras, para movilizarlas hacia la toma del poder y arrastrar a miles de ellas a las filas del partido. Esta es y tiene que ser la estrategia de la Cuarta Internacional. Y esto lo decimos porque las mujeres son fundamentales para la revolución socialista y para la construcción de la sociedad socialista, y porque la liberación plena de la mujer sólo será posible con el socialismo.

Nuestro partido es y será el campeón en impulsar la lucha por las reivindicaciones concretas de las mujeres, especialmente las explotadas y oprimidas, para que en esa movilización por sus reivindicaciones, ganemos a las mujeres trabajadoras y, si podemos, a una que otra de la burguesía, para la lucha por el poder y para el partido revolucionario.

El *Programa de Transición* de Trotsky dice: “Sin embargo, el ocaso del capitalismo depara golpes más duros a la mujer, lo mismo como obrera que como ama de casa. Las secciones de la Cuarta Internacional deben buscar base de apoyo en las capas más oprimidas de la clase obrera, y por consiguiente, entre las mujeres trabajadoras. Allí encontrarán fuentes inagotables de devoción, abnegación y espíritu de sacrificio. Paso a las mujeres trabajadoras. Ésas son las consignas inscritas en la bandera de la Cuarta Internacional”.

Y la Tercera Internacional: “(...) la tarea inmediata de los partidos comunistas consiste en extender la influencia del partido y

del comunismo a los vastos sectores de la población femenina de su país (...) para sustraerlas de la influencia de las concepciones burguesas y de la acción de los partidos coalicionistas, para hacer de ellas verdaderas combatientes por la liberación total de la mujer”.

Esto, “partiendo del punto de vista de que la lucha por la dictadura del proletariado figura en el orden del día del proletariado de todos los estados capitalistas y que la construcción del comunismo es la tarea inmediata en los países donde la dictadura ya está en manos de los obreros, el Tercer Congreso de la Internacional Comunista declara que, tanto la conquista del poder por el proletariado como la realización del comunismo en los países que ya acabaron con la opresión burguesa, no podrán ser realizadas sin el apoyo activo de la masa del proletariado y del semiproletariado femenino”.

Esta preocupación de la Tercera Internacional respecto de una parte específica de las mujeres (las más explotadas, las obreras) no significa que olvidase la existencia del resto de las mujeres, las que no seguían las banderas de la Internacional. Pero su referencia a ese resto de las mujeres era en el sentido opuesto al que propicia Waters: “Los partidos comunistas deben saber apreciar el gran peligro que representa en la revolución las masas inertes de las obreras no integradas en el movimiento de las amas de casa, de las empleadas, de las campesinas no liberadas de las concepciones burguesas, de la Iglesia y de los prejuicios y no vinculadas por ningún nexo al gran movimiento de liberación que es el comunismo. Las masas femeninas de Oriente y Occidente no integradas en ese movimiento constituyen inevitablemente un apoyo para la burguesía y un motivo para la propaganda contrarrevolucionaria.”

Para Waters, la estrategia del partido entre las mujeres es hacia todas ellas y para la construcción de un movimiento

autónomo e independiente que las organice a todas. Es dentro de ese movimiento policlasista estratégico, con mujeres de todas las clases, que para Waters tiene que ser “básicamente obrero en su composición y en su dirección”, que “tratamos de construir el ala más fuerte posible (...) de quienes comparten nuestra perspectiva de lucha de clases. Luchamos por reclutar a las más conscientes y combativas al partido revolucionario”, y en todas las luchas hacemos los mayores esfuerzos por educar a las mujeres en la comprensión de la desigualdad de clases que agudiza la opresión de las más explotadas.”

¡Que nadie diga que esto es lo mismo que decía la Tercera Internacional! Es lo opuesto: Lenin y Trotsky arrancaban de la división de la sociedad en clases, de la necesidad de agrupar independientemente a las mujeres obreras para que fueran contra las burguesas. Waters arranca de la unidad de las mujeres, y dentro de ésta, llama a que se agrupen las obreras. Son dos orientaciones estratégicas antagónicas.

Coincidimos con Waters en que debemos impulsar, en el caso de que se den movimientos feministas independientes, el “ala más fuerte posible de quienes comparten nuestra perspectiva de lucha de clases”, en que vamos a pelear porque sea “básicamente obrero en su composición y en su dirección”, en que vamos a educar a las mujeres en la comprensión de la lucha de clases, en que queremos ganar a todas las mujeres que podamos para nuestro partido. Pero somos perfectamente conscientes de que eso llevará, tarde o temprano, a acabar con el movimiento feminista independiente como tal. Waters está encerrada en una contradicción insoluble: por un lado, su objetivo estratégico fundamental es construir el movimiento autónomo; por el otro, quiere formar dentro de él, el ala más fuerte posible entre quienes comparten la perspectiva de lucha de clases, hacerlo cada vez más obrero. Son dos objetivos antagónicos. Si lo decisivo es el movimiento

autónomo, hay que subordinar a él la construcción del ala clasista. Si lo decisivo es el ala clasista, cuanto mejor le vaya a ésta, más rápido se dividirá o disgregará el movimiento autónomo.

Una incorrecta relación entre la movilización y la organización

Una de las consecuencias más graves de consagrar como estrategia absoluta, y a largo plazo, la construcción del movimiento autónomo es la de meter en una camisa de fuerza la movilización permanente de las mujeres, poniéndole un tope del cual no puede pasar. Waters dice que su método fundamental de lucha es la movilización, pero propone una estrategia organizativa, la construcción de un movimiento, y a ella supedita la movilización.

Para nosotros, la movilización está por encima de la organización y la subordina. Si pudiéramos dar alguna norma que rija nuestro comportamiento, ésta es precisamente la de impulsar la movilización permanente de hombres y mujeres trabajadores y pobres para la toma del poder, y luego de ésta, para profundizar y extender la revolución socialista. En este sentido, las distintas formas organizativas que se den en el proceso de lucha por la toma del poder —los sindicatos, los comités, los soviets— y aún después de ésta, se convierten en un aspecto táctico, secundario, que se adapta a las necesidades de la movilización, que sirven si la impulsan y no sirven si la frenan.

Por lo tanto, no glorificamos ninguna organización como absoluta, porque la movilización y la lucha de clases nos irán indicando en el camino cuáles hay que desarrollar y mantener, y cuáles han sido dejadas atrás, pues no existe sobre la Tierra ninguna organización que tenga asegurado de por vida un carácter progresivo y revolucionario. Si para nosotros toda organización

supone algún grado de movilización y surge o se destruye como producto de ella, para Waters, por el contrario, hay un imperativo categórico organizativo, llamado “movimiento independiente de la mujer”, que se debe expresar en la movilización.

En algunas partes de su documento se refiere a las “luchas” y las “movilizaciones” de mujeres, pero prontamente sustituye estos términos que hacen referencia a los hechos concretos, a las luchas concretas, por la abstracción del “movimiento”. Entonces, habla de “construir un movimiento feminista independiente”, “el movimiento de masas de liberación de la mujer que aspiramos construir”, “orientamos el movimiento de liberación de la mujer hacia...”.

Waters define el término: “Cuando hablamos del movimiento de la mujer entendemos por esto todas las mujeres que se organizan a cualquier nivel para luchar contra la opresión que les impone esta sociedad: los grupos de liberación de la mujer, los grupos de concientización, los grupos de barrio, los grupos estudiantiles, los grupos que se organizan en los lugares de trabajo, las fracciones sindicales, las organizaciones de mujeres de las nacionalidades oprimidas, los grupos feministas de lesbianas, las coaliciones para la acción alrededor de demandas específicas”. Claramente dice que movimiento son todas las mujeres que se organizan. Por lo tanto, coloca previo a la movilización y las luchas concretas y a la organización, un “movimiento” antediluviano. Por esta razón dice, a renglón seguido, que “el movimiento de la mujer se caracteriza por su heterogeneidad”, como si se tratara de distintas posiciones dentro de la misma unidad.

Para ella, “el movimiento” moviliza: “Tratamos de conducir el movimiento a que se dirija en primer lugar a la movilización de las mujeres de la clase obrera...” ¡“Conducir el movimiento” a que “se dirija a...”, es poner las cosas al revés! El movimiento no preexiste a las movilizaciones; son las movilizaciones las

que, en su desarrollo, formarán o no, lo que podría llamarse un movimiento. Waters parte de los resultados organizativos y los coloca como principio.

Podemos señalar las reiteradas contradicciones insolubles: su método de lucha es la movilización, y en especial la de “las mujeres de la clase obrera y de las nacionalidades oprimidas”. Si su método se generaliza y toma fuerza, si obreras, negras, explotadas y pobres de todo tipo se movilizan masivamente, seguramente harán saltar por el aire su estrategia del movimiento unitario autónomo. Tampoco el método de lucha que propicia la lleva a su estrategia.

¿Qué tipo de “frente único” propone Waters?

Respecto de los métodos de lucha, Waters propone que la “mejor forma de movilizar a las masas de mujeres en la acción” es a menudo “la organización de campañas de acción del tipo de frente único”, porque “a través de estas acciones del tipo de frente único podemos encontrar la mayor potencia contra el gobierno capitalista y educar a los trabajadores respecto de su propia fuerza”, y dice que “estas campañas de acción del tipo de frente único son de particular importancia para profundizar la relación entre el movimiento independiente de la mujer y el movimiento obrero”.

No son éstas sus únicas virtudes; también abren incalculables oportunidades para la propaganda: “En la medida en que los liberales ‘amigos’ de la mujer, los estalinistas, los socialdemócratas y los burócratas sindicales se nieguen a apoyar estas campañas por las necesidades de las mujeres, se aislarán y se denunciarán ellos mismos por su propia inactividad, oposición, o voluntad de subordinar las necesidades de las mujeres a su busca de alianza con los sectores supuestamente ‘progresistas’

de la clase dominante”. También es utilísimo si esas direcciones aceptan y la cosa se pone realmente en movimiento: “Y si la presión de las masas realmente les obliga a apoyar estas acciones, esto solamente puede ampliar el atractivo de [las] masas [por] las campañas y aumentar las contradicciones en el seno de las fuerzas reformistas”. Por si todo esto fuera poco, también se adecua a nuestro tamaño: la utilidad de las campañas de tipo frente único “es tanto más cierto, dada la relativa debilidad de las secciones de la Cuarta Internacional y la relativa fuerza de los liberales y de nuestros oponentes reformistas y colaboradores de clase”.

Nuevamente es necesario precisar qué está proponiendo la camarada Waters, y, a partir de allí, ver si es correcto o no. Nosotros sostenemos que Waters está proponiendo que sus movimientos de mujeres sean un frente único policlasista permanente, de todas las mujeres, que a esta propuesta pretende ponerle un signo igual con la propuesta del frente único obrero que propició la Tercera Internacional, que eso es totalmente incorrecto, y que hacia las mujeres se trata de adelantar una unidad de acción alrededor de demandas específicas.

Distingamos primero qué es unidad de acción y qué es frente único. La primera, como su nombre lo indica, significa hacer una acción en común, sólo eso. Allí nace y allí termina. Un ejemplo de unidad de acción típico es la unidad alrededor de la campaña por el aborto en Italia, Francia o Estados Unidos. Es también la unidad que se consiguió con distintos partidos, personalidades, sindicatos e instituciones por los derechos humanos, para hacer alguna actividad por la libertad de los trotskistas en Irán. Tanto en uno como en otro caso participan los más diversos grupos sociales —y está muy bien que así ocurra—, desde la Cuarta Internacional hasta personalidades y partidos u otras instituciones

burguesas, pasando por toda la gama intermedia de socialdemócratas, estalinistas, burócratas sindicales, etc.

Por el contrario, el frente único implica una cierta continuidad organizativa, una unidad con alguna permanencia alrededor de algunas consignas específicas o incluso todo un programa, que agrupa individuos, organizaciones sindicales o políticas.

Veamos cuál fue la “táctica de la unidad del frente proletario” que propició la Tercera Internacional. Esta táctica recibió su bautizo en 1921, en el III Congreso de la Tercera Internacional, cuando se votaron las famosas “Tesis sobre la unidad del frente proletario”. La Tercera Internacional la adelantó como táctica decisiva ante la siguiente situación: el capitalismo imperialista entraba en una etapa de recuperación de relativo equilibrio y lograba sobrevivir a la aguda crisis dentro de la cual triunfó la revolución rusa. Esa estabilización del imperialismo significaba una ofensiva contra el nivel de vida de los trabajadores. La clase obrera de los distintos países estaba agrupada fundamentalmente en dos grandes organizaciones obreras: la Segunda— que a su vez estaba dividida en la Segunda y la Segunda y media— y la Tercera Internacionales. Esta situación exigía una respuesta unificada de los trabajadores para defender su nivel de vida, y de allí surgía la necesidad de la táctica de frente único.

En síntesis, era un frente de la clase obrera, de sus organizaciones obreras, para lograr que todos los obreros golpearan conjuntamente al capitalismo imperialista, a pesar de la división de sus direcciones y de seguir a sus organizaciones sindicales y tener políticas distintas. Lo que se buscaba era una unidad de clase, y para lograrla se consideró esta táctica de llevar adelante luchas comunes alrededor de algunas determinadas consignas. Entre abril y mayo de 1922, en numerosos países europeos hubo grandes manifestaciones que respondieron al llamado conjunto de las tres internacionales.

Como contenido, esta táctica no implicaba nada nuevo. La unidad de la clase obrera se manifestó en sus luchas desde el comienzo. Los sindicatos y los soviets son ejemplos típicos de frente único obrero. Riazanov definió a la Primera Internacional como un frente obrero, y lo mismo hizo Trotsky con la Comuna de París. Todos éstos son organismos de distinto tipo y con distintos objetivos, pero todos tienen en común adelantar la lucha unificada de la clase obrera por algunas demandas, por encima de las divisiones de sus direcciones.

Por supuesto, otra clase distinta de la obrera puede tener sus frentes únicos y también puede haber frentes de distintas clases o distintos sectores de clase, lo adelanten o no como una táctica explícita. Ejemplos de frente único burgués son los parlamentos o el Mercado Común Europeo. En Colombia, durante dieciséis años, hubo un peculiar acuerdo entre los dos partidos tradicionales para gobernar el país, que se llamó justamente Frente Nacional. El APRA (Alianza popular revolucionaria americana) peruano o el peronismo en Argentina fueron, en determinados momentos, de hecho, frentes policlasistas aunque se expresaran en un partido político, en la medida en que dieron dirección política y organizaron masivamente importantes sectores burgueses junto con la mayoría del pueblo y los trabajadores.

En 1935, la Tercera Internacional estalinista bautizó otra concepción de frente, pero no ya obrero sino policlasista: el frente popular que impulsó el séptimo congreso ese mismo año. Esto era ni más ni menos que la unidad entre los partidos obreros, socialdemócrata y comunista con sectores de la burguesía imperialista. También en este caso no era nada nuevo lo que contenía este nombre; como decía Trotsky, no era “más que la vieja conciliación de clases pero con otro nombre”. En numerosos países existió ese frente policlasista tanto como frente de gobierno o

como acuerdo interpartidario minoritario, por ejemplo, en España, Francia, Chile, etc.

No sólo desde la Tercera Internacional, sino desde los orígenes de la lucha revolucionaria del proletariado, el frente que auspician los revolucionarios es el frente obrero. Así como estamos por hacer acuerdos circunstanciales, unidades de acción hasta con “la abuela del diablo”, sólo estamos por hacer frente único dentro de la clase obrera, entre sus organizaciones de clase y sus partidos. Más aún, independientemente de la expresión táctica que adquiera en determinado momento y lugar, consideramos que el frente obrero, como sinónimo de unidad en la lucha de la clase obrera, es uno de los principios fundamentales de la lucha revolucionaria.

Desde su nacimiento ha sido política básica del trotskismo la lucha a muerte contra todos los frentes policlasistas o de conciliación de clases aunque sea “con la sombra de la burguesía” o sin nada de ella, ya que éstos llevan inevitablemente a la sujeción política del proletariado para con la burguesía. En forma constante, Trotsky insistió con que para un partido trotskista es inadmisibles hacer frentes, es decir, acuerdos político organizativos más o menos permanentes, con partidos burgueses o pequeño-burgueses, así como denunció la traidora política de conciliación de comunistas y socialistas para con ellos.

Un ejemplo: así como es condenable la política del Frente Popular de 1936 en Francia, es positiva la Unidad de la Izquierda que se hizo en 1974, porque a pesar del carácter igualmente traidor de las direcciones de ambos frentes, el primero de ellos llevaba a la clase obrera a la capitulación ante la burguesía, y el segundo era una unidad dentro de la clase, que podía fortalecer la lucha. Al mismo tiempo, Trotsky se pronunció por el apoyo a las medidas o luchas que fueran contra el imperialismo, aun cuando las impulsase la burguesía, pero llamando a que el

proletariado mantuviese la más absoluta independencia política y organizativa respecto de ella.

Refiriéndose a la lucha por la liberación nacional, decía:

“El partido bolchevique defendía el derecho de las naciones oprimidas a su autodeterminación con los métodos proletarios de lucha de clases, rechazando totalmente los bloques ‘antiimperialistas’ charlatanescos con los numerosos partidos ‘nacionales’ pequeñoburgueses de la Rusia zarista.”⁴⁹

Refiriéndose a la cuestión agraria en México, decía:

“En todo caso, donde se da una lucha frontal contra el imperialismo extranjero o sus agentes fascistas reaccionarios, damos apoyo revolucionario, preservando la total independencia política de nuestra organización, nuestro programa, nuestro partido y una total libertad de crítica.”⁵⁰

El trotskismo no impulsa frentes policlasistas, y más aún, los denuncia, porque considera que son o un suicidio o por lo menos un freno para la lucha del proletariado. Cuando en la realidad se da un frente policlasista que intenta adelantar medidas positivas en la lucha contra el imperialismo, como pudo haber sido el caso de algunos gobiernos o grandes partidos de masas en América Latina, es posible apoyar algunas de sus medidas, en tanto den “una lucha frontal contra el imperialismo extranjero o sus agentes fascistas o reaccionarios”, y apoyamos esas medidas “con los métodos proletarios de la lucha de clases”, rechazando “bloques” con ellos y “manteniendo la más absoluta independencia política de nuestra organización, nuestro programa, nuestro partido y una total libertad de crítica”, y nuestro objetivo final es

49. Trotsky, León, “Sobre las Tesis sudafricanas” 20/04/1935, en *Sobre la liberación nacional*, Editorial Pluma, Bogotá, 1976, pág. 32. En www.marxists.org

50. Trotsky, León, “Discusión sobre América Latina” 4/11/1938, en *Sobre la liberación nacional*, Editorial Pluma, Bogotá, 1976, pág. 213. En www.marxists.org

separar de la burguesía al proletariado y sus aliados, para ganar nosotros su dirección.

Hasta acá, cualquiera podría preguntarnos por qué hacemos tanto lío. Digamos simplemente que Waters se ha confundido un poco, que donde dice frente único debe decir unidad de acción y listo.

Pero además de confundir por completo unidad de acción con frente único, Waters nos mete en un problema mucho más grave, porque lo que ella quiere no es una unidad de acción —independientemente de cómo la llama—, sino un frente único policlasista de mujeres, y no hay confusión que valga para ocultar esta posición. La culminación exitosa de esa orientación es nada más y nada menos que lograr la construcción del “movimiento autónomo”, que nosotros definimos como un llamado vergonzante a un frente único policlasista.

Nuestra política para la mujer es coherente con toda la política del trotskismo hacia problemas o tareas democráticas que afectan a diversas clases. La más amplia unidad de acción para todas las actividades posibles en pos de las demandas comunes y la más celosa defensa de la independencia política y organizativa de las mujeres obreras y trabajadoras en general, de las más pobres y más explotadas.

Podremos trabajar en unidad de acción con todos los grupos de mujeres, incluso burguesas, alrededor de una consigna concreta y determinada, por ejemplo, la lucha por el aborto, por la igualdad de derechos o por el divorcio. Tácticamente, podemos tener relaciones de todo tipo con las organizaciones de mujeres dirigidas por partidos burgueses o pequeñoburgueses, pero nuestro lema sigue siendo el mismo de hace casi cincuenta años: “Sólo llegaremos al comunismo mediante la unión en la lucha de todos los explotados y no por la unidad de las fuerzas femeninas de las dos clases opositoras”. Nosotros hacemos “frente único”

dentro de la clase obrera. Por eso, rechazamos la estrategia de Waters de las “campanas de frente único” con las mujeres de todas las clases y que culminan en la construcción del célebre “movimiento autónomo”.

Waters termina de hundirse cuando dice que tenemos un tamaño mucho más pequeño que el resto de las fuerzas. Donde no existe, quiere formar un frente policlasista (que siempre son nefastos), y ya anticipa que nosotros seremos dentro de él una pequeña fuerza. ¿Desde cuándo es una política trotskista fabricar un frente policlasista para meternos nosotros dentro y ser allí una pequeña fuerza? ¿Qué política tendrá ese “frente único”?

Por si alguna duda quedara respecto de cuál es la posición de Waters en relación con el “frente único” de mujeres al estilo “unidad del frente proletario”, ella lo dice textualmente en un escrito de 1972.

“Bebel apunta: ‘A pesar de todo, las hermanas enemigas tienen, en mayor medida que la población masculina —dividida como está esta última en la lucha de clases— un número de puntos de contacto sobre los que pueden, aunque marchen separadamente, golpear juntas’.” Waters hace este comentario sobre las palabras de Bebel: “La fórmula de Bebel, marchar separadamente, golpear juntos, definición clásica de la táctica de frente único, fue propuesta más de cuarenta años antes de que se convirtiera en la consigna de la III Internacional, bajo Lenin y Trotsky”.

Desgraciadamente para Waters, la aludida fórmula de “marchar separados y golpear juntos” es una vieja definición de la unidad de acción, que era lo que sugería August Bebel para las luchas de las mujeres. Por si alguien tuviera dudas de que tergiversamos el pensamiento de Bebel y criticamos injustamente las posiciones de Waters, recurramos al empleo que Trotsky hacía sobre la misma “fórmula”.

Refiriéndose a las luchas del proletariado de la India, decía que el apoyo a medidas contra el imperialismo: “(...) debía estar inspirado en una sólida desconfianza hacia la burguesía nacional y sus agencias pequeñoburguesas. No debemos confundir nuestra organización, nuestro programa y nuestras banderas con las suyas ni por un momento. Debemos observar estrictamente la vieja regla: marchar separados, golpear juntos.”⁵¹

A esta altura está claro que este *lapsus cáلامي* entre la definición de unidad de acción y la “definición clásica de frente único” que cometió nuestra autora no se debe a falta de erudición o memoria, sino a profundas razones políticas.

“No existen problemas exclusivamente femeninos”

Esta famosa frase, de la cual se desprende toda una orientación programática, es de la Tercera Internacional. La camarada Waters la hace suya en su documento, pero para decir nuevamente lo contrario de lo que planteaba aquélla.

Waters dice: “Sostenemos que no existen problemas exclusivamente femeninos. Todo problema que concierne a la mitad femenina de la humanidad es asimismo un amplio problema social de vital interés para la clase obrera en su conjunto.”

Acá Waters está diciéndole a la clase obrera que se tiene que preocupar por el fundamental problema social de la opresión femenina. Les alerta que no es problema sólo de las mujeres, que no sólo concierne a todas las mujeres, sino también a la clase obrera.

En la misma parte ha sacado otra conclusión de la misma frase: que no es necesario hacer un partido marxista revolucionario

51. Trotsky, León, “Carta sobre la India”, 24 de octubre de 1939, en *Sobre la liberación nacional*, Editorial Pluma, Bogotá, 1976, pág. 161. En www.marxists.org

de mujeres; es suficiente con que se construya un movimiento independiente de liberación de la mujer y un partido marxista revolucionario mixto.

Para Waters, entonces, la frase va dirigida fundamentalmente a la clase obrera y al partido revolucionario mixto para decirles: “Ojo, miren que los problemas de las mujeres, de todas las mujeres, no son exclusivos de ellas. Ustedes no irán a (ningún lado) si no incorporan como parte fundamental de vuestro programa las reivindicaciones de todas las mujeres y si no construyen un movimiento autónomo de mujeres”.

La Tercera Internacional, con esa formulación, quería decir todo lo contrario: la dirigía a las mujeres pobres y obreras, para alertarlas: “Ojo, no se vayan a dejar engañar con eso de los problemas exclusivamente femeninos que las unirían a las mujeres burguesas”. Veamos la cita completa:

“El Tercer Congreso de la Internacional Comunista confirma los principios fundamentales del marxismo revolucionario, según los cuales no existen problemas ‘específicamente femeninos’. Toda relación de la obrera con el feminismo burgués, al igual que toda ayuda aportada por ella a la táctica de medidas tibias y de franca traición de los socialcoalicionistas y de los oportunistas, no hace sino debilitar las fuerzas del proletariado y (al) retardar la revolución social, impide a la vez la realización del comunismo, es decir la liberación de la mujer.

“Sólo llegaremos al comunismo mediante la unión en la lucha de todos los explotados y no por la unión de las fuerzas femeninas de las dos clases opositoras.

“Las masas proletarias femeninas deben, en su propio interés, apoyar la táctica revolucionaria del Partido Comunista y participar en la forma más activa y directa en las acciones de masas y en la guerra civil bajo todas sus formas y aspectos, tanto en el terreno nacional como a escala internacional.”

Esta cita por sí sola es otra condena a muerte del documento de Waters, si se pretende marxista. Mientras ella llama a la clase obrera y al partido revolucionario a construir —como cuestión de vida o muerte— un movimiento policlasista donde se junten la obrera y la burguesa, la Tercera Internacional llama a obreras y explotadas a huir como de la peste de cualquier relación con el feminismo burgués.

No existen problemas específicamente femeninos, porque la suerte de las mujeres está ligada a la suerte de la clase trabajadora y de todos los explotados del mundo. Porque sólo la toma del poder por el proletariado abrirá las puertas para la definitiva liberación de la mujer. Y por la misma razón no existe un programa especial para las mujeres.

El *Programa de Transición* rige toda una etapa histórica que va desde el surgimiento del imperialismo hasta la toma del poder y el triunfo del socialismo en el mundo. El eje de sus consignas es el interés de la clase obrera, la clase decisiva y la única que puede llevar consecuentemente hasta su objetivo central: la toma del poder y el triunfo del socialismo. Pero también acoge las demandas de los campesinos, de las mujeres, de los estudiantes, de todos los oprimidos, porque todos ellos serán cada día más y más perjudicados por la existencia del imperialismo y, entonces, la clase obrera los puede ir ganando como aliados para tomar el poder, movilizándolos junto a ella en la lucha por derrotar definitivamente al imperialismo y lograr la liberación de todos los explotados y oprimidos. Por eso no tenemos para los oprimidos programas especiales ni por aparte de nuestro *Programa de Transición*, sino que apoyamos sus principales demandas como parte de nuestro programa y tratamos de ganar a la mayoría de ellos para nuestra principal tarea: la lucha por el poder de la clase obrera.

Todos los intentos de Waters por tomar alguna frase de los clásicos para sustentar sus posiciones tienen el mismo fin calamitoso. Para insistir en sus contradicciones insolubles podríamos hacerle una pregunta: ¿cómo podemos tener toda una estrategia a largo plazo y hasta después de la toma del poder alrededor de un problema que no existe como problema específico? Waters se coloca ante un callejón sin salida cada vez que intenta conciliar sus posiciones con las tradicionales del marxismo y el trotskismo.

¿Qué programa para el movimiento autónomo?

Waters hace de la organización un fin en sí mismo, que está por encima de la movilización. También ese fin en sí mismo está por encima de un programa que le dé razón de ser. Si buscamos por todo el documento, nos encontraremos con que el famoso movimiento independiente que debemos construir, no tiene programa. O en todo caso, podemos decir que su programa es... construir el movimiento autónomo.

Waters resuelve de un plumazo este complejo dilema de una estrategia a largo plazo y para todos los países sin un programa, apelando —¡cuándo no!— a la Tercera Internacional, tomando lo mismo que señalábamos en el punto anterior: “Si bien levantamos reivindicaciones referidas a la opresión específica de las mujeres, no tenemos un programa especial para la liberación femenina. Nuestras reivindicaciones son parte integrante de nuestro programa de transición para la revolución socialista.”

De nuevo, de una frase aparentemente en común surgen dos posiciones antagónicas. La Tercera Internacional no levantaba un programa especial para las mujeres porque hacía un llamado a todas las mujeres obreras, pobres, a las más oprimidas y explotadas, a ocupar un lugar destacado en la lucha de todos

los obreros por el comunismo, el mismo llamado que hace el *Programa de Transición*.

Waters está obligada a no darle un programa a toda su estrategia de aquí al socialismo porque donde le dé un programa, se derrumba toda su construcción. Un programa tiene que responder a los intereses de una u otra clase. Si Waters —como debe ser su ilusión— propusiera un programa, o mucho menos que eso, una orientación que responda a los intereses de la clase obrera, éste sería repudiado por las mujeres que son parte de la clase dominante, por las explotadoras.

Pero nosotras estamos seguras de que, a diferencia de la Tercera Internacional, Waters nunca le va a decir a las mujeres que logre organizar en el movimiento autónomo que quiere construir, que ella no levanta un programa para dicho movimiento porque, para ella, como trotskista, su único programa se resume en tres palabras: dictadura del proletariado. Ella no va a decirle a esas mujeres que, al igual que todos los oprimidos que quieran luchar consecuentemente por sus derechos, tienen un punto esencial y común entre todos y con la clase obrera, el punto fundamental de lucha de nuestra época: la toma del poder por el proletariado y la instauración de su dictadura.

De nuevo nos encontramos ante las contradicciones insolubles de Waters: toda una estrategia, para todos los países del mundo, de aquí al triunfo del socialismo en todo el planeta, que, como ella dice en algún lado, al pasar, se propone luchar por... divorcio y guarderías.

Un programa máximo y ultra izquierdista para la familia y la liberación de la mujer

Como Waters no ve los complejos y dolorosos procesos que trae aparejada la disolución de la familia para los trabajadores,

elabora frente a ella todo un programa ideal de reorganización de la sociedad, que incluye “guarderías gratuitas”, “atención médica gratuita”, “desarrollo sistemático de servicios sociales”, “viviendas sanas y amplias”.

Y dice, luego: “Contra ponemos estas demandas a la propaganda y agitación ultra izquierdista por la ‘abolición’ de la familia. La familia como unidad económica no se puede ‘abolir’ por decreto. Sólo se puede sustituir después de largo tiempo. El objetivo de la revolución socialista es crear alternativas económicas y sociales superiores a la actual institución familiar y más capaces de llenar las necesidades que actualmente, aunque de forma extremadamente pobre y limitada, llena la familia, de modo que las relaciones personales sean un asunto determinado por la libre elección y no por la obligación económica”.

Por lo menos hay un elemento de cordura en su análisis, pues rechaza la consigna de “abolición” de la familia, consigna que le acarrearía ser sacada a patadas de varios hogares obreros, pero la sustituye por otra casi tan ultra izquierdista como ésta: “alternativas económicas y sociales superiores” que sólo tendremos después de “largo tiempo”.

¿De qué le sirve a la mayoría de los trabajadores, especialmente a los de los países semicoloniales y coloniales, saber que después de “largo tiempo” de hecha la revolución podrán tener comedores, guarderías, vivienda, etc.? Como propaganda general sobre el socialismo, está perfectamente bien. Seguramente los obreros aplaudan también estas propuestas, y desean que algún día el mundo sea así. Pero para la realidad de todos los días, para la destrucción diaria de la familia obrera y campesina, para el trabajo embrutecedor de niños de cinco años, para la prostitución de las mujeres, ¿qué propone? Nada.

Nuestro programa para la familia incluye como primer punto concreto, no de propaganda, la defensa de la familia obrera y

campesina. Luchamos porque en los pliegos de peticiones de los sindicatos se le otorguen subsidios al trabajador de acuerdo con el número de hijos; podemos proponer tácticamente que el estado pague un salario a las mujeres por su trabajo en la casa, por que existan centros de recreo y vacacionales para las familias, planes de vivienda, etcétera.

Dejamos para la propaganda general la transformación de la vida diaria bajo el socialismo, el reemplazo de la familia actual por “formas sociales más elevadas”, etc. Como desafortunada o afortunadamente vivimos en esta etapa de la lucha de clases donde todavía estamos luchando por derrotar al imperialismo, tendremos que dejarles a los socialistas de las nuevas sociedades la política para sus nuevas sociedades. Por ahora, debemos ocuparnos de resolver los problemas diarios de la lucha de clases y de orientar nuestros esfuerzos hacia la destrucción del imperialismo a nivel mundial, para que nuestros sucesores puedan hacer y practicar lo que Waters propone para hoy.

¿Un “programa de transición” para cada “sector”?

En el SWP es permanente el planteo de buscar y levantar un “programa de transición” o un “programa socialista” para los negros, para las mujeres, para cada uno de los famosos “sectores”. Más aún, ésta es una de las tareas principales del partido. Los títulos de sus documentos centrales son ilustrativos: “Un programa socialista para la liberación femenina”, “Un programa de transición para la liberación negra”. En su documento, Waters es menos clara pero en última instancia tiene la misma posición, ya que levanta para las mujeres todo un programa específico, que sería “parte del programa del partido”.

¿Es lícito hablar de “programa de transición” para las mujeres o los negros u otros grupos policlasistas? Lo es, si entendemos

esto como la búsqueda de las consignas particulares que puedan impulsar la movilización de grupos oprimidos, especialmente de los más pobres y explotados, y que orienten esa movilización hacia la clase obrera y la lucha por la dictadura del proletariado. Ese “programa de transición” particular no sería otra cosa que la combinación de consignas que actúen de “puente” entre las luchas esencialmente democráticas, propias de los oprimidos, y la lucha de los más pobres y explotados junto a los obreros y por la toma del poder.

Su programa no está estructurado alrededor de la tarea del gobierno de los trabajadores

El programa de Waters para el trabajo del partido entre las mujeres es “parte integrante de nuestro programa de transición para la revolución socialista”. Estamos de acuerdo hasta ahí, pero en ninguna parte de su programa plantea la tarea central para todas las mujeres trabajadoras, que es la dictadura del proletariado. El último grupo de consignas, que se refiere a la reorganización de la sociedad para eliminar la esclavitud doméstica de la mujer, no dice que esa reorganización tiene que hacerse para las trabajadoras y obreras, bajo su control y dirección, y que para eso los trabajadores y las mujeres obreras deben instaurar un gobierno obrero, la dictadura del proletariado. Por lo tanto, sus consignas de lavanderías colectivas, de comedores colectivos, de guarderías, etc., se reducen a ser simples peticiones para cualquier gobierno burgués.

El hecho de que su programa no se encuentre estructurado alrededor de la lucha por gobiernos obreros y de los sectores populares, hace que aparezca como la suma de consignas mínimas, democráticas, transitorias, sin un eje ni derrotero claro.

Plantea consignas democráticas, como “plena igualdad política y social de las mujeres”, por “el fin de la hipocresía, la humillación y la coerción de las leyes feudales y burguesas”; algunas mínimas, como licencias por maternidad; y una transicional, escala móvil de horas de trabajo y salarios. Pero aparecen como una suma aritmética, y no como parte de las consignas que vamos a plantear en el camino de la lucha por el poder.

Estamos seguros de que si conseguimos el programa del CLUW (*Coalition of labor union women*) la organización sindical de mujeres de Estados Unidos, cuyas consignas seguramente serán de tipo sindical; el del NOW, cuyas consignas serán más democráticas; y el de las feministas radicales y los grupos de autoconciencia, que seguramente enfatizarán en la lucha por el control del cuerpo y la destrucción de la familia, y los mezclamos y rebullimos, tendremos como resultado el programa de Waters. Además, estamos seguros de que ni el programa del CLUW ni el del NOW ni el de las feministas radicales ni el de los grupos de autoconciencia (si es que tienen), plantean la necesidad de la toma del poder por el proletariado. El de Waters, tampoco.

CAPÍTULO V

La necesidad del partido revolucionario

En el quinto capítulo se sintetiza el nudo ordenador del libro que es el debate sobre el rol y la necesidad de construir el partido revolucionario. Mary Alice Waters (MAW) sostiene que “la lucha por el socialismo necesita tanto de un movimiento feminista de masas como de un partido revolucionario de masas”. Y señala que la ausencia del movimiento feminista de masas explicaría que se dieron revoluciones pero sin alcanzar el éxito. Es decir, se pone prácticamente en un mismo plano de importancia la necesidad de ambos.

Las autoras, por el contrario, reivindican la concepción “clásica” de Marx, Lenin y Trotsky respecto a la imprescindible necesidad del partido revolucionario para encabezar el triunfo de la revolución socialista. Concepción que fue pervertida por el ascenso de Stalin al poder y la burocracia soviética en la ex URSS. En su texto, MAW ignora la existencia de los distintos partidos políticos que actúan en las luchas. De esta manera, deja correr a las corrientes antipartido que actuaban en el seno del feminismo de la segunda ola y desorienta a los revolucionarios para actuar en la disputa con los distintos competidores políticos, sean los partidos burgueses u obreros reformistas.

Movimiento autónomo y partido

Para Waters, “la lucha por el socialismo necesita tanto de un movimiento feminista de masas como (de) un partido marxista revolucionario de masas”. Su estrategia de la unidad permanente y universal de todas las mujeres de todas las clases, la conduce inevitablemente a una posición que subestima el papel del partido revolucionario de masas, equiparándolo en importancia al “movimiento feminista”, y capitulando de esta manera a las presiones apartidistas que se han desarrollado en las movilizaciones y organizaciones feministas de los últimos años.

Nuestras diferencias con Waters serían secundarias si dijera: “Nuestra gran tarea es la de construir un partido revolucionario de masas que dirija la movilización de los trabajadores por el poder. En relación con esta tarea central, todo lo demás es táctico. Lucharemos por un movimiento independiente de la mujer en determinadas circunstancias, siempre y cuando sirva a la movilización de las masas por el poder, y nos permita construir un poderoso partido revolucionario de masas. Pero si un movimiento feminista independiente no sirve a estos objetivos, si frena la movilización, si impide ganar amplios sectores de trabajadoras para nuestra política, utilizaremos otra táctica distinta”.

Desafortunadamente para la Cuarta Internacional, Waters propone que dividamos por lo menos por partes iguales nuestros esfuerzos para construir el partido revolucionario y el

movimiento feminista, pues el uno es “tan importante como” el otro para la revolución.

Recordemos a Trotsky: “(...) en el momento en que los prerequisites objetivos hayan madurado, la clave de todo el proceso histórico pasa a las manos del factor subjetivo, esto es, del partido. El oportunismo, que vive consciente o inconscientemente bajo la sugestión de la época pasada, tiende siempre a subestimar el rol del factor subjetivo, o sea, de la importancia del partido y de la dirección revolucionaria”.⁵²

Si bien para Trotsky “la clave de todo proceso histórico” pasa a manos del partido cuando están las condiciones objetivas para la revolución, Waters agrega una segunda clave: el movimiento feminista de masas.

Aunque parezca el ABC de trotskismo, tenemos que citar a Trotsky para mostrar que Waters dice algo totalmente contrario. Para él, el partido era más importante que los mismos soviets, que los poderosos sindicatos ingleses, y, además, era decisivo para mantener el estado soviético. Por más que busquemos, no pudimos encontrar ninguna referencia donde planteara que el partido era tan importante como los grupos de mujeres, ni siquiera tan importante como los partidos que representaban al campesinado.

Veamos, por ejemplo, su texto de 1924, *Lecciones de Octubre*, donde analiza la experiencia del triunfo de Octubre de 1917 y la derrota en Alemania en 1918-1919. Refiriéndose a los soviets, aquellas organizaciones de lucha de los obreros para tomar el poder, organizaciones definitivas en la insurrección, aún más que el movimiento independiente de mujeres, Trotsky decía que: “(...) a pesar de la inmensa ventaja que ofrecen como organismos de lucha por el poder, es perfectamente posible que se

52. Trotsky, León. *Stalin, el gran organizador de derrotas* (1928) en www.marxists.org

desarrolle la insurrección sobre la base de otra forma orgánica (comités de fábrica, sindicatos) (...).”⁵³ Más adelante, concluía diciendo: “No puede triunfar la revolución proletaria sin el partido, fuera del partido o por un sucedáneo del partido. Tal es la principal enseñanza de los últimos diez años.

“Es cierto que los sindicatos ingleses pueden tornarse una palanca poderosa de la revolución proletaria y reemplazar a los mismos soviets obreros, por ejemplo, en ciertas condiciones y durante cierto periodo. Pero no lo conseguirán sin el apoyo de un partido comunista, ni mucho menos contra él, y estarán imposibilitados de desempeñar esta misión hasta que en su seno la influencia comunista prepondere. Harto cara, para no retenerla íntegramente, hemos pagado tamaña lección acerca del papel y la importancia del partido en la revolución proletaria, para renunciar tan ligeramente a ella o aun para menospreciar su significación.”⁵⁴

Respecto de la importancia del partido revolucionario en la URSS y para “la construcción socialista”, siguió insistiendo en el mismo sentido cuando luchaba contra la burocratización encabezada por Stalin. Veamos algunos ejemplos. En su “Proyecto de Tesis sobre la cuestión rusa”, en 1931, decía: “Sin la fuerza idealista y aglutinadora del partido comunista, el estado soviético y la economía planificada estarían condenadas a la desintegración. (...) 6) La construcción socialista, dadas las contradicciones de clase internas y el entorno capitalista existente, necesita un partido fuerte, previsor y activo para planificar la economía y realizar las necesarias maniobras de clase como requisito político fundamental.”⁵⁵ El año anterior escribía: “Si

53. Trotsky, León. *Lecciones de octubre* (1924) en www.marxists.org

54. Ídem, pp. 67-68.

55. “Problemas del desarrollo de la URSS” 4/4/1931 en *Escritos*, tomo II, 1930-1931, pp. 322 y 334, Pluma, Bogotá (1977) y en www.marxists.org

el partido se separara del sistema soviético, éste no tardaría en derrumbarse.”⁵⁶

Waters le replica a Trotsky diciendo: El movimiento autónomo de la mujer es tan importante como el partido, sin su participación no se puede realizar la revolución socialista, es “una precondition para llegar democráticamente a decisiones económicas y sociales correctas” y, por lo tanto, forma parte de la estrategia de la Cuarta Internacional. Para que los soviets se mantengan, se necesita también un movimiento de mujeres; para que la economía planificada se mantenga, se necesita del movimiento feminista.

Waters esfuma la lucha contra los partidos reformistas y reaccionarios

El documento pinta un matrimonio idílico, que se divide correctamente las tareas, entre el partido revolucionario y el movimiento autónomo que se supone hay que construir, independientemente de quien lo dirija: “No existe ninguna contradicción entre la construcción del movimiento independiente de liberación de la mujer y la construcción de un partido marxista revolucionario de hombres y de mujeres”, porque ambos son necesarios “para la lucha por el socialismo”, y porque en esa lucha cada uno tiene diferentes funciones: el primero “moviliza a sus mujeres alrededor de sus necesidades” y el segundo “da dirección a través del programa y de la acción” a la clase obrera y sus aliados, incluyendo a las mujeres, y orienta sin compromisos todas las facetas de la lucha de clases hacia un impulso combinado para destruir el capitalismo”. Más adelante, da un objetivo más preciso para el partido: “Ganar la dirección del movimiento de

56. “Carta a los camaradas búlgaros” 4/10/1930, en *Escritos*, Tomo II, vol. 1, pág. 64, Pluma, Bogotá (1977) y en www.marxists.org

liberación de la mujer mostrando en la práctica a las mujeres que tenemos el programa y las perspectivas que pueden conducir a su liberación”.

Salvo algunas menciones a la pasada sobre los “enemigos”, en ninguna parte Waters dice quién dirige ese movimiento cuya dirección hay que ganar, y menos aún que el partido revolucionario es indispensable para llevar adelante una lucha a muerte contra las direcciones reformistas y reaccionarias por arrancarles de sus filas la mayor cantidad de mujeres que podamos y alinearlas junto a nuestra política de clase, ya que es el único que lo puede hacer.

La realidad es todo lo contrario de lo que pinta Waters. Construir partido entre las mujeres será una contradicción permanente entre nuestra política y la de los reaccionarios y reformistas, que actualmente son mucho más fuertes que nosotros, y que son dirección de esas mujeres, así como habrá contradicciones permanentes entre las necesidades de las masas de mujeres y las orientaciones de esas direcciones reformistas y reaccionarias.

Nuestra participación en las luchas del movimiento de masas es una guerra constante, explotando todas las contradicciones, contra los partidos reformistas pro burgueses y reaccionarios que lo dirigen. Sabemos perfectamente que hoy día ellos son fuertes y poderosos y nosotros somos débiles. Ésa es la tragedia más grande de nuestra época. Nuestra política es el arte de aprovechar todas las contradicciones, todas las oportunidades de lucha para hacer avanzar la conciencia de los trabajadores. Qué dimensiones, qué resultados podemos tener, dependerá de la lucha de clases, de sus resultados. En esa lucha cotidiana que existe entre nosotros por un lado y la burguesía y sus agentes de distinto tipo por el otro, que luego se va a convertir en guerra civil física, corremos a cada paso el riesgo de ganar o perder. Cada triunfo nos acerca, aunque sea un pasito, a la toma del poder;

cada derrota le da un respiro a nuestros enemigos, las direcciones reformistas y burguesas. Nuestro trabajo entre las mujeres no es una excepción; también allí están activos y son poderosos, más que nosotros, los liberales, los socialdemócratas, los estalinistas, los apartidistas, quienes, en mayor o menor grado, son todos nuestros enemigos.

Sabemos muy bien que todas esas direcciones nefastas pueden, en determinado momento, favorecer la movilización de las mujeres y, más aún, llevarlas a un triunfo parcial. Lo hemos visto claramente en algunas de las luchas feministas que se dieron en esta década y lo seguiremos viendo. Esas situaciones, lejos de disminuir, aumentan las contradicciones entre el movimiento autónomo y el partido revolucionario, mal que le pese a Waters. Hacen más poderosas esas direcciones enemigas, dificultan la tarea del partido revolucionario, aun cuando haya habido movilización y se hayan logrado algunos éxitos. Pero para Waters todo es sencillo. Lo que molesta a su estrategia, lo borra, lo ignora. Ignoremos a esos poderosísimos enemigos y alegrémonos con la lucha por la construcción del movimiento autónomo, con la movilización, independientemente de quien la dirija, de con qué política se alimente y hacia dónde vaya.

Nosotros nos alegramos tanto o más que Waters con la movilización, la propiciamos tanto o más que ella, pero porque sabemos que la movilización nos da la oportunidad de adelantar nuestra política y luchar por ella: hacer que ésa sea la movilización permanente de la clase obrera y los más explotados, en particular las mujeres pobres y trabajadoras, para tomar el poder e instaurar el socialismo en todo el mundo. Entre nosotros y ese objetivo se interponen nuestros mortales enemigos, las direcciones reformistas, conciliadoras y burguesas. En nuestra batalla contra ellas aprovecharemos todas las formas organizativas que fortalezcan la política y los objetivos revolucionarios

y desecharemos todas aquellas que los debiliten o los frenen. Y sólo el partido revolucionario puede llevar esta lucha consecuentemente a su fin.

Una concepción liquidadora

El documento de Waters da una posición que es más grave aún que minimizar la batalla del partido revolucionario con los demás partidos. Ella minimiza en forma absoluta la importancia y la necesidad cotidiana de construir el partido revolucionario, de ganar a los mejores luchadores para el partido. Porque ella le dice a la activista feminista, que tiene dos caminos, el de la construcción del movimiento feminista o el partido revolucionario. Porque ella les dice a las mujeres que luchan que “no tienen que esperar que nadie les enseñe el camino”. Si le preguntamos a Waters qué es más importante, seguramente nos responderá que el partido, pero no es lo que se desprende de su documento.

¿Qué camino es el que pueden definir las mujeres por sí solas? ¿El de la revolución socialista? Es posible que puedan definir hasta cierto punto su camino de lucha por reivindicaciones particulares, pero nunca, jamás, podrán por sí solas encontrar el camino de la revolución sin la ayuda del partido.

Hasta donde sabemos, el partido revolucionario es el único que conduce a las masas, incluyendo a las mujeres, por el camino de la revolución socialista. Ningún sindicato, grupo u organización distinta lo reemplaza en esta actividad consciente de dirigir el proceso revolucionario, y por eso es imprescindible.

Para nosotros existe una diferencia inmensa entre un militante del partido, un militante trotskista, y un sindicalista, un activista por los derechos democráticos, una feminista. Sabemos que no es fácil ganar a esos militantes.

Ganar un nuevo militante para el trotskismo es ganarlo para la única organización que tiene como objetivo la revolución socialista, es ganarlo para la organización que tiene el más alto grado de conciencia política en la sociedad. Este nuevo militante ha llegado al partido revolucionario contra las presiones de la burguesía y sus partidos, que controlan la radio, la televisión, los periódicos y los gobiernos; contra los partidos reformistas que dirigen a millones de trabajadores en el mundo. Por lo tanto, jamás estará a la altura de un militante trotskista ninguna feminista, ningún sindicalista, ningún demócrata que simplemente haga actividad feminista, sindical o democrática. El militante trotskista será en su frente el mejor luchador sindical, la mejor combatiente feminista, el más consecuente demócrata, porque será el que más consecuentemente llevará todas estas luchas hacia la toma del poder, actividad en la cual no lo puede reemplazar nadie que solo luche a nivel gremial o democrático.

Waters capitula a las corrientes feministas antipartido

Las movilizaciones feministas de los últimos años se han desarrollado, como ya lo vimos, en medio de un lento ascenso de las luchas obreras, con una baja participación obrera, sin fuertes partidos revolucionarios de masas y sin una participación decisiva de los grandes partidos obreros comunistas y socialdemócratas.

Estos hechos han permitido el surgimiento de grandes corrientes que rechazan la participación de los partidos políticos, que “temen” los intentos “manejadores” de éstos. Esta apatía hacia la política es en última instancia un instrumento más de la burguesía para alejarnos de las grandes masas de mujeres trabajadoras. Intentan presentar las luchas femeninas como un

“problema exclusivamente femenino”, apolítico, precisamente para alejar a las mujeres de la política revolucionaria.

Toda la palabrería de Waters sobre el movimiento independiente de liberación de la mujer, de que las mujeres son hermanas, de que el movimiento autónomo debe ser “no subordinado” a ninguna corriente política, etc., es una concesión al atraso de la mayoría de las mujeres y una capitulación a las políticas apartidistas, conscientemente alentadas por la burguesía. Es un muro que se coloca entre nosotros y las masas de mujeres pobres para ganarlas para una política revolucionaria, y es hacerle el juego a la burguesía, que quiere que las mujeres no participen en política para que no apoyen a los partidos obreros, en definitiva, para que no las arrebatemos de su influencia.

Nosotros somos enemigos mortales del apartidismo, tanto como del estalinismo o de la socialdemocracia, aunque en este momento ellos son quienes dirigen mayoritariamente el movimiento obrero y, por eso, son nuestros enemigos principales. Pero todo aquel que se oponga velada o abiertamente a la construcción del partido revolucionario es un enemigo de la revolución obrera y por esa razón merece todos nuestros ataques.

La subestimación que del partido revolucionario hace Waters es, pues, una capitulación a las corrientes apartidistas y obedece a que no ve el papel objetivo del partido revolucionario. En el fondo de su posición hay un elemento de la realidad, que es la debilidad actual de los partidos verdaderamente revolucionarios, de la Cuarta Internacional.

Actualmente, la mayoría de las secciones de nuestro partido mundial no tiene la fuerza para definir positivamente una situación revolucionaria; su actividad no es todavía un factor definitivo en la lucha de clases y, por esta razón, juegan un rol fundamentalmente propagandístico. Pero el hecho de que ésta sea la realidad actual no quiere decir que, como norma, el partido

revolucionario vaya a ser siempre débil y poco importante en la lucha de clases.

Como decía Trotsky, en el momento en que estén maduras las condiciones objetivas para la revolución, la “clave de todo el proceso histórico pasa a manos del factor subjetivo, es decir, del partido”. En una situación revolucionaria, el peso objetivo de los factores subjetivos, es decir de la política, de la dirección de las masas, es determinante. Y el triunfo o no de esta situación depende de una clave que es la definitiva: el partido, el partido y el partido.

Por eso la tarea más importante de todo trotskista que se precie de serlo, estratégica, condición absoluta, insustituible para el triunfo de la revolución mundial, es la construcción del partido revolucionario.

Ésa es la razón de ser del trotskismo. Por eso la primera frase del *Programa de Transición* dice: “La situación política mundial en su conjunto se caracteriza, ante todo, por la crisis histórica de la dirección del proletariado.” La traición stalinista dejó a la clase obrera sin dirección revolucionaria, permitió en primer lugar el triunfo del fascismo y en los últimos años ha sido el factor decisivo, junto con la socialdemocracia, para el freno de las movilizaciones revolucionarias que se han dado (Checoslovaquia 1968, Portugal 1975, España, Italia, Francia). Es por eso que en todas partes donde estemos y participemos, nuestra obsesión es una y sólo una: construir el partido revolucionario y arrebatarle la dirección de la mayoría de las masas a los reaccionarios y reformistas.

Por el contrario, Waters no está obsesionada como nosotros, porque no ve la importancia del partido. Es por eso que hace toda una teoría, una estrategia y una política que presupone como un hecho permanente la debilidad del partido revolucionario. Por eso, “dada nuestra relativa debilidad y la relativa fortaleza de

nuestros oponentes liberales y reformistas”, propone hacer un frente único de mujeres de todas las clases, que es condición para la revolución.

Su política se basa en que, como somos muy débiles para movilizar amplios números de mujeres, debemos unirnos permanentemente con quienes sí las dirigen. Eso puede estar tácticamente bien en una situación coyuntural determinada, pero nuestra estrategia es ganarlas a todas para nuestra política, y cuando eso sea así, no vemos por qué debemos mantener un “movimiento independiente de liberación de la mujer” “no subordinado” a nuestra corriente política.

Para ella es más importante el movimiento de la mujer, es condición, es “uno de los factores que explican por qué ninguna de aquellas revoluciones pudo ser llevada hasta su término”. No se le ocurre pensar que la razón de la derrota de todas las revoluciones es la falta de un partido revolucionario.

En conclusión, la tarea central de nuestro trabajo entre las mujeres es ganarlas para el partido revolucionario, y todo lo demás es táctico. Decimos, como la Tercera Internacional: “Todo adversario de la Tercera Internacional es un enemigo de la liberación de la mujer”. Para nosotros, “todo enemigo de la Cuarta Internacional es un enemigo de la liberación de la mujer” y “el deber de las mujeres comunistas es condenar a todos (quienes) temen la táctica revolucionaria de la Internacional Comunista.”⁵⁷

57. “Tesis para la propaganda entre las mujeres”. Tercer Congreso [1921] en www.marxists.org

Anexos

I · Las tareas del trotskismo entre las mujeres

**Proyecto de resolución presentado en enero de 1980 por
Mercedes Petit y Carmen Carrasco a la reunión de la Frac-
ción Bolchevique, antecesora de la LITCI.**

El reciente congreso del Secretariado Unificado aprobó el documento “La Revolución Socialista y la Lucha por la Liberación de la Mujer”, elaborado por Mary Alice Waters, miembro de la dirección ejecutiva del Socialist Workers Party de Estados Unidos. Dicho documento, que plasma la concepción del SWP sobre el trabajo de los trotskistas entre las mujeres, es ahora la política oficial del SU y sus seguidores.

Es un documento revisionista, que expresa una concepción sectorial y policlasista de la evolución permanente y de la relación entre las luchas de los explotados y las de los oprimidos, y entre éstas y la clase obrera y el partido revolucionario. Estas concepciones que llevan al SWP y al conjunto del SU a capitular a las posiciones del feminismo antimarxista —el que llama a la unidad de todas las mujeres cualquiera sea su clase, para luchar contra los hombres, el que llama a un frente popular permanente de obreras y burguesas, revolucionarias, reformistas y contrarrevolucionarias— son las mismas que llevaron al SWP y a sus

seguidores del SU a capitular ante el gobierno de Reconstrucción Nacional en Nicaragua.

El objeto de la presente resolución es refutar categóricamente esa política y sentar unas primeras tesis sobre la política del Comité Paritario para el trabajo de los trotskistas entre las mujeres.

I

Luego de la Segunda Guerra Mundial, por segunda vez en la historia se desarrollan movilizaciones masivas de mujeres que reclaman por sus derechos. Desde la movilización de las mujeres en la revolución china hasta las movilizaciones por el aborto y el divorcio en Europa y Estados Unidos, las mujeres luchan por sus propias reivindicaciones, ora apoyando una revolución en curso (China) o luchando contra ella (Chile y El Salvador), ora en unidad de acción exigiendo reivindicaciones democráticas, como en Europa y Estados Unidos. Este hecho de la lucha de clases merece la atención y la respuesta de la Cuarta Internacional trotskista.

Con el nuevo ascenso de la revolución mundial, las mujeres participan cada vez más en las luchas políticas y sociales, a través de las movilizaciones, partidos y organizaciones de sus respectivas clases y, coyunturalmente, realizan movilizaciones unitarias por sus reivindicaciones específicas. Se trata de saber si esta creciente participación política y social de la mujer tiende a la unidad permanente de todas las mujeres de todas las clases o si, por el contrario, dicha unidad es la excepción, lo coyuntural, y la división política y social de las mujeres es la regla.

En síntesis, se trata de saber si podemos aplicar a estas movilizaciones las orientaciones generales señaladas en los primeros congresos de la Internacional Comunista o si, por el contrario, dichos fenómenos nos obligan a revisar la política que el

marxismo ha sostenido para el trabajo del partido revolucionario entre las mujeres.

II

Ante las movilizaciones de las mujeres por el derecho de sufragio y otras reivindicaciones, la Internacional Comunista dio una respuesta categórica: llamó a los partidos comunistas a luchar en dichos movimientos para separar a las obreras del feminismo burgués.

III

La lucha de clases le ha dado la razón a la concepción de la Internacional Comunista y, por consiguiente, a su política; las movilizaciones de mujeres de la década pasada (fines de los sesenta a mediados de los setenta, N de la E) sólo lograron plasmar la unidad de las mujeres en forma coyuntural y episódica, no permanente. La experiencia de Estados Unidos, España, Italia, Francia e Inglaterra demostró que una vez alcanzado el objetivo específico de la movilización —e incluso en muchos casos sin haberlo alcanzado— la unidad supraclasista de las mujeres se disolvió.

Afirmamos categóricamente, siguiendo nuestras concepciones, que han sido corroboradas por los hechos, que la unidad permanente de las mujeres por encima de las clases es imposible, debido a las contradicciones políticas y sociales de la lucha entre la revolución y la contrarrevolución, por lo menos hasta el triunfo del socialismo.

IV

Frente a las movilizaciones de las mujeres en la década pasada, ha surgido una corriente dentro de la cual ocupa un sitio de honor el SU, influido por el SWP de Estados Unidos. Es la corriente que llama a todas las mujeres de todas las clases y tendencias políticas —obreras, burguesas, revolucionarias, reformistas, contrarrevolucionarias— a luchar unidas y organizarse en un movimiento autónomo permanente. El documento del SU plantea que las luchas de las mujeres continuarán extendiéndose y que la estrategia del partido debe ser la construcción de un movimiento autónomo y unitario de mujeres de todas las clases sociales. Es la llamada política de la “hermandad de las mujeres” que, como vemos, se opone tanto a la tesis de la Internacional Comunista —separación tajante entre la mujer obrera y la burguesa— como a las lecciones de la historia.

V

Según el SU, la opresión de la mujer y su reclusión en la familia, es “pilar”, “política básica” y “esencia” del capitalismo. Por eso sostiene que la familia, incluida la familia campesina, es una lacra de la sociedad de clases que sólo merece ser extirpada. La realidad, por el contrario, muestra que el capitalismo, al incorporar a la producción, ha igualado a la mujer obrera con el hombre proletario, en la pobreza y la explotación, en las cargas y los deberes. Pero, contradictoriamente, el capitalismo es incapaz de llevar esta tendencia hasta el final porque no puede resolver a nivel mundial el empleo de todas las mujeres. De ahí las contradicciones brutales que provoca, al llamar a la mujer a trabajar en un momento determinado y, luego, recluirla nuevamente en el hogar y la familia para sacarla de la producción, siempre de

acuerdo con sus conveniencias. Esta realidad provoca contradicciones dolorosas para las obreras y las campesinas. Destruye sus familias sin dejarles ninguna otra institución que les permita satisfacer las necesidades humanas de afecto y compañía.

VI

Según el SU, todas las luchas por la liberación de la mujer — por el aborto, el divorcio, o lo que sea— van contra esa “esencia del capitalismo” descrita más arriba. Eso lo lleva a la conclusión de que todas esas luchas, inclusive las más parciales y coyunturales, poseen una dinámica “objetivamente anticapitalista”.

La realidad, por el contrario, es que las tareas de la liberación de la mujer son de carácter democrático-burgués. Históricamente, es una tarea de las revoluciones burguesas que éstas no realizaron.

El proceso de liberación de la mujer posee, por su dinámica, un carácter transicional, porque tiene que ver con los aspectos más retardatarios y las costumbres más retrógradas de la sociedad. Pero esta perspectiva transicional se va a acentuar a fondo en la sociedad socialista donde, una vez ganada la batalla contra la contrarrevolución y el imperialismo, estarán abiertas las puertas para resolver estos problemas tan sentidos por la humanidad. De ahí que rechazamos rotundamente la asignación a priori del rótulo de anticapitalista para todas las luchas, organizaciones y movimientos de mujeres. La dinámica anticapitalista sólo se puede generar cuando las mujeres —y no serán todas— apoyen la revolución proletaria y el partido revolucionario.

VII

El documento del SU señala correctamente que todas las mujeres son oprimidas como mujeres; lo mismo podría decirse de los negros, que todos son oprimidos como tales. De allí extrae la conclusión de que opresión es igual a explotación; que los vínculos que unen a los oprimidos entre sí son más fuertes que las contradicciones entre explotadores y explotados, entre revolucionarios y contrarrevolucionarios. Y de ahí deriva toda su política de que las mujeres deben unirse como hermanas para la lucha en común.

La realidad es que, si bien es verdad que todas las mujeres y todos los negros son oprimidos, al mismo tiempo hay mujeres explotadoras y explotadas, negros explotadores y explotados. De aquí hasta el triunfo del socialismo, las obreras lucharán contra los explotadores, sean hombres o mujeres, negros o blancos.

En determinado momento, mujeres de distintas clases pueden marchar juntas por un objetivo específico: derecho al divorcio, al aborto, etc. Pero la realidad de la situación revolucionaria es que, cuando se produzca, la sociedad va a estar dividida por una barricada. De un lado, la clase obrera con su partido revolucionario y, con ellos, las obreras revolucionarias, los negros revolucionarios. Del otro, la contrarrevolución imperialista burguesa y con ella las mujeres burguesas, los negros burgueses, etcétera.

VIII

De lo anterior se desprende que el SU tiene una concepción revisionista de la Teoría de la revolución permanente, a la que visualiza como una suma de sectores oprimidos, de movimientos policlasistas que, de igual a igual con el proletariado, se movilizan en forma permanente por el poder. De ahí deriva su política

frentepopulista de unidad del proletariado con la burguesía (“todas las mujeres”), de manera organizada y permanente.

Nuestra concepción es que sólo la revolución socialista liberará a todas las mujeres, pero no todas las mujeres apoyarán la revolución socialista. Reafirmamos el carácter social y político de la revolución permanente, en el sentido de que ésta es realizada por el proletariado arrastrando tras de sí a los sectores más pobres y explotados de la sociedad, contra los explotadores de todos los sexos y razas y sus aliados, los reformistas. Esta lucha sólo llega al triunfo con la toma del poder por el proletariado dirigido por su partido marxista revolucionario, la Cuarta Internacional trotskista.

IX

Fruto de su política frentepopulista de unir a burguesas y proletarias en forma organizada y permanente, el SU llega al colmo del revisionismo al plantear que la construcción de un movimiento autónomo y unitario de mujeres forma parte de la estrategia de construcción del partido. En otras palabras, la construcción del movimiento femenino tiene la misma importancia estratégica que la construcción del partido obrero.

Por el contrario, la estrategia de la Cuarta Internacional trotskista —y su razón de ser— es la movilización permanente del proletariado —hombres y mujeres— por la toma del poder, apoyado en el movimiento revolucionario de las masas oprimidas y, para ello, la construcción del partido obrero marxista revolucionario. Esta estrategia, la única de los trotskistas, exige la separación tajante de las obreras de la influencia burguesa y reformista, y repudia la unidad frentepopulista preconizada por el documento del SU.

X

El ascenso de la lucha de clases de la década pasada, sumado a la crisis de los partidos reformistas —incapaces de responder a las masas de mujeres que despiertan con el ascenso— y a la debilidad del trotskismo, abrieron el espacio para la organización de movimientos autónomos de mujeres, cuyas posiciones cubren toda la gama desde las más democráticas hasta las más ultraizquierdistas y ultrafeministas. Sobre esta base objetiva, el SU eleva a la categoría de norma permanente lo que no es más que una manifestación coyuntural del ascenso revolucionario, la traición de los partidos obreros reformistas y la debilidad del trotskismo.

XI

Definida nuestra estrategia, afirmamos que podemos y debemos participar, apoyar, hacer unidad de acción en las luchas por las reivindicaciones democráticas específicas de las mujeres. En el curso de tales movilizaciones definiremos nuestra orientación táctica hacia las distintas organizaciones que puedan existir. Pero la participación de los trotskistas en tales movimientos se enmarcará en todo momento en el objetivo de ganar a las mujeres, principalmente a las obreras, a través de la movilización, para que rompan con la burguesía y el reformismo y se unan a su clase y al partido revolucionario.

XII

El actual ascenso de la lucha de clases y la crisis de los aparatos reformistas le brindan a la Cuarta Internacional trotskista las mejores posibilidades de convertirse en la dirección

revolucionaria de las masas. El ascenso conmociona a millones de mujeres que comienzan a buscar salidas políticas y respuestas a sus reivindicaciones. Por eso, los trotskistas debemos formular una política revolucionaria para las mujeres, especialmente para las obreras. Ellas constituirán una fuerza central en este ascenso y, como lo confirma la experiencia histórica, las obreras, por ser doblemente explotadas, se colocan rápidamente en la vanguardia de las luchas.

XIII

Los trotskistas, la vanguardia revolucionaria del proletariado, somos los enemigos mortales de la opresión en todas sus formas. Por eso estamos en primera fila en la lucha por las reivindicaciones contra la opresión de la mujer, y dispuestos a participar en todas sus luchas, en unidad de acción con todos quienes las impulsen.

Queremos integrar a todas las obreras en el frente proletario contra la burguesía y sus aliados reformistas. Luchamos contra toda sujeción o colaboración de las obreras con la burguesía, y queremos ganarlas a todas para las filas de la Cuarta Internacional trotskista.

XIV

Para ello, el programa de los trotskistas debe contemplar las demandas democráticas como aborto libre y gratuito, divorcio, plena igualdad legal, eliminación de la discriminación con los hijos nacidos fuera del matrimonio, etcétera.

XV

Luchamos en primera fila por las demandas y reivindicaciones de las obreras y las mujeres pobres: igual salario por igual trabajo, reducción de la jornada laboral en un 50 % si ellas lo desean; por guarderías, sala cunas, comedores y lavanderías colectivas; por un salario para el ama de casa, por pleno empleo para la mujer.

En los gremios donde trabajan mujeres exigimos una representación de ellas en la dirección sindical, en proporción con su número en la fuerza de trabajo, lo que significa, desde luego, que en los gremios mayoritariamente femeninos la dirección sindical debe ser mayoritariamente femenina; exigimos que estas reivindicaciones se incorporen en los estatutos sindicales. Estamos por la creación de comisiones femeninas en los sindicatos.

XVI

Estamos por la defensa de la familia obrera y campesina: por servicios públicos de sanidad, educación y recreación gratuitos; por subsidios para sus hijos.

XVII

Este programa democrático y transicional tiene un solo objetivo: la movilización de las mujeres obreras y pobres junto con su clase, por la toma del poder por el proletariado y la revolución socialista mundial, que es lo único que podrá garantizar la igualdad plena y permanente de las mujeres y de todos los oprimidos.

XVIII

Como ya hemos expresado, la atención de los trotskistas va dirigida principalmente a las mujeres obreras. Pero no descartamos que en una coyuntura nacional e internacional de ascenso de las luchas obreras y populares, y ante la existencia de un partido revolucionario fuerte, mujeres de la pequeña burguesía estén dispuestas a acompañar al proletariado en sus luchas y a ver en el partido trotskista revolucionario su dirección.

XIX

El único partido que lucha consecuentemente por ese programa y ese objetivo estratégico, la dictadura revolucionaria del proletariado, es la Cuarta Internacional trotskista.

Denunciamos y repudiamos la política traidora de la socialdemocracia y el estalinismo, que mantienen y refuerzan la opresión de la mujer y son, dentro de las filas del movimiento obrero, los enemigos más enconados de la revolución proletaria.

Rechazamos, asimismo, la concepción del SWP y el SU, que consideran que “la lucha por el socialismo necesita tanto de un movimiento feminista de masas como de un partido marxista revolucionario de masas”. Esta posición niega el papel dirigente del partido revolucionario y llama a éste a compartir su responsabilidad histórica con organizaciones sectoriales que representan a los oprimidos. Para nosotros, la lucha por el socialismo necesita una sola condición: la movilización permanente de las masas, dirigida por un partido marxista revolucionario, trotskista.

XX

A las mujeres de los estados obreros les decimos que la burocracia contrarrevolucionaria que ha usurpado el poder obrero es la responsable directa y absoluta de su brutal opresión. Que deben luchar con el proletariado y su partido revolucionario por la revolución política, el derrocamiento de la burocracia, y la instauración de la dictadura revolucionaria del proletariado.

Bogotá, enero de 1980

II · La rebelión contra la violencia sexual

Mercedes de Mendieta⁵⁸

La cuarta ola del movimiento de mujeres y disidencias comienza en Argentina cuando miles salieron a las calles el 3 de junio de 2015 a gritar #NiUnaMenos. Grito que se expandió por el mundo en la lucha contra la violencia de género. Por primera vez, miles se animaron a salir de sus casas para denunciar la violencia sufrida y alzar su voz por las que ya no podían hacerlo, fue un grito de guerra contra el machismo. A partir de allí cada vez más la violencia de género se empezó a visibilizar y denunciar en cada una de sus formas: física, psicológica, simbólica, económica y tomó una magnitud específica la violencia sexual.

En el mundo, una mujer cada 10 minutos fue asesinada durante el año 2023. Estos femicidios se perpetraron a manos de parejas,

58. **Mercedes de Mendieta** es politóloga y profesora en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Coordinadora de la agrupación de mujeres Isadora y dirigente de Izquierda Socialista. Diputada nacional por el Frente de Izquierda-Unidad. Escribe para el periódico *El Socialista* (www.izquierdasocialista.org.ar) y colabora para la revista *Correspondencia Internacional* (www.uit-ci.org)

ex parejas, o de un familiar, según el informe que anualmente publica la agencia ONU/Mujeres. En dicho relevamiento se estima que prácticamente una de cada cuatro mujeres ha sido víctima de violencia física o sexual al menos una vez en su vida. La violencia de género es estructural en el sistema capitalista y patriarcal cuya expresión más extrema son los femicidios y demás crímenes de odio. Las mujeres y disidencias de la clase trabajadora y de los sectores populares somos quienes más sufrimos las consecuencias de este flagelo.

Cada derecho conquistado, cada política pública arrancada con la movilización es cuestionada por la ultraderecha mundial que se posiciona como la reacción patriarcal. Una corriente negacionista del patriarcado y sus consecuencias, que levanta la bandera de “los valores tradicionales y la familia” frente a los cambios sociales progresivos que hemos logrado con la movilización para romper con el binarismo y los estereotipos de género. Ante estos planteos reaccionarios somos contundentes, la violencia de género existe y no es un problema ideológico sino social que se produce en todos los rincones del planeta.

Se rompió el pacto del silencio

En diciembre de 2024, cincuenta y un hombres fueron condenados por violar a Gisele Pelicot, una mujer francesa que durante décadas fue drogada por su marido, Dominique Pelicot quien la violaba y la entregaba para que decenas de varones abusaran de ella. El dramático final de un juicio demostró la cara más cruel a la que las mujeres somos sometidas. ¿Cómo se puede ser capaz de semejante atrocidad? ¿Cómo se puede reproducir una y otra vez este acto de inhumanidad? Del otro lado de la crueldad, la valentía y la fuerza de una mujer que se animó a romper los miedos, la vergüenza y que transformó el dolor en

un ejemplo para millones en el mundo. Aunque terminar con la impunidad, no significa sanar el dolor, Gisele se convirtió en un emblema de lucha contra la violencia sexual.

Estamos ante la presencia de uno de los fenómenos más fuertes y progresivos de este período: la pelea que las mujeres y disidencias damos contra la violencia sexual al comenzar a cuestionar algo muy profundo en las relaciones interpersonales. Los abusos y violaciones son consecuencia de la posición social histórica privilegiada de los varones sobre las mujeres, dónde la sexualidad femenina es impuesta al servicio del goce masculino.

La violencia sexual surge con el patriarcado y la sociedad de clases. Desde entonces, el cuerpo de las mujeres cumple la función reproductora de los hijos legítimos de los hombres propietarios y el goce femenino resulta invisibilizado. De esta manera se avalan todo tipo de prácticas sexuales sin consentimiento de las mujeres y al servicio del disfrute de los hombres. Una de las prácticas más aberrantes es la violación. Lo que pone al descubierto la rebelión contra la violencia sexual es la naturalización y legitimación a través de las instituciones (incluida la familia) de prácticas interpersonales de acosos y abusos. Históricamente, los hombres han utilizado espacios de poder para disciplinar a las mujeres por medio de su sexualidad, a través de un sistema de castigos a quiénes se animen a denunciar y alzar la voz. La violencia sexual se manifiesta en prácticas naturalizadas durante miles de años, por eso hablamos de una verdadera revolución.

Los hitos contra la violencia sexual

Este proceso que puso en primera plana el flagelo de la violencia sexual se expandió por el mundo con importantes hitos como el #MeToo en Estados Unidos en octubre de 2017

cuando un grupo de actrices de Hollywood lanzó por las redes sociales el hashtag #MeToo (Yo También) bajo la consigna: “Si has sido acosada o agredida sexualmente escribe yo también”. Rápidamente miles de mujeres denunciaron haber sufrido este tipo de prácticas. Durante el 2019, al calor de la lucha por #NiUnaMenos, se tomaron decenas de universidades en Chile contra la violencia sexual, el acoso y por una educación no sexista. Miles de jóvenes denunciaron situaciones de acoso y abuso por parte de profesores y otros estudiantes varones reclamando protocolos de atención a las víctimas. En España, se dio una enorme lucha contra la impunidad de “La Manada”, un grupo de varones que había violado colectivamente a una chica en el festival de San Fermín. La indignación y la bronca se transformaron en movilizaciones masivas en todo el país contra la justicia patriarcal que quería imponer la impunidad. En 2024 Netflix sacó el documental “*No estás sola: la lucha contra la Manada*” que cuenta cómo fue el proceso contra este grupo de hijos sanos del patriarcado que terminó siendo sentenciado gracias a la fuerza del movimiento feminista.

En Argentina, la lucha contra la violencia sexual recorrió el país. En las universidades con denuncias a profesores; en los medios de comunicación poniendo en jaque a periodistas que utilizaban el acoso sexual como una práctica cotidiana como el caso de Pedro Brieger; en los lugares de trabajo, donde se han creado comisiones de mujeres y conquistado protocolos para casos de violencia de género y sexual; en espacios artísticos donde han sido denunciados cantantes y actores. Uno de los casos más emblemáticos fue cuando la actriz Thelma Fardín denunció haber sido violada por el actor Juan Dhartes cuando ella tenía 16 años y que tomó visibilidad bajo la consigna #MiraComoNosPonemos. Por último, las denuncias también se dieron sobre políticos muy poderosos como el ex gobernador

de la provincia de Tucumán José Alperovich, el intendente de la Matanza Fernando Espinoza y la denuncia por violencia de género sobre el ex presidente peronista Alberto Fernández.

Estos hitos muestran la fuerza de la rebelión contra la violencia de género, que se expandió alrededor del mundo y en cada uno de los ámbitos e instituciones donde transitamos las mujeres. Dejamos de culparnos para empezar a comprender que la violencia sexual no es la excepción sino la regla del sistema patriarcal.

Los abusos sexuales y violaciones son tan antiguos como el patriarcado. Las mujeres debían soportarlos en silencio ya que sabían que si hablaban no les creerían o incluso serían señaladas como culpables. Lo nuevo, progresivo y revolucionario, es que las mujeres comenzaron a denunciar los abusos y violaciones, después de años de angustioso silencio y empiezan a ser escuchadas. Aunque claro, también seguimos siendo cuestionadas por un sector de la sociedad que sigue creyéndole al victimario.

En este marco, la violencia sexual comienza a dejar de ser vista como un problema individual o algo íntimo para transformarse en un problema público, produciendo un cambio de conciencia sobre la violencia patriarcal. En la actualidad, cuando una mujer se atreve a decir que fue abusada, miles responden #YoTeCreoHermana. Por eso las mujeres se animan a hablar y las denuncias comienzan a tomar visibilidad y credibilidad no solo en el movimiento feminista sino también al interior de muchas instituciones.

¿Qué es el consentimiento?

Durante años existió la creencia de que una violación es solo aquella que sucede en la calle o en un descampado, en el que un hombre desconocido o varios, interceptan a una mujer, la

golpean y la violan. Esta imagen, reforzada por los medios de comunicación, ayudó a crear la idea de que solamente eso sería una violación. Sin embargo, a medida que más mujeres fueron denunciando violaciones y abusos por parte de conocidos o incluso familiares, esta imagen se fue modificando. La mayoría de las violaciones se cometen en el ámbito privado, incluso dentro de la pareja. Las violaciones ocurren todos los días y en muchos casos, son naturalizadas. Esto es parte de lo que cuestionamos con la lucha feminista.

La cuarta ola permite problematizar que un abuso sexual no es solo el que se comete en las calles. Un cambio verdaderamente profundo ha sido comprender el significado del consentimiento de una práctica sexual y las diversas maneras en que los hombres se aprovechan de distintas situaciones para someter sexualmente a una mujer. Por ejemplo, si una mujer se encuentra alcoholizada o bajo el efecto de psicofármacos y no es capaz de articular un no rotundo u oponerse con firmeza, no significa que consienta una relación sexual. Otro tema fuerte es la insistencia por parte de los varones de tener relaciones sexuales sin preservativo que también se considera una práctica abusiva. La violencia sexual es una práctica naturalizada y legitimada en la que se suele hacer responsable a la víctima. Comúnmente se escuchan frases como “ella lo provocó” o “en el fondo ella quería” o “mirá cómo iba vestida” o “sale a bailar y se emborracha”, etc.

El consentimiento sexual implica una elección voluntaria y libre para todas las partes implicadas. Guardar silencio o no decir “no”, no equivale a consentir. Como hemos señalado, una persona inconsciente e inhabilitada por el alcohol o las drogas no puede dar su consentimiento. El sexo bajo coacción o intimidación no es sexo consentido. Tampoco lo es mentir u ocultar deliberadamente ciertas intenciones o mantener relaciones sexuales sin protección. Asimismo, consentir un beso, por ejemplo, no significa consentir

un grado mayor de intimidad. Una buena regla general que deberían aprender los varones es la siguiente: en caso de duda, detente y pregunta. Si sigues dudando, detente.

Derribando el mito de las “falsas denuncias”

La rebelión de las mujeres y disidencias enfrenta en el mundo a la reacción patriarcal encabezada por la ultraderecha y sectores conservadores, que atacan los derechos ganados con la movilización buscando garantizar el pacto patriarcal a favor de la impunidad masculina. Una carta que comúnmente utilizan para desacreditar la palabra de la víctima es sostener que las denuncias no cuentan con suficientes pruebas, aprovechándose de que los abusos ocurren, en la mayoría de casos, sin testigos y en la intimidad del hogar. Por eso peleamos para que los relatos de las víctimas puedan ser utilizados como elemento central frente a una denuncia.

Los sectores reaccionarios levantan una campaña mentirosa y sin estadísticas que la avalen sobre el crecimiento de las “denuncias falsas” frente a la violencia de género. Por eso es importante tirar abajo algunos de sus mitos. Por ejemplo, que no se pueda probar un hecho, no significa que esa denuncia sea falsa. Tampoco, que un proceso judicial se cierre sin una condena, significa que el victimario sea inocente. Por eso decimos que un abusador puede ser sobreseído por la justicia patriarcal, ante la falta de “pruebas”, pero eso no significa que sea inocente. Por eso, hablamos del mito de las “falsas denuncias” que se sustenta en el estereotipo de las mujeres mentirosas que exageran abusos, o que son responsables del ataque sexual. En la justicia patriarcal, siguen primando mecanismos que re victimizan a las denunciantes y eso desincentiva que se hagan más denuncias. Las estadísticas muestran que las mujeres denuncian mucho

menos de lo que deberían y las pocas condenas que se logran se dan gracias a la movilización y la presión popular.

Una pulseada contra la impunidad patriarcal

Definir a la justicia burguesa como patriarcal significa comprender cómo esta institución ha construido históricamente un mecanismo a favor de los varones y que la conquista de derechos por parte de las mujeres ha sido gracias a las luchas. El derecho a la defensa en juicio surgió en paralelo de las revoluciones burguesas como parte de las libertades democráticas y los “derechos del ciudadano” desde los siglos XVII y XVIII, pero exclusivamente para los hombres. Las mujeres fuimos relegadas a ciudadanas de segunda, con nuestros derechos democráticos disminuidos o directamente negados. Mientras que las mujeres hemos sido castigadas en el terreno de la violencia patriarcal, condenándonos al silencio y la sumisión sin derecho a la defensa, los varones violentos han gozado de impunidad.

En el caso de las mujeres golpeadas, abusadas y violadas, el criterio del derecho burgués “todo ciudadano es inocente hasta que se demuestre lo contrario” no se cumple. La mujer en principio es considerada la responsable de que el varón ejecute la acción violenta o el abuso y, en la mayor parte de los casos, sin ninguna posibilidad de defensa. Esto es lo que cuestiona la cuarta ola. Los hombres denunciados no pierden su derecho a la defensa. Lo que pierden es la impunidad. Lo novedoso es que aunque sean poderosos, se los denuncia y hasta se han logrado condenas. Estamos permanentemente en una pulseada entre el movimiento feminista y la reacción patriarcal que busca que retrocedamos en nuestros derechos ganados. Debemos impulsar con todas nuestras fuerzas la pelea para sostener nuestras conquistas mientras nos organizamos para terminar con el

patriarcado y el capitalismo. Solo así podremos construir una sociedad socialista sin opresión ni explotación en cada país y en el mundo.

III · El rol de las mujeres en la pelea por lograr sindicatos combativos y anti burocráticos

Mónica Schlotthauer⁵⁹

La mayoría de las mujeres trabajamos en educación, salud, limpieza o producción textil, por la división sexual patriarcal del trabajo. Así tenemos ramas de la economía completamente feminizadas que están mal pagas y en condiciones de absoluta precariedad. También somos las primeras en ser despedidas, las jefas de los hogares más humildes y la mayoría de las jubiladas que ganan la mínima en nuestro país.

La brecha salarial en el mundo, esa que Milei niega, asciende al 20% (datos a febrero de 2024) según la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y significa que las mujeres ganamos

59. **Mónica Schlotthauer** es trabajadora del ferrocarril Sarmiento. Integra el cuerpo de delegados bordó y combativo de la seccional Oeste de la Unión Ferroviaria. Constructora de la agrupación ferroviaria y feminista Mujer bonita es la que lucha y de La casa que abraza. Dirigenta de Izquierda Socialista. Diputada nacional por el Frente de Izquierda-Unidad. Escribe para el periódico *El Socialista* (www.izquierdasocialista.org.ar)

el 80% de lo que ganan los varones globalmente. En Argentina, esa diferencia llega casi al 27% menos para las mujeres (26.6%). Además de la diferencia salarial, en nuestros lugares de trabajo, las mujeres soportamos diversas clases de violencias: acosos, abusos, discriminación, insultos, humillación, vejaciones, etc.

A pesar de estas dificultades para las mujeres, nuestra participación en la lucha sindical es clave y es importante que la tomemos en nuestras manos. No solamente debemos organizarnos en los sindicatos sino también pelear por la conducción de los mismos en contra de los sectores burocráticos que pactan con las patronales, o directamente son cómplices de los gobiernos ajustadores, junto a los trabajadores construyendo y fortaleciendo un nuevo sindicalismo antiburocrático, combativo y democrático.

Frente a la avanzada reaccionaria, más organización feminista

Con la movilización vamos conquistando importantes logros, por ejemplo: las licencias por maternidad, los lactarios, el aborto legal y los protocolos de atención a las víctimas de violencia de género dentro del ámbito laboral con sus respectivas licencias. Pero aún falta mucho por conseguir. Sobre todo, en un contexto en el que la reacción patriarcal desde el poder pretende arrebatarlos cada uno de nuestros derechos.

El gobierno ultraderechista de Javier Milei en su “batalla cultural” contra los feminismos, lanzó una contraofensiva sin precedentes. El desguace del ex ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad y el desmantelamiento de la línea 144 de atención a la violencia de género, nos pone en un lugar de mayor vulnerabilidad y desidia frente a un sistema patriarcal que nos violenta. La prohibición de la perspectiva de género en la administración pública fue una declaración de guerra contra las

trabajadoras ya que deja de reconocerse la violencia de género en el ámbito laboral y se desestiman las denuncias de las víctimas. Es un verdadero ataque incluso contra leyes internacionales que en nuestro país tienen rango constitucional como el Convenio 190 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) que está vigente en Argentina desde el año 2021.

Frente a semejante ataque las trabajadoras debemos impulsar la más amplia unidad de acción de las y los trabajadores para derrotar el plan de ajuste de Milei, que nos perjudica aun más. También organizarnos dentro de los sindicatos para luchar por nuestras reivindicaciones específicas como mujeres contra el machismo. Esta es una de las tantas enseñanzas que nos dejó la cuarta ola de luchas feministas y que desde el sindicalismo combativo reivindicamos en el camino de seguir peleando contra todo tipo de discriminación. Exigimos la capacitación e ingresos igualitarios en las múltiples categorías y tal como lo repetimos desde hace décadas: igual salario por igual trabajo.

IV · Defendemos la educación sexual y exigimos su implementación con perspectiva de género

Pilar Barbas⁶⁰

Como contrapartida a los avances conquistados con la movilización feminista, la ultraderecha oscurantista promueve lo que denomina “batalla cultural”. Según este sector, en los últimos años, las movilizaciones de mujeres y disidencias han sido una amenaza para los valores de “la familia y los roles de género tradicionales”. Sus voceros cuestionan leyes como la del matrimonio igualitario, el derecho al aborto y la de identidad de género. También llegan al absurdo de negar la brecha salarial, o de mencionar como hechos de violencia en general a los femicidios.

Para estos sectores, los distintos ámbitos educativos serían uno de los espacios predilectos para ejercer esta “batalla cultural”.

60. **Pilar Barbas** es estudiante de Artes Dramáticas (UNA). Coordinadora nacional de la Juventud de Izquierda Socialista (JIS) y dirigente de Izquierda Socialista. Secretaria Ejecutiva de la Federación Universitaria Argentina (FUA). Escribe para el periódico *El Socialista* (www.izquierdasocialista.org.ar)

Y uno de sus anhelos más concretos y específicos consistiría en eliminar la educación sexual integral (ESI) conquistada por ley en Argentina en el año 2006. La tenaz cruzada contra la ESI no es exclusiva de nuestro país; por ejemplo, en Perú una ONG conservadora lanzó en 2016 la campaña “con mis hijos no te metas”, para oponerse a las políticas de género en la educación tildándolas de “adoctrinamiento” y que rápidamente se extendió por toda Latinoamérica. En su página web escriben: “La ideología de género propone una nueva concepción antropológica y filosófica del ser humano, basado en los pensamientos subjetivos y fantasiosos más no en la realidad ‘objetiva y verificable’ de nuestra naturaleza y esencia humana”. Una declaración de principios contra la perspectiva de género y los avances sociales de los últimos tiempos motorizados por las luchas feministas.

Contra el oscurantismo, exigimos educación sexual laica, científica y con perspectiva de género

La pelea por la educación sexual en Argentina lleva años. Cuando se conquistó la ley nacional 26.150 en 2006, la iglesia católica y las evangélicas se opusieron tajantemente y aunque no pudieron frenar que se sancionara la ley con su lobby parlamentario, impusieron algunas de sus demandas. Por ejemplo, la denominación “integral”, fue presión de las iglesias para incorporar la dimensión religiosa “espiritual” respecto de las relaciones sexuales. También en la redacción lograron incorporar que se enseñara la educación sexual de acuerdo al ideario institucional. Así, por ejemplo, en las escuelas confesionales se enseña que las relaciones sexuales tienen que ser únicamente para la procreación, o que no se deben usar métodos anticonceptivos, entre otras barbaridades.

Pero más allá de haber logrado una redacción confusa de la ley en aquel momento, estos sectores siguieron cuestionando su implementación. La ESI es un avance influyente y sustancial para los derechos de los niños, niñas y adolescentes que gracias a la insistencia de la docencia y los movimientos feministas se fuera incorporando cada vez más y de manera transversal, a los contenidos curriculares en las escuelas.

La falta de financiamiento y capacitación, pero en mayor medida la injerencia de las iglesias en materia educativa, genera que la ESI tenga sus limitaciones. Sin embargo, a casi 20 años de su promulgación, y pese a los intentos por parte de los sectores reaccionarios por sustituirla, muchas niñas, niños y adolescentes han logrado reconocer situaciones de abusos, o de violencias gracias a la ESI. Muchas veces, la escuela es el único lugar que las chicas y chicos tienen para expresar una situación de violencia que ocurre en el ámbito intrafamiliar.

La ESI no alienta perversiones, o adelanta la sexualidad en las infancias como pretenden desvirtuar desde los sectores ultraconservadores que realizan campañas en su contra. Por el contrario, es una perspicaz herramienta que sirve para trabajar en la prevención de las violencias de género y para proteger a las niñas, niños y adolescentes. Por eso, la defendemos de quienes buscan eliminarla, a la vez que exigimos presupuesto para que pueda ser implementada de manera científica y con perspectiva de género.

V · Debates frente a la prostitución

Por Paola Mariani⁶¹

La prostitución constituye una problemática compleja que abarca diferentes aristas y debates punzantes al interior del movimiento feminista. Existen una multiplicidad de situaciones que van desde las diferentes modalidades en las que se encuentran las personas en situación de prostitución hasta las diferentes legislaciones que rigen en los países: prohibición de la prostitución, abolición del proxenetismo o regulación de la oferta entre diferentes combinaciones. Además, participan diferentes actores e instituciones con sus propios intereses y que forman parte de este entramado.

Existe la prostitución, porque existe el patriarcado y, las mujeres junto con las identidades disidentes, son cosificadas y transformadas en objetos sexuales. Ese flagelo es una forma de agresividad y brutalidad patriarcal que pone la sexualidad

61. **Paola Mariani** es docente de primaria, referente sindical de la agrupación Docentes en Marcha. Coordinadora de la agrupación de mujeres Isadora y dirigente de Izquierda Socialista. Escribe para el periódico *El Socialista* (www.izquierdasocialista.org.ar)

femenina y su cuerpo en función del uso y goce masculino. Queremos ubicar el debate como un dilema político complejo, analizado en el marco afirmativo de que atravesamos la crisis capitalista más grande de la historia, donde los gobiernos aplican ajustes brutales que conducen cada vez más a la clase trabajadora y los sectores populares, especialmente a las mujeres y disidencias, al desempleo, el hambre y la miseria. Ubicamos la prostitución hoy y los debates en ese contexto, en el que se expresan las peores violencias del patriarcado y el capitalismo.

Uno de los debates fundamentales del feminismo es si la prostitución es un trabajo, aún más, entre las corrientes que nos reivindicamos del marxismo. De allí se desprenden luego diversas posiciones entre los distintos feminismos y ante las legislaciones vigentes en cada país. Nuestro planteo, desde un punto de vista marxista, es que bajo el capitalismo, quienes no son dueños de los medios de producción deben trabajar por un salario para subsistir. Cualquier trabajo implica desgaste material, físico, emocional de las personas para producir bienes o servicios. Por ende, la prostitución es un trabajo ya que, en términos económicos, produce valor y en el cual el cuerpo y la sexualidad de las personas prostituidas se vuelven mercancía. Empero afirmamos que no sería un trabajo cualquiera ya que en la prostitución se naturaliza la violencia patriarcal que se expresa en la mercantilización de la sexualidad y el cuerpo de las personas prostituidas. Por eso, partimos de considerar a la prostitución, sobre todo y en primer lugar, como una expresión de la violencia patriarcal.

En el mundo existen diferentes “modelos legales” sobre cómo entender a la prostitución. Desde la prohibición hasta la regulación, pasando por la legalización y la abolición. Dentro del feminismo también existen diversas visiones, la mayoría vinculadas a estos “modelos”, lo cual amplifica el marco del debate.

Las corrientes abolicionistas, en sus diversas variantes, enfatizan su política y acción en entender a la prostitución sólo como una forma de esclavitud y violencia de género, definiendo a los prostíbulos como centros clandestinos de tortura. Se centran en el combate contra el proxenetismo y no distinguen entre las diferentes situaciones de prostitución (trata dura, trata blanda, prostitución como trabajo asalariado y ejercicio autónomo). Uno de los graves problemas de esta mirada, es que con la prohibición del ejercicio de la prostitución por parte del estado capitalista, aumenta la clandestinidad y con ella, la represión hacia quienes se prostituyen. Por eso opinamos que las corrientes abolicionistas toman a la prostitución, en muchos casos, como un problema moral, sin considerar que sólo se podrá eliminar la prostitución en la medida en que podamos destruir al estado capitalista y patriarcal.

Las corrientes regulacionistas reivindican a la prostitución como un trabajo más, que implicaría una decisión autónoma de quienes ejercen la prostitución, una forma de liberación sexual que no dimensiona cabalmente la violencia patriarcal, base de la existencia misma de la prostitución. No toman en cuenta, entre otros aspectos, que en los países “regulacionistas”, la legalización de los prostíbulos y el proxenetismo no redujo el tráfico sexual, sino que condujo a una expansión de la industria del sexo, y que la legalización aumenta las ganancias de los proxenetes, que se convierten en empresarios del sexo, trayendo como efecto una mayor competitividad de mercado entre las personas prostituidas, que lleva a que tengan que trabajar más por menos dinero.

Desde nuestra perspectiva, como feministas socialistas revolucionarias, y entendiendo a la prostitución como un tema muy complejo, no optamos por elegir una opción entre las que proponen los gobiernos capitalistas e, incluso, las organizaciones

feministas (abolicionismo, regulacionismo, prohibicionismo, etc.). Resumiendo: no somos abolicionistas, como tampoco regulacionistas. ¿Por qué? Porque peleamos por una sociedad socialista futura en donde se eliminen todas las formas de opresión y explotación, y por ende no avalamos ninguna forma de vinculación en la que se cosifiquen las relaciones humanas, incluyendo su sexualidad, comenzando por la prostitución. En esa sociedad socialista futura se darán las condiciones sociales y económicas para que el flagelo de la prostitución vaya desapareciendo y deje de existir, sea “abolido”.

Pero hoy, todavía no estamos en esa sociedad socialista. Estamos en una sociedad capitalista en plena crisis que condena cada vez a más a la miseria creciente, y donde cada vez más personas se encuentran en situación de prostitución, y en su más amplia mayoría obligadas por circunstancias de miseria, no por ninguna opción libre y personal. Por eso, de ninguna manera apoyamos a los clientes y/o proxenetas, pero sí nos posicionamos acompañando, respetando y defendiendo el derecho a la organización independiente contra la violencia policial y judicial de las personas que se consideran trabajadoras sexuales; y al mismo tiempo exigimos el cese de la criminalización, estigmatización y persecución a las personas que ejercen la prostitución, por parte de los gobiernos. A su vez, exigimos dinero para políticas públicas que brinden acompañamiento, trabajo con plenos derechos, acceso a la salud y a la educación para las personas que quieren salir de la prostitución.

Denunciamos y atacamos las causas económicas, sociales y culturales que originan la prostitución, siempre desde una perspectiva de clase y revolucionaria. Fomentamos la movilización para acabar con la explotación sexual de las personas y sostenemos que solo con la toma del poder por la clase trabajadora y el pueblo, con la destrucción del capitalismo y el triunfo de la revolución

socialista y su desarrollo posterior, se irá logrando terminar con la prostitución, junto con la familia patriarcal y las demás instituciones que garantizan la opresión de las mujeres y disidencias. Solo en una sociedad no basada en la cosificación de los seres humanos y en la jeraquización de unas para el usufructo de otros, podremos terminar con la prostitución y lograr una sexualidad más libre y humanizada.

Apéndice biográfico

Beauvoir, Simone de (1908-1986): fue una escritora, profesora, filósofa existencialista francesa y una de las principales referentes del feminismo después de la segunda guerra mundial. Publicó en 1949 su más conocida obra, *El segundo sexo*, que se ubica como uno de los libros más importantes e influyentes en el terreno de las elaboraciones sobre la opresión de las mujeres y su lucha por su liberación. Propició en sus concepciones y en su propia experiencia de vida las relaciones personales abiertas, la bisexualidad y el compromiso político. Su pareja más célebre y prolongada fue el filósofo existencialista Jean Paul Sartre, con quién nunca se casó. Decidió no tener descendencia. Frecuentó políticos de izquierda importantes como Fidel Castro y Mao Tse Tung y junto con Sartre, participaron activamente en las movilizaciones del Mayo francés en 1968. A sus 63 años redactó junto a otras activistas feministas el “Manifiesto 343” publicado en la revista *Le Nouvel Observateur* en abril de 1971, por el derecho al aborto.

Chungara, Domitila (1937-2012) Una destacada luchadora boliviana contra las dictaduras, que denunció las condiciones de vida de los mineros. En 1978 encabezó una huelga de hambre de mujeres contra la dictadura de Banzer. Su padre fue parte de las milicias mineras, obreras y campesinas que protagonizaron en

1952 la revolución boliviana. Ella lo recordaba así: “Mi papá me anunció que se iba lejos, de comisión. Había comprado víveres. Me pidió que cuidara a mis hermanas... Al día siguiente vi a las mujeres sentadas en las calles, llorando. Decían que los hombres habían ido a luchar. Poco después, una mañana, empezaron a tocar las campanas, las sirenas y la gente salía y gritaba ‘¡Hemos ganado! ¡Hemos destruido al ejército!’ Y a la noche, llegó primero la banda con sus estandartes... todos en fila, con sus guardatojos (cascos) brillando, varias filas de mineros. Estaba mi papá con su fusil cruzado... ‘Papi, papi’. Me miró con mucha alegría y me dijo: ‘Hemos ganado, hijita, nunca más ahora los niños van a andar descalzos’. Y empezaron las medidas económicas para los obreros: bonos de producción, subsidio familiar, cajas de seguro social. Ya todos podíamos ir al hospital...”

Engels, Federico: ver Marx, Carlos.

Friedan, Betty (1921-2006): estudió psicología social y desde que publicó en 1963 su libro *La mística de la feminidad* se fue transformando en la más influyente referente del movimiento feminista de masas estadounidense de los sesenta y setenta. Fue quien más profunda y ampliamente describió y denunció el proceso posterior al fin de la segunda guerra mundial que masivamente relegó a las mujeres a su papel de madres y amas de casas, limitadas exclusivamente a la maternidad, la crianza de sus hijos e hijas (potenciadas por el *baby boom*) y las tareas del hogar, dejándolas por fuera del mercado laboral y las cuestiones de conjunto de la sociedad yanqui. En 1966 fue cofundadora y presidenta de la Organización Nacional de Mujeres (NOW por sus siglas en inglés), ligada al Partido Demócrata, que jugó un papel fundamental en el impulso a las luchas de la segunda oleada desde fines de los sesenta, y luego en los 70 en el logro de leyes sobre el derecho al aborto, el trabajo de las mujeres fuera del hogar y otros temas. Como referente del feminismo liberal,

tuvo declaraciones controversiales y fue reticente a levantar las reivindicaciones de las mujeres lesbianas y si bien apoyaba el derecho a decidir de las mujeres, calificaba el derecho al aborto como una cuestión secundaria frente a la pelea por la igualdad de oportunidades frente a los varones.

Gouges, Olympe de (1748-1793) Escritora, dramaturga y panfletista francesa. Abrazó las ideas republicanas tras la revolución burguesa de 1789 en Francia y peleó consecuentemente por la igualdad de derechos para las mujeres respecto a los varones. En 1791 escribió la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana* en la que señala que “Si la mujer tiene el derecho de subir al cadalso, debe tener también igualmente el de subir a la tribuna”. Este escrito le costó la vida. Fue encarcelada, luego de un juicio sumario y sin derecho a abogado, y fue guillotinata. A los 17 años contrajo matrimonio con un hombre mucho mayor que ella. Al tiempo quedó viuda y con un hijo a cuestas. No volvió a casarse ya que calificó al matrimonio de “tumba de la confianza y del amor”. Como tantas otras feministas de su época se posicionó a favor de la abolición de la esclavitud por la que fue cuestionada por las familias nobles que se habían enriquecido con la trata de esclavos.

Grierson, Cecilia (1859-1934) Fue la primera médica argentina y una referente en la lucha por los derechos civiles y políticos de las mujeres. Tras terminar sus estudios secundarios, comenzó la carrera de medicina en la Universidad de Buenos Aires y al graduarse en 1889 se convirtió en la primera mujer médica. Como militante del Partido Socialista, junto a Alicia Moreau de Justo y otras referentes, participó en 1899 del congreso internacional de mujeres en Londres. Al año siguiente fundó el consejo de mujeres y junto a la asociación de mujeres universitarias, fue impulsora del primer congreso feminista internacional de

Argentina, en el cual se discutió la educación y el trabajo para las mujeres junto al sufragio universal.

Lenin, Vladimir Ilich (1870-1924. Revolucionario ruso, fundador del POSDR (Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, que pertenecía a la segunda internacional) y luego del bolchevismo, primer partido obrero, internacionalista y revolucionario que se construyó para tomar el poder. Polemizó y combatió constantemente contra el sector de los socialistas reformistas en la segunda internacional, que encabezó Eduardo Bernstein. En el inicio de la primera guerra mundial, en 1914, rechazó la traición de la mayoría de la socialdemocracia que apoyó a la burguesía imperialista de sus respectivos países. Encabezó, junto con Luxemburgo, Trotsky y otros, la minoría que rompió y denunció a la guerra inter imperialista. Lenin llamó a “transformar la guerra imperialista en guerra civil” y la necesidad de una nueva internacional.

En 1917, luego de años de exilio, volvió a Rusia poco después de la revolución que en febrero derrocó al zarismo. Comenzó de inmediato –inicialmente en minoría- a reorientar al Partido Bolchevique hacia el rechazo al nuevo gobierno burgués que encabezaban los partidos reformistas y hacia la perspectiva de la revolución socialista y la toma del poder por los soviets obreros y campesinos. Desde la revolución victoriosa de octubre de ese año encabezó con su partido el primer gobierno obrero y campesino revolucionario que existió hasta ahora, apoyado en la movilización y los soviets democráticos y la expropiación de la burguesía. Bajo la conducción de Lenin y Trotsky, el gobierno bolchevique y de los soviets impulsó numerosas medidas en defensa de los derechos de las mujeres. Tempranamente comenzó a detectar y combatir el peligro de una incipiente burocracia en el estado obrero. Su salud comenzó a deteriorarse desde 1922 y prácticamente estuvo ausente de la actividad a lo largo de 1923.

Sus últimos esfuerzos los dedicó, con el apoyo de Trotsky, a combatir a Stalin y el sector burocrático que avanzaba en el aparato del estado y el partido. Luego de su muerte, Trotsky siguió la lucha consecuente contra la burocracia y por la política revolucionaria. Con la URSS aislada y debilitada por el esfuerzo de la guerra civil, fue imparable el avance del sector encabezado por Stalin. Se impuso una contrarrevolución política en la URSS y el mundo, enmascarada con las banderas del marxismo y del propio Lenin, y que se expresó en la mentira de construir “el socialismo en un solo país”.

Luxemburgo, Rosa (1871-1919). Nació en Polonia y fue una de las principales dirigentes del ala revolucionaria de la segunda internacional y de la socialdemocracia polaca y alemana. En 1889 tuvo que emigrar y se instaló en Zurich (Suiza) en cuya universidad admitían mujeres. En 1892 fue una de las fundadoras del Partido Socialista Polaco. Entró en conflicto con la dirección del PSP porque ella rechazaba la lucha por la independencia de Polonia, contraponiéndola directamente con la lucha por el socialismo. En 1894 rompió y fundó otro partido, que se convertiría en la socialdemocracia polaca. En 1896 participó como delegada al congreso de la segunda internacional. En 1898 se instaló en Berlín y desde entonces estuvo en la primera fila en la oposición al ala reformista que encabezaba Bernstein. Fue la principal dirigente mujer de la segunda internacional. En 1900 publicó su célebre polémica *Reforma o revolución*. Discrepaba con la concepción de Lenin sobre el partido revolucionario, sus objetivos y el método del centralismo democrático. En 1914 formó parte de la minoría internacionalista que rechazó la traición de la mayoría de la socialdemocracia ante la guerra inter imperialista. En 1916 formó la Liga Espartaquista. Apoyó, con críticas y discrepancias, a la revolución en Rusia de 1917. Cuando estalló la revolución en Alemania participó activamente, fue

detenida y asesinada por la policía del nuevo gobierno de la socialdemocracia en enero de 1919.

Mandel, Ernest (1923-1995). Belga, fue uno de los más conocidos dirigentes trotskistas y economista marxista. Cayó preso de los nazis, logró huir a Francia donde entró en contacto con Michel Pablo. Ambos encabezaron la reorganización del trotskismo en la posguerra. Desde 1951 iniciaron sin retorno un curso de capitulación oportunista a las direcciones stalinistas y nacionalistas burguesas que llevó a la Cuarta Internacional a la división y a iniciar una crisis y dispersión que aún no se revirtieron. Mandel impulsó en 1963 la reunificación de los dos sectores formados a inicio de los años 50, y surgió la Cuarta Internacional (Secretariado Unificado), cuya mayoría cayó rápidamente en la capitulación al castrismo, impulsando una desviación guerrillista en América Latina. En la década del setenta Mandel se fue haciendo muy conocido en los medios académicos por sus obras sobre economía marxista. En 1979 apoyó al gobierno burgués sandinista en su represión a los trotskistas de la Brigada Simón Bolívar. Esto dio lugar al alejamiento definitivo del morenismo de las filas del SU, que siguió profundizando su abandono de la tarea de construcción de partidos trotskistas revolucionarios. A fines de los ochenta y hasta su fallecimiento siguió apoyando al castrismo, también al curso pro capitalista de la burocracia, en particular a la “perestroika” de Gorbachov y negando los avances de la restauración capitalista. Ante la caída del Muro de Berlín, rechazó la reunificación alemana y siguió reivindicando a la RDA. Algunos de sus últimos libros fueron *El significado de la segunda guerra mundial*, *Delicias del crimen*, *¿Hacia dónde va la URSS de Gorbachov?*, *El poder y el dinero*, *Trotsky como alternativa*, entre otros.

Marx, Carlos y Engels, Federico (1818-1883 y 1820-1895). Ambos nacieron en Alemania y fueron los fundadores, en

la década del cuarenta del siglo XIX, del socialismo científico, el movimiento revolucionario por la liberación de los trabajadores, que luego se conoció como marxismo. En 1847 escribieron el programa del primer partido político obrero e internacionalista, la Liga Comunista: el *Manifiesto Comunista*, publicado en 1848. En ese texto plantearon que el capitalismo llevaría a una miseria creciente a la clase trabajadora, que debía luchar no solo para defender sus condiciones de vida, sino también para organizarse en un partido político para tomar el poder y gobernar, para acabar con el dominio político y económico de la burguesía y comenzar a construir un nuevo sistema, el comunismo, aboliendo la propiedad privada de los medios de producción. Respecto de las mujeres cuestionaron que sean utilizadas como mero instrumento de producción y la prohibición del trabajo infantil. También plantearon la necesidad de la educación pública y gratuita para todos los niños. Ambos militaron activamente en las luchas obreras y democráticas de su época y en la organización de los trabajadores. En 1864 participaron en la fundación de la primera internacional, que se disolvió luego de la derrota de la Comuna de París en 1871. Engels acompañó los primeros pasos de la transformación de los partidos obreros socialistas en grandes organizaciones de masas en varios países. Participó en 1889 en la fundación de la Internacional Socialista, la segunda. Y siguió hasta su muerte el combate al reformismo que comenzaba a anidar dentro de la socialdemocracia alemana y europea. En 1884, Engels fundamentó en *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* que la subordinación de las mujeres está ligado al surgimiento de la propiedad privada capitalista y a la consolidación de la familia patriarcal.

Moreau de Justo, Alicia (1885-1986) Médica, escritora y docente. Fue una figura destacada del siglo XX con una intensa vida política en la que se enfrentó a los mandatos patriarcales de

su época. Se graduó en la escuela Normal Nro. 1 y luego cursó el nivel universitario, en la Facultad de Medicina, donde obtuvo su título. Sus iniciativas abrieron el camino para las primeras participaciones en la vida política y social de las mujeres que para aquel entonces era terreno exclusivo de los varones. Dirigente del Partido Socialista. Fue una de las pioneras en la creación del movimiento sufragista rioplatense.

Moreno, Nahuel (1924-1987). Hugo Bressano nació en Argentina y fue el más importante dirigente trotskista latinoamericano. En la década del 40 inició el primer grupo del trotskismo argentino que se vinculó a la clase obrera y sus luchas, en momentos en que surgía el peronismo. El GOM (Grupo Obrero Marxista) luego se denominó POR (Partido Obrero Revolucionario), Federación Bonaerense del PSRN, Palabra Obrera, PRT, PRT-La Verdad, PST, y cuando falleció encabezaba el MAS. Siempre mantuvo su actividad y elaboración política y teórica ligadas a la construcción de los partidos en Argentina y otros países, a las tareas internacionalistas de la Cuarta Internacional y el seguimiento de los principales procesos revolucionarios. En la década del cincuenta formó parte del sector de la dividida Cuarta Internacional que combatía el oportunismo de Pablo y Mandel y que encabezaba el SWP de Estados Unidos. Ante la reunificación de la Cuarta Internacional en 1963, Moreno impulsó el ingreso de su corriente un año después, en forma crítica, denunciando que el SWP había capitulado ante el sector mandelista oportunista y que se tendía a cederle al castrismo. En la década del setenta, bajo su dirección el PST de Argentina se transformó en uno de los partidos trotskistas más importantes del mundo. Cuando se impuso en marzo de 1976 la dictadura militar genocida, el PST fue proscripto y pasó a la clandestinidad. Desde junio de 1976 Moreno se exilió en Colombia, y fue consolidando la relación política con el Bloque Socialista, que luego fundó el

PST. En 1979 desde Bogotá impulsó la formación de la Brigada Simón Bolívar, que participó en la lucha armada contra Somoza encabezada por el sandinismo. Luego de la caída de la dictadura el sandinismo formó con la patronal anti somocista un gobierno burgués. En agosto expulsaron a la Brigada Simón Bolívar y tanto el mandelismo como el SWP apoyaron esa expulsión. Desde entonces, Moreno y su corriente rompieron con el Secretariado Unificado, impulsando una organización internacional para continuar la pelea consecuente por la reconstrucción de la Cuarta Internacional principista y revolucionaria. Desde sus orígenes, los grupos y partidos del morenismo impulsaron la lucha por las reivindicaciones y tareas para la liberación de las mujeres. Luego de su fallecimiento en 1987, su organización internacional entró en un proceso de crisis, que dio lugar a su división en varios grupos⁶². Su legado continúa actualmente en la construcción de la Unidad Internacional de Trabajadoras y Trabajadores-Cuarta Internacional (UIT-CI) en numerosos países y la publicación de la revista *Correspondencia Internacional*. Además de su dedicación cotidiana y práctica a la construcción partidaria en Argentina y su corriente internacional, Moreno dejó una amplia obra escrita, en temas de política, teoría, historia y lógica marxistas. Buena parte de su obra escrita está disponible en www.nahuelmoreno.org, auspiciada por la UIT-CI (www.uit-ci.org) y por Izquierda Socialista de Argentina (www.izquierdasocialista.org).

Pankhurst, Emmeline (1858-1928) Referente en la lucha por el derecho al voto de las mujeres en Inglaterra, se transformó en una de las principales referentes del movimiento sufragista. Fundó en 1903 la Unión Social y Política de las Mujeres (*Women's Social and Political Union* o WSPU) una organización integrada por mujeres por el derecho al voto. Cuando esta-

62. Ver en www.nahuelmoreno.org/otrosautores el texto *Balance histórico del MAS*, 1997.

lló la guerra interimperialista (1914-1918) se posicionó en apoyo al gobierno británico y tiempo después contra la revolución bolchevique.

Pankhurst, Sylvia (1882-1960) artista plástica, periodista y escritora. Referente de la lucha por el derecho al voto para las mujeres en Inglaterra. Hija de Emmeline Pankhurst con quien compartió solo los primeros años de la Unión Social y Política de las Mujeres (*Women's Social and Political Union* o WSPU) hasta que se profundizaron sus diferencias políticas fundamentalmente tras el estallido de la primera guerra mundial. Abrazó las ideas socialistas planteando que el derecho al voto no era un fin en sí mismo, sino parte de una lucha más profunda contra todas las injusticias sociales. Recorría barrios obreros organizando a las mujeres contra todas las formas de opresión y por el derecho al salario, a la educación y a la salud pública. Con la primera guerra mundial profundizó sus ideas antiimperialistas e internacionalistas y repudió a los gobiernos burgueses que enviaban a sus trabajadores a pelear contra otros trabajadores. Defendió la revolución rusa y sus conquistas.

Reed, Evelyn (1905-1979): fue una destacada antropóloga marxista y activista que se vinculó al Socialist Worker Party (SWP) en los años treinta. Se incorporó a la dirección nacional en 1963. Tuvo una intensa actividad durante la segunda ola, participando en los principales debates del movimiento feminista desde el punto de vista marxista, publicando numerosos escritos y dando conferencias en su país y el extranjero. Sus textos más divulgados fueron *¿Sexo contra sexo o clase contra clase?* (1969), *La mujer: ¿casta, clase o sexo oprimido?* (1970) y *Problemas de la liberación de la mujer* (1974). Su obra de antropología más importante fue *Women's Evolution from Matriarchal Clan to Patriarchal Family* (Pathfinder, 1975), publicado también en castellano por Fontamara. Falleció de cáncer a los 74 años.

Stalin, José (1878-1953). Se incorporó al movimiento socialdemócrata en Georgia hacia fines del siglo y se sumó al bolchevismo. Fue varias veces detenido y enviado a Siberia. En 1917 formó parte del ala del bolchevismo que encabezaban Zinoviev y Kamenev y que se opuso a la insurrección de octubre que llevó al poder a los soviets y el bolchevismo. Fue el dirigente de la incipiente burocracia que comenzó a surgir en el estado obrero revolucionario. Sus políticas equivocadas (como por ejemplo abolir el monopolio del comercio exterior) y sus métodos brutales fueron combatidas, con el apoyo de Trotsky, por Lenin hasta su fallecimiento. Desde 1924 fue imponiendo la orientación contrarrevolucionaria del “socialismo en un solo país”. De ahí en más fue impulsando la unidad política con partidos burgueses en los distintos procesos revolucionarios, los “frentes populares” y la “coexistencia pacífica” con el imperialismo, y una creciente represión. Fue imponiendo una dictadura totalitaria dentro de la URSS. Expulsó a Trotsky del partido y del país, y fusiló o mandó a la muerte en Siberia a casi todos los antiguos dirigentes de la revolución. El stalinismo desde la década del 20 se apoderó de las banderas del marxismo, de Lenin y la revolución socialista de 1917, formó un poderosísimo aparato burocrático mundial con los partidos comunistas de cada país, que impuso en forma casi total un “marxismo” dogmático y no científico y políticas contrarrevolucionarias, que fueron combatidos por la Cuarta Internacional. En su texto de 1936 *La revolución traicionada*, Trotsky documentó y denunció ampliamente el retroceso que fue imponiendo el stalinismo en los derechos y conquistas logrados por las mujeres desde la revolución de octubre de 1917, como por ejemplo el derecho al aborto. Falleció en 1953.

Tristan, Flora (1803-1844) fue una escritora francesa, que termina abrazando las ideas del socialismo a la par de pelear por los derechos de las mujeres. Su vida trágica y cargada de

violencias la llevó a reflexionar sobre la situación de todos los oprimidos. Una mujer pobre, estigmatizada como hija ilegítima, víctima de un matrimonio arreglado del cual se tuvo que escapar con sus dos hijos a cuestas y un embarazo en curso. Su experiencia de vida es la que la lleva a denunciar los flagelos de una sociedad profundamente desigual: “Tengo a todos en mi contra. A los hombres, porque pido la emancipación de la mujer, a los propietarios porque reclamo la de los asalariados.”

Trotsky, León (1879-1940). Era ucraniano y se sumó a la socialdemocracia rusa en Odesa. Se mantuvo independiente de los mencheviques y los bolcheviques. Durante años no compartía la concepción sobre el carácter del partido centralizado para tomar el poder de Lenin y los bolcheviques. Pero combatía la política reformista de los mencheviques. En la revolución de 1905 fue el vicepresidente del soviet de San Petersburgo y luego fue detenido y enviado a Siberia y al exilio. En 1915 participó de la minoría internacionalista que rechazó la traición de la mayoría de la socialdemocracia y su apoyo a las burguesías imperialistas en la guerra. En mayo de 1917 se sumó al bolchevismo. Junto a Lenin, dirigió la insurrección de octubre de 1917 y la toma del poder por los soviets. Fundó el Ejército Rojo y lo encabezó durante los tres años de la guerra civil. Acompañó el combate de Lenin contra la incipiente burocratización en la URSS y tras la muerte de éste Trotsky fue derrotado por Stalin. Fue expulsado del partido en 1927 y de la URSS en 1929. Desde el exilio siguió impulsando la oposición al stalinismo y la lucha revolucionaria, siempre defendiendo a la URSS. Desde 1933 impulsó la formación de nuevos partidos revolucionarios y una Cuarta Internacional. Orientó a grupos de sus seguidores para intervenir en numerosos países, por ejemplo, en la lucha contra Franco en la revolución española. En 1938 fundó la Cuarta Internacional y escribió el *Programa de Transición*, sus bases fundacionales.

Lo asesinó un agente de Stalin en agosto de 1940, en México. Luego de su muerte, la Cuarta Internacional fue entrando en crisis y se dividió entre sectores consecuentemente revolucionarios y sectores oportunistas y sectarios. Actualmente el movimiento trotskista existe en numerosos países, pero está disperso. Tiene distintas corrientes, algunas de las cuales apoyan políticamente a gobiernos burgueses y a direcciones reformistas, y no impulsan la reconstrucción de la Cuarta Internacional.

Waters, Mary-Alice (1942-): formó parte de la nueva dirección juvenil del SWP desde fines de los años sesenta y los setenta, junto con Jack Barnes, Peter Camejo y otros. Escribió varios libros sobre temas del feminismo publicados por la editorial del SWP, Pathfinder Press. Dirigió el semanario *The Militant* y la revista *New International*.

Wollstonecraft, Mary (1759-1797) escritora y filósofa inglesa. Autora de *Vindicación de los Derechos de la Mujer* en 1772, texto fundacional del feminismo liberal. Allí plantea que las mujeres deben ser consideradas seres racionales al igual que los varones y por lo tanto participar en la vida política y social con plenos derechos en el manejo de las propiedades. Contrajo matrimonio con el filósofo anarquista William Godwin con quien tuvo una hija, Mary Shelley, autora de la célebre obra *Frankenstein*.

Glosario

Revolucionarios y reformistas

Marx y Engels fundaron en la década del cuarenta del siglo XIX el socialismo científico, el movimiento revolucionario de la clase obrera por su liberación. La primera internacional, fundada en 1864 en Londres, surgió de la confluencia de sectores anarquistas y marxistas, con fuerte influencia de ambos. Se disolvió después de la derrota de la Comuna de París en 1871. En las dos últimas décadas del siglo XIX el crecimiento de los partidos obreros socialistas en Europa y otros continentes sentó las bases para la creación de la segunda internacional en 1889. Esos partidos obreros de masas se reconocían marxistas y se denominaban socialdemócratas. Su primera acción de envergadura fue la realización de una jornada internacional de lucha por las ocho horas de trabajo el 1° de mayo de 1890. Su principal componente era la poderosa socialdemocracia alemana.

Por entonces, el desarrollo de la producción industrial, el mercado mundial y el pillaje capitalista imperialista en las colonias permitió la aparición de capas privilegiadas en la clase obrera europea. Éstas, asentadas en la conducción de grandes sindicatos y las bancas parlamentarias obtenidas por los partidos

socialistas, generaron tendencias en las cúpulas dirigentes políticas y sindicales hacia el abandono del camino de la revolución socialista de Marx y Engels, y del *Manifiesto Comunista*. Por el contrario, sostenían que, dado el progreso general de la economía y la creciente organización sindical y política de los trabajadores, era posible llegar al socialismo en forma pacífica y evolutiva, por la acumulación de reformas sociales y el crecimiento del peso en los parlamentos de los diputados socialistas. Su principal teórico fue Eduardo Bernstein. En 1898 se hizo la primera polémica pública que expresaba el inicio de la división entre reformistas y revolucionarios en la clase obrera. Rosa Luxemburgo, dirigente del sector revolucionario, publicó su obra *Reforma o revolución*.

En 1914, el peso mayoritario de la socialdemocracia reformista llevó a la bancarrota de la segunda internacional, que perdió definitivamente su carácter revolucionario cuando al comienzo de la guerra en 1914 sus diputados aprobaron los fondos para la guerra inter imperialista de sus respectivas burguesías. Abandonaron el internacionalismo y fueron cómplices en cada país de llevar a la masacre a millones de obreros. Una pequeña minoría de dirigentes revolucionarios entre los que estaban Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo de Alemania, Lenin y Trotsky de Rusia y otros, se opuso totalmente a esa capitulación ante la burguesía imperialista, denunciando su traición a los intereses de la clase obrera. Lanzaron un llamamiento contra la guerra y a mantener el camino revolucionario e internacionalista. Desde entonces quedó sellada la división y el enfrentamiento entre revolucionarios y reformistas en cada país y en el mundo. Los partidos obreros socialistas reformistas de la segunda siguieron teniendo peso en muchos países.

Primera guerra mundial

Entre 1914 y 1918 se desarrolló la guerra mundial entre las principales potencias imperialistas y sus respectivos aliados. De un lado Alemania y el imperio austro-húngaro y del otro Inglaterra y Francia, con Italia, Rusia y Estados Unidos. Fue la expresión directa de que en el mundo se instalaba la época de decadencia del capitalismo, la época imperialista y el inicio de la crisis de dirección de la clase obrera, ya que la conducción mayoritaria de los partidos obreros y la internacional socialista utilizaron su influencia para impulsar a los trabajadores a apoyar a sus respectivas burguesías y a ser carne de cañón en las trincheras.

Triunfo de la revolución socialista en Rusia y la Tercera Internacional

En octubre de 1917, por primera y hasta ahora única vez los revolucionarios tomaron el poder, derrocaron a la burguesía y comenzaron a impulsar las primeras medidas hacia la transición al socialismo. Ocurrió en Rusia, un país muy grande, esencialmente campesino y con una muy concentrada clase obrera en algunas ciudades. Desde finales del siglo XIX en la socialdemocracia rusa disputaban los revolucionarios y los reformistas. Lenin impulsará la construcción de un partido revolucionario – los bolcheviques- que hiciera pie en la clase obrera y se preparase para encabezar la revolución y tomar el poder. Al calor de las penurias provocadas por la guerra inter imperialista y una situación mundial cada vez más revolucionaria, en febrero de 1917 insurrecciones en las principales ciudades derrocaron la dictadura de los zares y resurgieron los “soviets”, organismos democráticos de delegados de los obreros, los campesinos y los

soldados (que habían nacido en 1905 cuando hubo una primera revolución que fue derrotada). Se formó un gobierno burgués, encabezado por un socialista reformista, Alexander Kerensky y durante varios meses contó con el apoyo de los soviets. Los bolcheviques, en disputa con los demás partidos reformistas obreros y campesinos, y mientras se profundizaban las penurias obreras y populares y la carnicería en las trincheras, fueron ganando la mayoría de los delegados de los soviets, en los sindicatos y en muchos regimientos del ejército. En octubre de 1917, encabezado por Lenin y Trotsky, el partido bolchevique planificó y dirigió una insurrección contra el gobierno burgués y bajo su conducción los soviets tomaron el poder. Por primera vez triunfó una revolución socialista que instauró un gobierno revolucionario obrero y campesino y cuyo objetivo era avanzar hacia el socialismo en Rusia, extender la revolución a los demás países, en particular en Europa, y acabar con el capitalismo en el mundo. La contrarrevolución burguesa e imperialista impulsó una cruenta guerra civil, y fue derrotada luego de tres años de lucha del Ejército Rojo, fundado y dirigido por Trotsky.

A partir de su triunfo, y a pesar de las precarias condiciones de vida que imponía primero la pobreza del país y luego también los sacrificios de la guerra civil, el gobierno bolchevique impulsó numerosas medidas para favorecer a las mujeres en distintos terrenos. Desde los primeros días se estableció el matrimonio civil (quitándoselo a la iglesia cristiana ortodoxa), el divorcio con un trámite sencillo y a solicitud de cualquiera de los cónyuges, la despenalización del travestismo, el matrimonio entre personas del mismo sexo, el acceso a la дума (parlamento) de las mujeres, el voto femenino y en 1920 fue el primer país del mundo en legalizar el aborto, gratuito y en el hospital.

En marzo de 1919 se fundó en Moscú, en plena guerra civil, la tercera internacional, con la participación de partidos y grupos

marxistas revolucionarios desprendidos de los partidos socialistas reformistas de una importante cantidad de países. Se llamó Internacional Comunista, por el nombre que había adoptado el bolchevismo en la URSS, Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y que fue tomado por los demás integrantes de la nueva internacional. Sus primeros cuatro congresos, de 1919 a 1922, avanzaron en sentar las bases programáticas, políticas y organizativas para los partidos obreros revolucionarios, cuyo objetivo era la toma revolucionaria del poder por los trabajadores, campesinos y demás sectores populares en cada país, iniciar el camino hacia la construcción del socialismo, para terminar con el sistema capitalista, impulsando las transformaciones que llevaran al socialismo mundial.

Los dos primeros congresos consolidaron la ruptura y la diferenciación con el reformismo de la segunda internacional, retomando los principios programáticos y políticos y las tácticas del marxismo revolucionario y el leninismo que habían sido abandonados por los partidos socialistas. En el tercer congreso se aprobaron varias tesis y resoluciones para impulsar el trabajo de los partidos revolucionarios entre las mujeres y se formó un secretariado femenino. Y en el cuarto, en 1922, evaluando positivamente esos logros, se constató que, desgraciadamente, algunas secciones no cumplieron o lo hicieron solo parcialmente con esas tareas, y se insistió en su importancia.

Aislamiento del primer estado obrero revolucionario y la burocratización stalinista

Desde 1918, con el fin de la primera guerra, hubo una gran oleada revolucionaria mundial y particularmente en Europa, en Alemania, Italia, Hungría, entre otras, pero fue frenada y derrotada. En ninguno de esos países, por la traición de los partidos

reformistas de la socialdemocracia de la segunda internacional y la juventud y debilidad de los recientemente fundados partidos comunistas, se dieron nuevos triunfos revolucionarios socialistas como se había dado en Rusia en octubre de 1917. La URSS quedó aislada y desangrada por el esfuerzo requerido para ganar la guerra civil. Lenin y Trotsky tenían la concepción internacionalista de que, si la URSS no era acompañada por otros triunfos como el de octubre de 1917, si las revoluciones socialistas no se repetían y extendían, ese primer estado obrero revolucionario sería aniquilado por la contrarrevolución burguesa imperialista. No se dio así. La URSS sobrevivió, pero avanzó un acelerado proceso de burocratización del partido y el estado, que era encabezado por Stalin y combatido por Lenin y Trotsky. Lenin murió en 1924 y Trotsky siguió su lucha. Stalin encabezó la traición a la revolución y su burocratización. Impuso una creciente represión. Aplastó toda oposición, expulsó a Trotsky del partido y del país. La política oficial del PCUS y la tercera cayeron por completo en el abandono del internacionalismo y en el reformismo, con el “socialismo en un solo país”, la conciliación de clases y la “coexistencia pacífica” con el imperialismo.

Respecto de los derechos de las mujeres, el régimen burocrático stalinista fue liquidando mucho de lo conquistado por la revolución de octubre de 1917, como por ejemplo el derecho al aborto. Trotsky lo denunció en su importante libro *La revolución traicionada* en 1936.

Cuarta Internacional y el trotskismo

Desde 1933 León Trotsky comenzó a llamar a la fundación de una nueva internacional revolucionaria. La Cuarta Internacional se lanzó en París en 1938, en vísperas del inicio de la segunda guerra mundial. Un puñado de representantes de pequeños

partidos y grupos trotskistas se reunieron para impulsar la continuidad revolucionaria contra la traición política de los partidos comunistas stalinistas agrupados en la tercera internacional.

En el documento de su fundación, el *Programa de Transición*, escrito por Trotsky, se afirma que el capitalismo decadente da sus golpes más fuertes sobre las mujeres, como asalariadas y como amas de casa. Y agrega que las secciones deberán buscar su apoyo y que entre ellas se encontrarán reservas inagotables de entrega, abnegación y espíritu de sacrificio.

Trotsky fue asesinado en 1940. La Cuarta Internacional quedó muy debilitada y desde inicios de los años cincuenta la mayor parte de su dirección fue cayendo en posiciones oportunistas de capitulación al stalinismo y las direcciones burguesas nacionalistas, que dieron lugar a la crisis y división. El movimiento trotskista hoy sigue existiendo, pero disperso en infinidad de grupos, partidos y corrientes diversas en muchos países.

Socialist Workers Party (SWP) de Estados Unidos

El *Socialist Workers Party* (SWP), se fundó en 1938. Previamente era la Liga Comunista de América. Su fundador James Cannon pertenecía a la oposición trotskista desde 1928 y acompañó a Trotsky en la formación de la oposición internacional y la fundación de la Cuarta Internacional en 1938. El SWP durante décadas fue uno de los partidos trotskistas más grandes del mundo. En los años treinta logró insertarse en sectores obreros. En los sesenta y setenta fue parte importante de las movilizaciones contra la invasión de las tropas yanquis a Vietnam. También actuó en las luchas por los derechos civiles de los afroestadounidenses y las mujeres. En 1976 su candidato presidencial sacó casi cien mil votos. Desde mediados de los setenta el SWP fue entrando en un camino sin retorno de abandono

del internacionalismo y capitulación completa a Fidel Castro y el gobierno del Partido Comunista cubano, alejándose de toda política trotskista y revolucionaria.

Segunda guerra mundial

El 1 de septiembre de 1939 las tropas de la Alemania nazi invadieron Polonia. Este hecho hizo que los gobiernos de Inglaterra y Francia rompieran relaciones con Hitler y comenzaran el enfrentamiento militar al nazismo. La guerra finalizó en 1945 con la rendición de Alemania el 8 de mayo, y del Japón el 25 de agosto. El tercer componente importante del bando nazi fascista, la Italia de Mussolini, ya había capitulado con anterioridad.

Fue una guerra distinta a la primera, porque combinó aspectos inter imperialistas con el enfrentamiento de distintos regímenes políticos burgueses. De un lado el régimen represivo y genocida del nazismo, que se extendió en la mayor parte de Europa. En el bando de los “aliados”, las potencias imperialistas Francia e Inglaterra, a las que se sumó Estados Unidos desde 1941, países con regímenes de libertades democráticas. Por su parte, Stalin había firmado con Hitler un pacto infame de “no agresión” entre Alemania y la URSS en agosto de 1939 que fue denunciado furibundamente por Trotsky. En junio de 1941, tal como lo había anticipado Trotsky antes de su asesinato, los ejércitos nazis comenzaron la invasión a la Unión Soviética. Desde entonces Stalin se sumó al bando aliado. Y pese a la conducción de la burocracia, el Ejército Rojo y la movilización del pueblo soviético, cumplieron un papel clave para derrotar al nazismo con un saldo de 20 millones de muertos a lo largo de todo el conflicto bélico. A partir de que el ejército alemán fue derrotado en febrero de 1943 en Stalingrado, se inició el retroceso del nazismo y un ascenso revolucionario en toda Europa. La combinación del avance del

Ejército Rojo desde el Este y que tomó Berlín en abril de 1945, logrando la rendición del ejército alemán, la resistencia interna de los partisanos en los países ocupados y el desembarco aliado en Normandía, llevó a la derrota final del nazismo.

Estados obreros

El trotskismo utiliza esta definición en relación a los países donde se expropió a la burguesía. Con la revolución de octubre de 1917 nació el primer y hasta ahora único estado obrero revolucionario de la historia. En aquel proceso se combinaron tanto la eliminación del poder y la expropiación de la burguesía como la existencia de la dirección revolucionaria del partido bolchevique y los organismos de democracia obrera, los soviets. Desde los años 30, Trotsky definió a la URSS, dominada por la burocracia stalinista, como un “estado obrero degenerado”. El sostenía que en la medida en que se mantuviera la expropiación de la burguesía y la propiedad estatal de la mayor parte de los medios de producción, la URSS, no cambiaba su carácter de clase. Así es que subsistía un estado obrero, pero degenerado por un régimen contrarrevolucionario de la burocracia.

Al ir avanzando sobre las tropas del nazismo, el Ejército Rojo fue ocupando Ucrania, Bulgaria, Rumania, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, los tres países bálticos y la región oriental de Alemania, incluyendo la capital, Berlín. En todos esos países, en un proceso que combinó varios factores distintos, se produjo la expropiación de la burguesía y se instalaron regímenes políticos dictatoriales, de partido único, stalinistas, que denominamos “estados obreros burocráticos”. Alemania quedó dividida. La tercera internacional ya había sido disuelta en 1943. El aparato stalinista bautizó como el “socialismo real” a esos países que dominaba. Fue un proceso totalmente distinto al de la revolución

de octubre de 1917. También surgieron estados obreros burocráticos de las revoluciones triunfantes en Yugoslavia, China y Cuba, dado que, aunque avanzaron a la expropiación de la burguesía, no tuvieron al frente partidos revolucionarios ni regímenes de democracia soviética.

Desde la década del setenta las burocracias de estos países donde no existía la burguesía fueron abriendo sus economías a la penetración del imperialismo y comenzó a desarrollarse un proceso de restauración del capitalismo. En 1989 fueron expulsados del poder los aparatos dictatoriales de la URSS y Europa del Este por grandes movilizaciones contra las burocracias. Pero por ausencia de direcciones revolucionarias esos triunfos democráticos no pararon la restauración del capitalismo. Desde entonces no existen más los estados obreros burocráticos en el mundo.

Revolución china

En octubre de 1949 los ejércitos campesinos y guerrilleros dirigidos por Mao Tse tung y el Partido Comunista chino derrocaron a la dictadura de Chiang Kai-shek, que encabezaba el Kuomintang, un partido nacionalista burgués. Al calor de la movilización revolucionaria, aunque no era su programa, Mao avanzó hacia la expropiación de la burguesía y los terratenientes, transformando al país en un estado obrero burocrático. Al finalizar la segunda guerra mundial, con la derrota de Hitler, Mussolini y el imperio de Japón, las tropas invasoras del ejército japonés se retiraron del territorio chino. Se desató un ascenso de masas en el cual las mujeres, víctimas de una opresión tremenda y milenaria, ocuparon un lugar de primera magnitud. Era habitual, por ejemplo, que los campesinos, agobiados por los impuestos, vendieran a sus hijas mujeres para pagarlos.

Invasión yanqui a Vietnam

Desde la década del cincuenta la península de Indochina quedó dividida en Vietnam del Norte, un pequeño estado obrero burocrático fronterizo con China, y Vietnam del Sur, una semicolonía de Estados Unidos, con importante presencia militar desde el fin del dominio colonial francés en 1954. En 1964, tomando supuestas intenciones agresivas del norte sobre el sur, el congreso de los Estados Unidos aprobó una resolución que dio luz verde al presidente demócrata Lyndon B. Johnson para aumentar la presencia militar sin una declaración de guerra. Johnson lanzó una campaña de bombardeos al norte y comenzó a enviar tropas de combate, aumentando drásticamente el despliegue a 184.000 soldados a finales de 1965, y a 536.000 a finales de 1968. Los yanquis normalizaron el uso del napalm, un producto químico incendiario que arrasaba con la vegetación y los poblados. Desde 1969 el presidente republicano Richard Nixon, ante las crecientes dificultades que afrontaban los invasores, comenzó una política de “vietnamización” que consistió en dar más armas al ejército del sur mientras que las fuerzas estadounidenses iban disminuyendo. La resistencia del pueblo vietnamita y del Vietcong fue heroica y fue ganando la simpatía mundial. En particular en Estados Unidos se produjeron movilizaciones multitudinarias exigiendo el regreso de los soldados. En abril de 1975 se produjo la caída de Saigón, capital de Vietnam del Sur, que fue ocupada por el Vietcong. Los yanquis sufrieron la primera gran derrota militar de su historia. En 1976 se reunificaron el norte y el sur.

Mayo Francés y el ascenso mundial

Desde los inicios de los años sesenta comenzaron a movilizarse distintos sectores oprimidos y explotados. América Latina

fue sacudida por los avances de la revolución socialista en Cuba y proliferaron los grupos guerrilleros. En África triunfó la lucha por la liberación en Argelia y se fue extendiendo y profundizando el levantamiento de las colonias portuguesas. En 1974 triunfó la “revolución de los claveles” en Portugal, acabando con una dictadura de décadas. En Estados Unidos a la lucha por la igualdad de derechos civiles de los afroestadounidenses se les fueron sumando las de otros sectores, como las mujeres y los homosexuales. Crecía la solidaridad con las luchas del pueblo vietnamita contra la invasión de las tropas yanquis. En 1968 ese ascenso dará un salto con el “mayo francés”. La juventud estudiantil se movilizó masivamente, ocupó casas de estudio, “pidió lo imposible”. Comenzaron las huelgas obreras y la ocupación de fábricas. Las barricadas proliferaron por las calles de París y se escuchó el grito “obreros y estudiantes unidos adelante”. Las huelgas sacudieron Francia y el presidente De Gaulle quedó herido de muerte. Se extendió el movimiento a la juventud del resto de Europa y en varios países entró también la clase obrera. La “primavera de Praga”, una revolución contra la dictadura del partido comunista checoslovaco, fue aplastada en 1968 por el ejército de la burocracia stalinista de la URSS, y fue ampliamente repudiado. La segunda ola de lucha de las mujeres se extendió al mundo desde Estados Unidos, Francia e Italia. En América Latina el ascenso de las luchas se instaló en el cono sur. En Argentina en mayo de 1969 se dio el Cordobazo, cuando en medio de un paro nacional obreros y estudiantes se movilaron y tomaron el centro de la ciudad, paralizando a las fuerzas represivas. En 1970 en Washington se concentraron un millón de personas exigiendo el fin de la guerra de Vietnam.

Luchas por los derechos civiles de los afroestadounidenses

Uno de los primeros componentes del ascenso de los años sesenta fue la lucha de los afroestadounidenses, fuertemente discriminada por sectores racistas, en particular en el sur del país. No olvidemos que la abolición de la esclavitud se logró en la década del sesenta del siglo XIX luego de varios años de una muy cruenta guerra civil. Y que el racismo blanco siguió existiendo como un flagelo profundo en la sociedad yanqui, con la segregación en todos los terrenos (educación, laboral, transporte, etc.). Un símbolo del supremacismo blanco ha sido el tristemente célebre Ku Klux Klan.

En 1963 en la “marcha sobre Washington” se manifestaron 250 mil personas por la igualdad. En 1964 el presidente demócrata L.B. Johnson promulgó la ley aprobada por el congreso de los “derechos civiles”, que prohibía “la discriminación basada en cuestiones de sexo o raza” en la contratación laboral, la promoción y los despidos. En 1965 hubo otro avance, con la ley que permitió ampliar el derecho al voto. De todos modos, esos pasos adelante no significaron la desaparición del racismo y las luchas siguen planteadas. En 2008 ganó la presidencia por primera vez un afroestadounidense, el demócrata Barak Obama. Fue reelegido cuatro años después. En 2013 surge el movimiento #BlackLivesMatter (las vidas negras importan) en las redes sociales después de la absolución de George Zimmerman por la muerte del adolescente afroestadounidense Trayvon Martin a causa de un disparo de bala. En 2016 ganó el republicano Donald Trump, un conservador de ultraderecha y supremacista blanco. En mayo de 2020 policías blancos asesinaron en Minneapolis a George Floyd, un hecho que fue repudiado en varias ciudades del país y del mundo. Trump perdió la reelección a finales de ese mismo año. Pero sí logró un nuevo mandato en 2024, derrotando en

las urnas a la candidata demócrata Kamala Harris, una mujer afroestadounidense.

Enmienda por la igualdad de derechos (*Equal Rights Amendment-ERA*)

En Estados Unidos, la exigencia de que las mujeres dispusieran de la totalidad de derechos constitucionales en igualdad con los varones fue presentada por primera vez en 1923. En los años sesenta fue tomado como una de sus banderas por las luchas de las mujeres, en particular por su principal organización del feminismo liberal, el NOW encabezado por Betty Friedan. En 1972 fue aprobada en el congreso y comenzó a ser ratificada por cada vez más estados. Aún no logró adquirir el rango de enmienda constitucional.

Derecho al aborto en la segunda ola

El derecho al aborto fue una demanda central de las luchas feministas que se desarrollaron durante la segunda ola en Europa y Estados Unidos. En el Reino Unido se legalizó en 1967. En Francia, hasta la década del setenta, las mujeres abortaban en la clandestinidad, dado que existía una prohibición total. En 1971 se publicó un manifiesto que sacudió al país, firmado por 343 reconocidas mujeres, redactado por Simone de Beauvoir, que decía, entre otras cosas, “Declaro haber abortado”. Entre las firmantes estaban Marguerite Durás, Catherine Deneuve, Jeanne Moreau, Françoise Sagan y Agnès Varda. En 1972 se aprobó la Ley Neuwirth que permitió el uso generalizado de las píldoras anticonceptivas y en 1975 se aprobó la despenalización del aborto con la Ley Simone Veil. En marzo de 2024 el acceso al aborto voluntario se transformó en un derecho constitucional.

En 1978, se conquistó en Italia la despenalización hasta los 90 días de gestación, a pesar del peso abrumador de la iglesia católica, que desde entonces nunca ha renunciado a su campaña reaccionaria, encabezada por el Vaticano y el papa de turno. En 2024 la reaccionaria primera ministra Giorgia Melloni impulsó medidas para facilitar la presión de activistas y profesionales de la salud anti derechos sobre las personas gestantes para hacerlas desistir de su decisión de abortar.

En Estados Unidos, la Corte Suprema dictaminó en enero de 1973 que la Constitución de Estados Unidos protegía en su decimocuarta enmienda la privacidad de una mujer embarazada para elegir abortar. Este fallo fundamental, conocido como “Roe vs Wade” dio lugar a la anulación de muchas leyes federales y estatales de restricción del derecho al aborto y al total rechazo desde entonces de los sectores reaccionarios, en particular las iglesias evangélicas. En junio de 2022, la Corte Suprema integrada mayoritariamente por partidarios de Donald Trump, falló a favor de anular la sentencia Roe vs. Wade de 1973. Con esta decisión, el aborto pasó a ser competencia de cada estado, y está total o parcialmente prohibido en 26 estados.

Derecho al divorcio

Al calor de las luchas feministas de la segunda ola se fue conquistando el derecho al divorcio “sin culpa” (causas) que estaba restringido hasta ese momento en la mayoría de los países europeos o eran trámites tan complejos y costosos que solo beneficiaban a los varones ricos. En Inglaterra el gran cambio se produjo en 1969, cuando se aprobó la ley de reforma del divorcio, que permitía a las parejas divorciarse después de haber estado separadas durante dos años o cinco años si sólo un integrante de la pareja lo solicitaba. De esta manera se podía terminar con

un matrimonio sin que nadie tuviera que demostrar “culpa” o el motivo del divorcio que por lo general eran adulterio, locura, abandono, incesto, entre otros. En Italia se logra en 1970 y en Portugal en 1975.

En Estados Unidos, el primer estado en legalizar el divorcio sin culpa fue California en 1969. Para 2010, todos los estados habían legalizado el divorcio. Las presiones de los círculos conservadores y religiosos no cesaron alegando un peligro para la “santidad” del matrimonio y el concepto de “familia estadounidense”. Incluso en la actualidad algunos conservadores, aprovechando el revés de la anulación del fallo *Roe vs Wade* sobre el derecho al aborto hacen campaña contra el divorcio sin culpa quejándose de la facilidad con la que las mujeres pueden divorciarse.

En Argentina se sancionó la ley del divorcio vincular en junio de 1987. Tras la caída de la dictadura cívico militar se instaló el debate sobre el divorcio que los sectores oscurantistas y reaccionarios se negaban a discutir. La iglesia católica, que había sido cómplice de la dictadura genocida, sus torturas, desapariciones y el robo de bebés, realizó una gran campaña en todo el país en defensa de la familia.

Índice

Prólogo	5
Presentación de Mercedes Petit (2009).....	17
Presentación de Carmen Carrasco (2009)	23
Introducción	29
 CAPÍTULO I.....	 33
El capitalismo, la familia y la opresión de la mujer	
El capitalismo y sus “políticas básicas”	35
Dos tendencias contradictorias	38
La destrucción de la familia y la incorporación	45
de la mujer a la producción es un proceso doloroso	
El carácter de las tareas de la liberación femenina	49
El carácter de las luchas de las mujeres	52

CAPÍTULO II	55
Las luchas de las mujeres: una historia marcada por las divisiones políticas y de clase	
La realidad desmiente a Waters.....	57
En la “primera oleada” no hubo ninguna unidad.....	59
policlasista de las mujeres	
En los años sesenta surge un fenómeno nuevo	65
Waters contra Waters.....	67
¿Movimientos unitarios y autónomos	
de mujeres en los países atrasados?	76
América Latina: ¿“es sólo una cuestión de tiempo”?	81
Waters ignora la mayor movilización	91
de mujeres de la historia	
 CAPÍTULO III.....	 97
Opresión y explotación	
“Una década con nombre de mujer”	99
Mujeres del mundo, ¿uníos?	101
Todas las mujeres son oprimidas,	102
pero algunas explotan a las demás	
¿Qué es la opresión?	104
¿Cuál es la relación entre la explotación y la opresión?	107
Hasta el triunfo del socialismo, la.....	108
explotación dividirá a los oprimidos	
¡Proletarios y proletarias del mundo, uníos!	113

CAPÍTULO IV	117
Método y programa para la lucha de las mujeres	
Estrategia y táctica	119
Las distintas tácticas que, según Waters,	121
llevarían al movimiento autónomo	
¿Qué estrategia nos damos en el trabajo con las mujeres?..	122
Una incorrecta relación entre	125
la movilización y la organización	
¿Qué tipo de “frente único” propone Waters?.....	127
“No existen problemas exclusivamente femeninos”	136
¿Qué programa para el movimiento autónomo?	138
Un programa máximo y ultra izquierdista	139
para la familia y la liberación de la mujer	
¿Un “programa de transición” para cada “sector”?	141
Su programa no está estructurado alrededor	142
de la tarea del gobierno de los trabajadores	
 CAPÍTULO V.....	 145
La necesidad del partido revolucionario	
Movimiento autónomo y partido	147
Waters esfuma la lucha contra los.....	150
partidos reformistas y reaccionarios	
Una concepción liquidadora	153
Waters capitula a las corrientes feministas antipartido	154

ANEXOS	159
I: Las tareas del trotskismo entre las mujeres	161
II: La rebelión contra la violencia sexual.....	173
III: El rol de las mujeres en la pelea por lograr sindicatos. 183 combativos y anti burocráticos	
IV: Defendemos la educación sexual y exigimos su..... 187 implementación con perspectiva de género	
V: Debates frente a la prostitución.....	191
 APÉNDICE BIOGRÁFICO	 197
 GLOSARIO	 211

"El texto que estamos reeditando es una lectura imprescindible para quienes buscan indagar en la intersección entre clase y género. Con las luchas se van obteniendo logros importantes para las mujeres y disidencias, pero esos avances, en el marco del sistema capitalista, pueden retroceder. [...] Es decir, no hay linealidad en los procesos, los derechos no son para siempre y tal como sostuviera décadas atrás la feminista francesa, Simone de Beauvoir, 'No olvidéis jamás que bastará una crisis política, económica o religiosa para que los derechos de las mujeres vuelvan a ser cuestionados.

"Las autoras puntualizan que para lograr una verdadera emancipación de las mujeres y disidencias deberá unirse la lucha contra el patriarcado a la lucha contra el capitalismo. De esta manera se podrá terminar no solo con los privilegios de los varones y su dominio hacia los demás géneros sino también contra las múltiples formas de explotación y opresión. Para este fin es preciso avanzar hacia la conquista de los gobiernos por parte de trabajadoras, trabajadores y el pueblo. No existe la posibilidad de derrotar el patriarcado mientras exista el capitalismo, y por eso la lucha feminista estará siempre atravesada y es indivisible de la lucha del conjunto de la clase trabajadora contra la dominación capitalista y por el triunfo del socialismo en el mundo."

Mercedes Trimarchi, 2025

ISBN 978-987-47053-6-5

